NARRATIVA MEXICANA

Canon perpetuo

Mario Bellatin

Lectulandia

El lector de las tres novelas reunidas en este volumen —*Efecto invernadero*, *Canon perpetuo* y *Damas chinas*— habrá de enfrentar el desafío que representa la insólita transparencia escritural con que han sido elaboradas. En ellas, Mario Bellatin construye mundos que gravitan en el vacío existencial, donde el libre albedrío de sus habitantes se encuentra en estado de sitio y la conmiseración humana es la flecha que no atina a dar en su blanco. Mundos regidos por una especie de nuevos pecados capitales, o acaso sólo transfiguraciones de éstos: la indolencia, la represión, la diferencia, el estigma: allí la imaginación, confinada al catálogo de las insurrecciones, se presenta como la única vía liberadora posible, aunque quienes la ejerzan sepan de antemano que nada ni nadie podrá ya salvarlos.

En *Canon perpetuo* Mario Bellatin nos muestra cómo el secreto de la realidad está más cerca de lo que creemos: iluminado por la luz de su propia apariencia.

Mario Bellatin

Canon perpetuo

ePub r1.0
Titivillus 21.08.2020

Título original: *Canon perpetuo*
Mario Bellatin, 1999
Ilustración de portada: Enrique Guzmán
El destino secreto, (1976)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Efecto invernadero

Canon perpetuo

Damas chinas

Sobre el autor

Efecto invernadero

Antonio es Dios

Revisando un cuaderno de ejercicios, cierto Profesor de Antonio encontró algunas indicaciones sobre la forma correcta de enterrar a un niño. Los apuntes hablaban de las flores adecuadas, de la necesidad de tener cerca los objetos amados y de las oraciones que sirven para acompañar los velorios. El profesor leyó la afirmación de que así como los niños tienen la obligación de obedecer y cumplir con los deberes, así también están forzados a entregar a los padres sus cuerpos muertos.

1

Poco antes de morir, Antonio decidió que la Amiga y el Amante fueran los únicos testigos de su agonía. Con el objeto de contar con la cercana presencia del Amante, hizo colocar un colchón a escasos centímetros de su cama. Para la Amiga acondicionó en la sala dos pequeños sofás, uno contra el otro. Atento a un Antonio confundido por el delirio, el Amante no pudo hacer más que pasar una toalla con alcohol por su frente. El médico que temprano llegó a la casa, aseguró que los síntomas del final eran evidentes. Antes de retirarse aconsejó que se emprendieran los trámites necesarios. El Amante mantuvo una actitud controlada, que la Amiga sabía no iba a sostener después de Antonio muerto. Durante los últimos cuatro días no la había dejado atender el cuerpo enfermo. El Amante fue el encargado de limpiar la piel de Antonio con una esponja húmeda. Se movió en forma rápida entre la cama y el baño llevando de un lugar a otro el agua, las toallas y las ropas sucias. Luego de la partida del médico, la Amiga miró hacia la cama y no pudo establecer la diferencia entre el cuerpo yacente y el mismo cuerpo cuando no tuviera vida. El tránsito podía darse como un simple cambio de tonalidades. Iba a desaparecer el color y,

entonces, el rostro y las manos se confundirían con lo blanco de las sábanas. Para no enfrentarse a las manifestaciones de esa muerte, la Amiga dejó al enfermo al total cuidado del Amante y salió de la casa. Dijo que iba a buscar el teléfono para llamar a la Madre. Aquella salida no fue más que una huida precipitada. Al cruzar la puerta de la calle no pensaba sólo en la promesa que le hiciera a Antonio, de avisar a la Madre y a la Protegida cuando sintiera la proximidad del fin, sino que estaba necesitando tocar una de las esculturas que se levantaban cerca a la casa de la Bajada.

2

En varios momentos de su vida, Antonio hizo diversas conjeturas acerca del día de su concepción. Pensaba que en esa oportunidad la Madre había dejado de lado el rechazo que le producía la intimidad con su marido y en un diván de cuero negro esperó nerviosa su llegada a la casa. Bastó que supiera de las visitas clandestinas que el esposo hacía a otra mujer, para que le interesara recibirlo incluyendo la imaginada sombra de la querida. El habitual sentimiento de rechazo se transformó en una mezcla de deseo y sumisión. También en la persistente fantasía de los cuerpos entrelazados en la pieza anónima donde sospechaba se concertaban las citas. Luego de abandonar al marido, subió con rapidez a su dormitorio. Después de rebuscar en el ropero sacó al balcón todos los paños menstruales que encontró guardados. Les vació el contenido de la ronera con la que iluminaba a los santos de su devoción y prendió fuego mientras pedía perdón por comenzar a crear un ser regido por fuerzas oscuras. Tanto la gestación como el parto fueron normales. Es más, durante el embarazo sintió cierta tranquilidad que se inició después del pedido de absolución. Aquella calma tal vez tuvo su origen en la expectativa de librarse por un tiempo de las crisis menstruales que sufría regularmente. El niño pasó una infancia relativamente sosegada. Pero al cumplir los cinco años ese hijo comenzó a enfermar de manera

misteriosa. Antonio se negó a mover un brazo. Los médicos se limitaron a decir que era un mal de carácter nervioso. Uno de esos doctores, que tenía como norma aquella teoría de que lo similar cura lo similar, tomó el caso a su cargo. Ordenó un tratamiento radical, durante el cual Antonio debía mantener el brazo sano atado con una cuerda. Además debía lavarse, vestirse y comer sin la ayuda de nadie. La Madre sabía que los sufrimientos del niño iban a aumentar al aplicar el tratamiento. Pero la seguridad con que fueron impartidas las indicaciones, le dieron la fe suficiente como para creer que era el único modo de hallar la curación. A pesar de su certeza, a las pocas semanas comenzó a avergonzarse frente a las demás madres, quienes se sorprendían al ver a ese niño tambaleándose o haciendo movimientos absurdos para llevarse las golosinas a la boca.

3

La casa de Antonio se mantuvo aislada los últimos cuatro días. La insistencia del Amante por cumplir las indicaciones del moribundo, hizo que las ventanas estuvieran cubiertas con paños negros. Los olores cotidianos se volvieron densos. Se mezclaron unos con otros y sin embargo cada uno mantuvo concentrado cierto olor rancio. De pronto, un sonido ronco que produjo la garganta de Antonio quebró lo pesado del ambiente. Asustado, el Amante abrió las puertas del dormitorio donde habían estado encerrados. Vio entonces una luz que provenía de la puerta de la calle, que la Amiga al salir había dejado entreabierta. La luz caía sobre el piso del vestíbulo y entraba acompañada de un soplo de aire. Cuando aquella claridad iluminó la habitación, los objetos comenzaron a confundirse unos con otros. Perdieron sus límites la silla de Viena, los frascos de medicina y las figuras de azúcar que Antonio había comprado durante cierto Día de Muertos. Se fusionaron la sábana y el pecho del enfermo, la cama y la palangana de fierro enlozado que se mantenía en un rincón. Pero el Amante no soportó que Antonio formara parte de los elementos del cuarto.

Por eso le quitó las ropas, arrojó el cuerpo al piso y comenzó a flexionar sus brazos y sus piernas. También lo frotó con los puños para evitar que perdiera calor. Al ver que todo era inútil, corrió a la ventana y rasgó las telas que la cubrían. Antonio había planificado que la Madre lo descubriera rodeado por la silla de Viena, los zapatos amarillos manchados de barro y bajo el claroscuro ocasionado por los paños tapando la luz. La había imaginado entrando en la casa, seguida por la Protegida, para hallar el cuerpo en un estado previo al rigor mortis. Pero en su desesperación, el Amante en pocos minutos varió aquella escenografía. Primero descolgó la tela, luego borró el poema y tiró después con fuerza los frascos de medicina. Cuando finalmente llegó a la casa, la Madre se horrorizó al ver al Amante al lado del cuerpo de su hijo. La furia hizo que se atreviera a escupirlo en la espalda. El Amante tenía los ojos enrojecidos, la barba a medio crecer y mostraba los dedos sucios. La Madre lo persiguió y cerró la puerta una vez que lo vio salir de la casa. El cuerpo no estaba tibio ni envuelto en sábanas, como Antonio hubiera querido ser hallado, sino se encontraba rígido y luciendo la pierna y el brazo en extrañas posiciones. Disimulando su impresión, la Madre pidió ayuda a la Protegida para poner al hijo nuevamente en la cama. En ese momento la Protegida estaba preparándose para irse a escondidas y encontrarse afuera con el Amante. Pero al oír la voz de la Madre, supo que debía postergar su intención.

4

Una hora después de recibir la llamada de teléfono, la Madre entro con decisión a la casa para reclamar el cuerpo de Antonio. En ese instante reconoció la presencia de la Serpiente Antigua, que tanto le había impresionado cuando leía la Sagrada Biblia. Había llegado acompañada por la Protegida, quien de inmediato fue puesta de rodillas y obligada a murmurar una plegaria de resurrección. Cuando la Madre pasó al dormitorio vio que estaban desparramados los frascos de medicina y el azúcar con

la que habían estado hechas las figuras. En aquel momento sintió la libertad de hacer lo que le pareciera con el cuerpo del hijo. La muerte se lo devolvía después de cincuenta y cinco años. Le entregaba un cuerpo deforme, ajado por el tiempo. Luego de tantos años tenía la Carne Muerta como Primera Inmundicia (Números 19, 13-22). A pesar de la diferencia entre el cuerpo que entregó y el que recuperaba, tuvo el placer de constatar el final de una penitencia a la que había sido sometida. La satisfacción que le produjo verse absuelta, estuvo debajo de la rudeza de carácter que mostró para llevar adelante ese trance. Con brusquedad separó al Amante del costado de Antonio. Lo humilló arrebatándole el cadáver que, con la ayuda de la Protegida, puso después encima de la cama. Una vez que el hijo estuvo lavado y vestido, la Madre le ordenó a la Protegida que fuera a llamar a los parientes. Luego comenzó a rezar en voz alta. Usó letanías recopiladas y aprendidas con esmero para ser puestas en práctica solamente en esa ocasión. La Protegida aprovechó la entrega mística para salir a mirar al Amante. Lo hizo caminando ligeramente encorvada. Desde su llegada a la casa había empezado a sentir que la atmósfera le oprimía el pecho. Sufrió una creciente dificultad para respirar. Por eso, mientras la Madre rezaba, fue a la cocina para prepararse un vaso de agua con sal. Tomó un trago prolongado y después llevó el vaso hasta afuera. En la entrada estaba el Amante, ovillado detrás de los muebles de bambú. La Protegida lo tocó en el hombro y dijo que les pertenecía el espacio donde Antonio había creado sus pinturas. El Amante se incorporó y comenzó a seguir a la Protegida por un lado de la casa. En un extremo de la entrada existía un corredor estrecho donde estaban alineadas algunas puertas de madera. Una de ellas correspondía al taller de Antonio. El cuarto era grande. No tenía una buena iluminación. Sobre el piso se extendía una capa formada por el polvo de las pinturas, papeles desmenuzados y también virutas de madera. En nada se parecía a la sala de trabajo representada en las imágenes que Antonio siempre le regaló a la Protegida. Estampas que mostraban a San Jerónimo traduciendo la Sagrada Biblia. El taller contaba con un tragaluz pequeño por donde podía verse el cerro junto al cual la casa había sido

construida. Abajo se extendía el mar formando una playa amplia. En más de una ocasión los vidrios de colores del tragaluz fueron rotos por piedras o bloques de tierra desprendidos. Antonio sabía que tarde o temprano el taller quedaría sepultado por un deslizamiento mayor. Repetidas veces había imaginado que un extraño miraba, a través de los barrotes del dintel, un interior totalmente destruido. Después de observar unos momentos, ese hombre caía y se lastimaba un pie. Antonio nunca pudo descifrar el origen ni significado de la aparición, que se repetía sobre todo cuando pasaba varias horas seguidas trabajando en su pintura.

5

La Protegida y el Amante encontraron sin llave la puerta del taller. Antes de entrar, la Protegida dijo que regresaría a la casa para recoger una jofaina y una jarra llena de agua. El hecho de ir por los artículos de limpieza, nada tenía que ver con la suciedad en los dedos del Amante. El agua tenía como único fin ser derramada por la cabeza y los hombros desnudos de la Protegida. Tumbado sobre unos lienzos que ya nunca serían utilizados, el Amante vio cómo la mujer después de volver se soltaba el pañuelo de su cabeza y se levantaba la falda delante de la jofaina que lucía diminutas flores en su borde. Contemplándola, el Amante fue pensando en las conductas condicionadas. Antonio le había descrito el rito que la Protegida le ofrendó cuando por primera vez se encontraron solos. Posteriormente, tanto Antonio como el Amante fueron testigos de las abluciones con las que iniciaba sus visitas nocturnas a la casa de la Bajada. Mientras el agua caía por el cabello negro, el Amante se preguntó las razones por las que ese cuerpo le era indiferente. No se movió al sentir que era acariciado. Sabía que por más que se empecinara, esa mano iba a ser incapaz de transformar nada. Miró hacia abajo tratando de imaginar que él no era el hombre tendido. Quiso creer que eran otros el hombre y la mujer que se encontraban en una situación previa al

erotismo. Recordó a una conocida que le permitía esconderse en una habitación aledañamientras recibía amantes ocasionales. Pero le fue imposible establecer algún vínculo entre las siluetas que espió en las sombras y la mujer con el cabello totalmente empapado que tenía delante. Al ver que todo esfuerzo era inútil, la Protegida se puso de pie para volver a agacharse y arrojar el agua que no había usado. El Amante se entretuvo viendo cómo el agua, al comenzar a correr, iba abriendo delgados surcos en el polvo de colores esparcido en el piso. La Protegida, con el rostro serio, extendió la falda con fuerza. Antes de salir y casi sin mirar al hombre, que se mantuvo en el suelo mojado, dijo que la fuerza del muerto le había negado la facultad de poseerla. Luego lo abandonó para cumplir la orden de congregar a los parientes alrededor del cuerpo de Antonio.

6

Según Antonio, la Protegida era una joven que había desarrollado un asma persistente cuando la llevaron a vivir a la ciudad capital. Antonio notó que poseía el Estigma del Paria, que habría adquirido de los caminantes sin destino con los que se cruzó mientras en su adolescencia deambulaba por los alrededores de su poblado. Su cabello era largo y lo más que la Madre pudo hacer en sus intentos de cortárselo fue lograr que lo escondiera debajo de un pañuelo. La Madre hubiera querido recortárselo a la manera de las recogidas en los hospicios de monjas. Después, con un método inspirado en las costumbres de Santa Rosa de Lima, encontró la forma de sacarle provecho al largo de ese cabello atándolo con un clavo a la pared para evitar que se durmiera sin terminar sus rezos. La Protegida vestía con discreción: una falda y una blusa que llevaba detrás de un delantal. Usaba unos zapatos gruesos, obsequiados por la Madre, cuyas suelas duraban muchos años. Por efecto de la dificultad para respirar, el pecho lucía enjuto y se le marcaban los bordes del esternón. Había aprendido a obedecer al instante las órdenes de la Madre, pero las cumplía distraídamente. Podía

permanecer arrodillada y al mismo tiempo, por ejemplo, estar concentrada en el pequeño zorro que en su poblado acostumbraba mantener atado a una cuerda. En aquel tiempo le gustaba hacer largos paseos por los alrededores, donde muchas veces se encontraba con algún caminante por quien habitualmente se dejaba seducir. Esos hombres casi siempre la seguían hasta su casa. La familia tenía entonces que salir a espantarlos y comprendía que por más que buscaran castigarla, la Protegida iba a continuar encontrándose con los caminantes o incluso con algunos vecinos del mismo poblado. Una carta enviada desde la ciudad cambió totalmente la situación. La Protegida era requerida para un trabajo como empleada doméstica. El día de la partida, la familia logró arrebatarle con dificultad el zorro y luego la subieron en un ómnibus donde estaban pintadas dos franjas rojas a los lados.

7

Apenas arribó, la Protegida fue puesta bajo el cuidado de la Madre, a quien en ese momento su hijo abandonaba por segunda vez. En esa oportunidad la partida de Antonio era motivada por una persecución de carácter político. Al regreso de uno de sus viajes, que emprendió muy joven con la intención de aprender a bailar, puso en circulación una revista de cultura que fue requisada y sus autores perseguidos por el material político que contenía. Antonio fue buscado en casa de la Madre, quien hizo pasar a los agentes al gabinete de trabajo. Encima del escritorio se amontonaban algunos ejemplares de la revista prohibida. Sumamente preocupada, preguntó por el futuro del hijo una vez apresado. Sin contestarle, los agentes dijeron que revisarían la casa. La Madre se puso pálida. Los músculos del cuello se tensaron y maldijo a las energías que en esa misma habitación le habían hecho concebir un ser regido por fuerzas negativas. Con los nervios rígidos escuchó que varios otros agentes entraban en la casa. Oyó cómo volcaban los muebles en el piso superior. La Madre se encontraba sentada en el diván de

cuero negro queriendo conocer el paradero de su hijo. De ese modo podría esconderlo de manera definitiva. Lo llevaría a un lugar apartado donde lo preservaría ya no sólo de los hombres que estuviesen tras su rastro, sino también de la influencia de la Serpiente Antigua (Apocalipsis 12, 7-12) que lo acechaba desde que nació. No podía saber que Antonio trataba de refugiarse en alguna embajada, donde pensaba ser acogido por las relaciones que mantenía con un grupo de diplomáticos. A los pocos días pudo salir del país. Al conocer la partida, la Madre buscó inmediato consuelo con unos sacerdotes y con su hermana mayor. Desde entonces dedicaba buena parte del día a recorrer distintas sacristías y al anochecer llegaba a casa de la hermana. La experiencia con los agentes había sido más fuerte que la antipatía que le causaba la delicadeza de esa hermana, cuyo carácter se distinguía por su afán en resolver los problemas de los demás. Antes de tomar fuerza para enfrentarse nuevamente a la casa que la policía había desordenado, la hermana le recomendó la presencia de una muchacha que la acompañara. Es más, tomó la iniciativa y, sin que la Madre lo supiera, le pidió a la cocinera a su servicio enviara una carta a su poblado de origen para conseguir a la persona adecuada. A excepción de una sirvienta que trabajó pocas semanas, la Madre nunca había querido admitir a nadie en su casa. Aseguraba que la presencia de una persona ajena sólo podía traer problemas. Temía que fueran desapareciendo sus objetos de valor y que la mujer tuviese amoríos que terminarían complicándose. Pero después de la segunda partida de Antonio, dejó de mostrarse inflexible y hasta llegó a gustarle que la aconsejaran. Por eso ofrecía a quien quisiera escucharla detalles de los modales del hijo, que mantenía según ella una conducta siempre al borde del escándalo. Contó acerca de las cartas de amor que había encontrado escondidas dentro de unos libros y de ciertos poemas que Antonio escribió una noche antes de quedar dormido. Los había leído temprano para romperlos antes de que su hijo despertara. La Madre terminó aceptando la entrada de la muchacha en la casa estableciendo como condición un periodo de prueba. Cuando le confirmaron la hora de llegada, esperó a la joven sentada en el diván puesto en el gabinete de trabajo.

Había prendido las velas colocadas delante de las imágenes sagradas y rellenado los sahumerios para que olieran todos al mismo tiempo.

8

Aproximadamente a los quince días, la Madre empezó a preocuparse por los accesos de asma que comenzaron a atacar a la Protegida. Al principio quiso llevarla donde un médico, pero su hermana le recomendó un jarabe para los bronquios. Si bien aquella medicina logró calmar los accesos agudos, el cuadro asmático quedó como un mal constante. Cuando las dos estaban en silencio, el único ruido perceptible era el producido por el pecho de la Protegida. Los bronquios se convirtieron en una molestia permanente que le impedía realizar labores pesadas. Ese pecho la hubiera inutilizado para una vida intrépida, pero ser la protegida de la Madre era una ocupación que exigía poco desplazamiento corporal. Pese a todo, la enfermedad recrudeció al regreso de Antonio. La noche del arribo, la Protegida sufrió un fuerte ataque que le hizo apoyar la cabeza encima de la camisa de dormir de Antonio. Al notar con dificultades respiratorias a esa joven desconocida, le recomendó la preparación de un vaso de agua con sal. También sabía que las hojas de marihuana fumadas en pipa de agua abrían los bronquios de manera efectiva. Sin embargo, la constante presencia de la Madre hizo difícil enseñarle a la Protegida la forma de fumarla. Después de su regreso, Antonio pasó unos cuantos días en casa de la Madre, quien le pidió se quedara a su lado para siempre. Señaló que podían hacer que la pensión del padre alcanzara para los dos. Llevando una vida tranquila, era posible que Antonio no tuviera necesidad de salir a trabajar. Además, prometió enseñarle a la Protegida cómo lavar y planchar sus camisas. Antonio retorció los labios y, dándose vuelta, comenzó a sacar los objetos que había traído en las maletas. Entre las ropas fueron apareciendo las figuras de azúcar pintadas con colores fuertes. La Madre entrevió

representaciones de huesos, dientes y manchas de sangre. De inmediato obligó al hijo a guardar esos objetos para que pasasen la noche en el patio. Al día siguiente tendría que llevárselos. Luego de dar las órdenes quedó preocupada, pues temía que Antonio desapareciese junto con aquellos objetos. De pie, en el pasadizo que conducía al gabinete de trabajo, la Protegida escuchó la conversación que sostuvieron la Madre y el hijo. Después los siguió hasta el patio cargando una de las maletas. Esa misma noche la Protegida entraría en el cuarto de Antonio. Pero antes pasaría por el patio con la intención de rebuscar en el equipaje. Sacó las figuras y las fue alineando en el piso de cemento. Le dieron risa las muecas que hacían las calaveras. Pasó los dedos sobre las bocas que enseñaban los dientes brillantes. Una imagen se había roto y en su lugar sólo quedaba un montón de azúcar. Le interesaron las figuras que mostraban accidentes de tránsito, con los brazos y las piernas de los pasajeros diseminados por la carretera, y las intervenciones quirúrgicas que ejecutaban médicos con los mandiles manchados de rojo. La figura donde se veía a un padre comiéndose el torso de su hijo, Antonio la había comprado durante el Día de Muertos de 1938. Lo hizo minutos antes de conocer a un oficial del ejército, quien levantó las cejas al verlo con aquello entre las manos. Al terminar de tocar el contenido de las maletas, la Protegida se soltó el pelo y fue en busca de una jarra. Quizá Antonio intuyó la intromisión en el cuarto. Sólo así se explicaba que estuviera despierto cuando fue abriéndose la puerta. Al ver a la Protegida mostrando dificultad para respirar, hizo que dejara la jarra en el suelo y atrayéndola hacia sí logró que descansara la cabeza sobre su camisa de dormir. En ese momento la Madre, agotada quizá por la excitación que le produjo ver al hijo nuevamente, dormía en su habitación. Después de haberle pedido a Antonio que se quedara a vivir con ella, sintió tenso el cuello. Pero el agarrotamiento llegó al clímax cuando vio que Antonio, en lugar de contestarle, comenzó a sacar los objetos fúnebres de la maleta. La Madre jamás hubiera imaginado que esa noche la Protegida entraría en el cuarto del hijo. Tampoco que tiempo después empezaría a visitar la casa donde Antonio terminó

instalándose. Luego de arropar a la Madre, la Protegida salía tres noches a la semana. Tomaba el tranvía nocturno y cruzaba la ciudad hasta llegar a la casa de la Bajada. Desde la entrada gritaba el nombre de Antonio para que le abriera.

9

Lo primero que hacía la Protegida al cruzar la puerta de la calle era cerciorarse si estaba prendida la pequeña lámpara puesta delante de las imágenes de San Jerónimo. Las ventanas de la casa se mantenían abiertas aun durante los inviernos. En forma constante las habitaciones estaban bajo el influjo de una fuerte corriente de aire. Por la ventana del baño entraba la brisa del mar y podía apreciarse desde allí lo negro del horizonte. También ingresaba el sonido monocorde que producía la ruptura de las olas. Frente a ese paisaje, Antonio pasó las horas que tuvo que soportar durante los últimos meses que le quedaron con vida. Por un tiempo lo trasladaron a un hospital. Cuatro días antes de su muerte lo regresaron a la casa. Pero a su vuelta ya no pudo sentarse delante de la ventana del baño, sino debió quedarse acostado en la habitación oscurecida con obsesión por el Amante. Luego de dar unas cuantas vueltas por los cuartos, la Protegida iniciaba las abluciones. Llenaba la jarra de porcelana que Antonio reservaba para su aseo personal y, con el cabello descendiendo hasta el borde de la jofaina, dejaba caer con mucho ruido el agua. Después miraba a Antonio, quien movía la cabeza para no enfrentarse a unos ojos que esperaban alguna respuesta. Mientras frotaba su cuerpo con una toalla blanca y pequeña que ella misma llevaba, le pedía a Antonio o que la dejara con los libros que tuvieran ilustraciones o que le diera las llaves del taller. Después lo obligaba a irse a acostar, no sin antes pedirle que encendiera el *pick-up* preparado para oír los discos de 75 RPM que se apilaban en forma desordenada. Durante el tiempo que la Protegida permanecía en la casa, Antonio no podía dormir. Desde la cama escuchaba los silbidos de sus bronquios. Los oía mientras la muchacha

recorría una y otra vez el pasaje que unía la casa con el taller de pintura. Antonio sentía también el manojo de llaves agitado torpemente y el ruido de la cucharita removiendo la sal en el vaso que necesitaba para su asma. Sólo al amanecer oía cerrarse definitivamente la puerta de la calle. Adormecido por el mar del alba, Antonio volvía en esos momentos a recordar a una sirvienta que cuando era niño le mostró el pubis en forma inesperada. Que lo asustó pero que también tuvo la virtud, como lo reconocería después, de enseñarle la verdad de los cuerpos.

10

En la época del encuentro con aquella sirvienta, el padre de Antonio acababa de morir. Precisamente para atenuar el desconcierto propio de los días de duelo, la Madre decidió contratar a una mujer que despidió apenas puso en orden nuevamente el funcionamiento de la casa. El padre había sufrido un ataque al corazón en la pieza que tenía alquilada para sus encuentros con la querida, quien antes de pedir ayuda tuvo que vestir y trasladar al muerto hasta un sillón. A pesar de conocer la verdad, la Madre mostró durante el velorio la actitud de una viuda que hubiese asistido al marido en su lecho de muerte, dando detalles de los momentos finales de su esposo. Repitió especialmente el mensaje dejado para su hijo Antonio. Pero a solas se desesperaba, principalmente porque la querida había sido una mujer vulgar. También porque la pieza que describieron los colegas del padre, quienes acudieron al llamado de la querida, no era la pieza que había imaginado en sus noches de soledad. Los colegas llevaron el cadáver a la casa y lo metieron dentro de la cama matrimonial. Sólo después de que estuvo acostado y vestido con su mejor pijama, procedieron a llamar al médico. La supuesta tranquilidad mostrada por la Madre, fue producida por un trabajo de autocontrol ensayado durante unas horas. Los colegas llegaron con la noticia cuando comenzaba a anochecer. Actuaron sin pudor, se diría a sí misma

la Madre después. Lo contaron todo sin omitir un solo detalle. Contestó que estaba preparada para recibir al esposo. Luego fue a sentarse al diván de cuero negro. Allí revivió el día de la concepción de Antonio. Antes de aquella tarde, hacía cerca de dos años que era ajena a cualquier intimidad matrimonial. Con el tiempo su actitud se transformó en una fuerte aversión hacia los acercamientos que alguna vez procuró su marido. Sentía que esos entusiasmos sorpresivos se debían sólo a la inercia de una vida en común. Pero la noche de la concepción fue diferente. Obedeció a una naturaleza que se rebeló de pronto. En ese instante desaparecieron los ascos hacia el flujo seminal que, después de sus tempranas lecturas de la Sagrada Biblia, consideraba como la Segunda Inmundicia (Levítico 15, 2-25). Nunca descubrió por qué luego de imaginar los cuerpos de los amantes. decidió restablecer la intimidad con el marido. Aprovechó que su esposo se aseaba después de haber pasado la tarde en la pieza que tenía alquilada, para recostarse en el diván y aflojar los cierres de su falda. No iba a permitir ser desvestida por completo. Cuando sintió abrirse la puerta del gabinete, donde por orden suya el marido pasaba las noches, giró la cabeza en sentido opuesto. Mirando hacia la pared se empeñó en olvidar el juramento de no dejarse tocar más por ese hombre. Apretó con fuerza los ojos cuando el marido, reponiéndose de la sorpresa que le causó verla acostada en el diván, intentó acariciarla. Mientras metía las manos debajo de sus ropas, la madre intuyó la presencia de la querida. La conocía, pues siguió al marido cierta vez que lo vio contestando una llamada extraña. Tuvo la sensación no de ser acariciada por unas manos masculinas, sino por unas manos de uñas cubiertas con un esmalte resquebrajado. Durante los días siguientes, comenzó a mostrar un inusual interés por los asuntos sexuales. Varias veces se repitieron los encuentros en el gabinete y pasó muchas horas echada en su cama dejando que la luz y la sombra variaran sobre su piel. Únicamente el avance del embarazo empezó a atenuar aquel estado ajeno a su naturaleza. El crecimiento de la criatura hizo que fuera apareciendo cierta paz interna, que se prolongó hasta después del alumbramiento. Pero a pesar de la tranquilidad que sintió, en ningún momento pudo

olvidar el hecho de haber concebido en circunstancias extrañas. Lo había hecho con vergüenza y con unos deseos sexuales que prefería olvidar. Toda aquella culpa regresó con fuerza después del nacimiento de Antonio. En el periodo posnatal desapareció por completo la paz que la había acompañado durante el embarazo. Después del primer mes se acordó de que los paños menstruales habían sido quemados y tuvo entonces que usar de emergencia los pañales del hijo. Curiosamente el niño no lloró durante las crisis de la Madre, quien entre otras cosas olvidaba por completo los horarios de las comidas. En un primer momento, el padre pensó encargar la criatura a la querida. Pero finalmente terminó recurriendo donde su cuñada, quien en su afán de ser útil se llevó al niño a su casa. Aquella acción se repitió todos los meses, quedando así la Madre aliviada de la responsabilidad materna durante esos periodos. Aquella primera vez estuvo tres días encerrada en su habitación. No quiso ver a nadie y rechazó la comida que la hermana le enviaba. La única presencia que permitió fue la de su marido, quien dos veces al día entraba para limpiar y recoger los pañales que se acumulaban debajo de la cama.

11

Antonio le fue contando a la Amiga los acontecimientos principales de su infancia durante el invierno final. La Amiga muchas veces desconfió de la certeza de esos relatos. Había detalles imposibles de saberse con tanta precisión. Pero Antonio en varias ocasiones dijo que no importaba si los sucesos eran reales. Lo fundamental era tener una historia coherente y para eso era imprescindible la Amiga como interlocutor. La Amiga había viajado al país de Antonio junto a un acuarelista que conoció cuando trabajaba como marchante. En un primer momento no le impresionó mayormente ese artista. Los trabajos presentados le parecieron demasiado académicos. Se habían usado técnicas enseñadas en cualquier escuela de arte. La única diferencia estaba en que los modelos y los paisajes eran propios

de regiones lejanas. Sólo el hecho de ser compatriota de Antonio y la Pianista, prima de Antonio, la determinó a encargarse de las obras. Al poco tiempo se hicieron amantes y cuando el avance de la guerra amenazó la tranquilidad de los extranjeros, decidieron casarse y tomar un barco que los sacara del país. Al llegar alquilaron un cuarto amplio, que la Amiga siguió ocupando aún después de que el artista la abandonó. El matrimonio continuó hasta cuando la Amiga necesitó la ayuda de Antonio para tomar una decisión respecto a un embarazo no programado. Para ese entonces la Amiga, al igual que la Madre, había empezado a sentir indiferencia por el marido, pero tener un hijo era una experiencia que había deseado desde siempre. Al saber que estaba encinta, sin demora y llena de incertidumbre buscó a Antonio. Aquella circunstancia también fue una buena excusa para verlo en ese país desconocido para ella. Poco después de su arribo, la Amiga se enteró de que Antonio escribía artículos en los diarios donde atacaba el tipo de trabajo del marido, quien le prohibió visitarlo. Le parecía una exageración obedecerlo, pero consideró que en esa primera época era mejor no motivar un conflicto conyugal. Para que interrumpiera su embarazo, Antonio le asignó temporalmente la habitación principal de la casa de la Bajada. Le dio el cuarto amueblado con la silla de Viena, la cama sencilla y el espejo giratorio. En un pequeño altar se repetían las idénticas imágenes de San Jerónimo y encima de un anaquel de madera se alineaban las calaveras de azúcar. Antonio la había puesto en manos de un médico que conocía de tiempo atrás. Cuando llegó, con un maletín en la mano, el medico dijo que haría la intervención sólo como un favor especial. Con el fin de tranquilizarlo, Antonio le ofreció una copa de *cognac* y lo llevó a recorrer la casa. Se demoraron más de una hora en el taller de pintura. Mientras se encontraban entre los óleos a medio hacer, la Amiga se lavó el cuerpo tal como el médico se lo había ordenado. Después de salir del baño, vestida con una bata de entrecasa que encontró colgada detrás de la puerta, se acostó encima de la cama donde años después iba a morir Antonio. Se echó sobre las mismas sábanas donde los miembros inertes iban a ser flexionados por el Amante. Desde esa cama escuchó que

Antonio y el médico regresaban conversando. Estaban refiriéndose a amigos en común y a fiestas a las que habían asistido juntos. El médico ya no evidenciaba el nerviosismo con el que había llegado. Incluso olvidó dónde había dejado el maletín. La Amiga empezó entonces a dudar de su destreza. Sospechó, no tanto por el olvido sino porque había visto su cuerpo demasiado adiposo, con las líneas desdibujadas en trazos redondeados. Había pensado en que carecía de sexo. Pero mientras estaba acostada en la cama, supo que nada podía hacer para negarse a ser intervenida. La fuerte infección que se presentó después de unos días, hizo que se reafirmara en su idea de la relación entre la carencia de sexo y la poca habilidad profesional. Luego de un breve tratamiento, el médico logró controlar esa anomalía pero aseguró que órganos importantes se habían visto comprometidos. La Amiga y Antonio acudieron muchas veces al consultorio, sin embargo la Amiga nunca notó que Antonio hiciera ningún gesto. Se mantuvo inalterable incluso cuando el médico insinuaba la posibilidad de que la paciente quedara estéril. Lo primero que la Amiga pensó al oír aquello fue que terminaba violentamente su anhelo por la maternidad. Enseguida tuvo presente a Antonio, a quien consideraba responsable de su estado. Se lo imaginó preocupado por la culpa. Tuvo ganas de decirle que no importaba, que no mostrara ninguna actitud melancólica. Pero cuando levantó los ojos para mirarlo, no vio aparecer en su rostro ninguno de los rasgos esperados. Notó que la estaba tomando de la muñeca más por cumplir con un acto piadoso que por una obligación de orden moral.

12

Sin embargo, a partir de aquel suceso la amistad entre Antonio y la Amiga no volvió a interrumpirse. Después de terminadas las clases que la Amiga comenzó a dictar en un instituto de idiomas, Antonio pasaba todos los días a buscarla. La Amiga había conseguido el trabajo apenas el médico se lo permitió.

Consumían algo en la cafetería del lugar y luego Antonio se iba sin decir dónde. Los fines de semana la Amiga dejaba su cuarto y viajaba en tranvía hasta la casa de la Bajada. Si era verano se entretenían sentándose en los sillones de bambú de la entrada para mirar el paso de la gente que se dirigía a la playa. Los comentarios que producía el desfile de bañistas variaba de acuerdo a los amigos presentes ese día. Sólo cuando Antonio, la Amiga y el Amante estaban solos podían llevar el humor hasta las últimas consecuencias. Cierta tarde en que había varios amigos en la casa, Antonio salió de su cuarto con un frasco en la mano. Dijo que contenía una crema de belleza que había aprendido a fabricar en uno de sus viajes. Luego obligó a todos los invitados a sentarse, les embadurnó la cara y los mantuvo inmóviles por más de una hora. La escena de los amigos sentados en el suelo o en los sillones de bambú se repetiría en varias ocasiones. Después de algunos meses se descubrió que la crema no era más que un ungüento para las escaldaduras de los niños. Antonio trataba de que los invitados se mantuvieran estáticos para leer con tranquilidad, adelantar en sus pinturas o para desaparecer con el Amante dentro de las habitaciones. Pero a medida que avanzaba la enfermedad final, las reuniones con los amigos fueron espaciándose cada vez más. Pese a que la última primavera fue una estación cálida, Antonio no pudo sobreponerse al frío que pareció nacerle de los huesos. Por eso hizo que llevaran uno de los sillones de bambú hasta la ventana del baño. Sentado en ese lugar estaría protegido de los vientos sin renunciar a la contemplación del mar. Las indicaciones precisas que iba dando para la preparación de su muerte, hizo que el interior de la casa comenzara a trastocarse. La muerte de Antonio se transformaba en una muerte de ficción, comentó la Amiga con el Amante. Había sido muy bien pensada la posición del cuerpo yacente, así como el lugar de la silla de Viena y los zapatos amarillos. Nunca como en aquella época fue más utilizado el espejo que lucía un poema escrito con lápiz de labios rojo. Durante esa etapa, la Amiga notó que el único lugar que le había quedado a Antonio para experimentar alguna sensación era el de su propia muerte. Ni siquiera la terca

compañía del Amante significó algo importante, pues parecía haberse reunido con Antonio demasiado tarde.

13

Cuando llegó al país de Antonio, el Amante estaba más grueso y su cabello escaseaba ligeramente. Lo primero que hizo fue ir hasta el cuarto habitado por la Amiga. Conocía la dirección de Antonio, había mandado cartas a la casa de la Bajada, pero después de tantos años le daba pánico presentarse sin compañía. Luego de ser abandonado por Antonio, se entregó con bastante energía a sus estudios literarios. Se habían separado amistosamente, haciéndose la promesa de volverse a encontrar. La certeza de un reencuentro le sirvió al Amante para pasar con relativa tranquilidad los años de la guerra. Pensaba más en su nostalgia personal que en los sucesos que se desencadenaban a su alrededor. Sólo después de constatar en sus conocidos los daños morales y físicos causados por el conflicto, agradeció haber estado aquel tiempo dedicado a sus conjeturas sentimentales y a sus estudios literarios. Encerrado en la casa de campo de su familia sufrió las mínimas penurias aun en los años más duros. Haber soportado incólume ese periodo, fue quizá una de las razones por las que llegó a destacar en su oficio. Sacó ventaja al quedar fuera de competencia muchos de sus colegas. Gradualmente su nombre comenzó a hacerse conocido. Pero cumpliendo la promesa que se hiciera con Antonio, después de varios años postuló a una beca para hacer una investigación literaria en un lugar lejano. Cuando se volvieron a ver, Antonio todavía no daba señales de estar enfermo pero ya no se trataba de la persona que tanto la Amiga como el Amante habían conocido. La estadía del Amante en la ciudad duró cerca de cinco años. Luego de vivir en la casa de Antonio, acompañarlo en su agonía y dejar publicado un libro como homenaje póstumo, el Amante hizo sus maletas y gracias a un trabajo otorgado por su gobierno partió a un destino aun más lejano.

14

La Amiga había conocido al Amante cuando frecuentaba el grupo de escritores que se reunía en los locales públicos de la calle donde vivía. El Amante era el encargado de hacer la crítica a la mayoría de los trabajos literarios de aquel grupo. En un principio, aquel estudiante no fue para la Amiga más que un muchacho tranquilo, con un mechón de pelo cayendo sobre su frente. Perouna tarde en que la Amiga estaba reunida con los poetas jóvenes llegó el Amante y, parándose al costado de la mesa, le pidió que lo acompañara. Estaba vestido de negro y por el movimiento de las manos se veía que estaba nervioso. La Amiga se dejó conducir, prácticamente fue levantada de la silla, para ser llevada hasta la puerta del baño de hombres. Al verlos, el encargado dejó la mesa de los perfumes y desapareció. El Amante le suplicó entonces que aceptara la compañía de un amigo. Viendo su asombro, rápidamente y en voz baja le contó que había conocido a un muchacho del Este mientras le compraba naranjas a un frutero de la calle. El muchacho le había preguntado cuáles serían las más dulces. Comenzaron entonces a hablar de las formas como podían comerse las naranjas. El Amante lo invitó a un café cercano para seguir conversando. Tomaron asiento poniendo cada uno sobre sus rodillas las bolsas de papel que el vendedor les entregó. Finalmente el muchacho aceptó acompañarlo al departamento. Tarde en la noche, luego de mezclar vino blanco con jugo de naranja, decidieron dormir. Ante una insinuación, el muchacho contestó que le era imposible acostarse con un hombre al lado. Enseguida se echó desnudo en la cama y a los pocos minutos se quedó dormido. Al día siguiente ocurrió lo mismo. Lo curioso fue que salvo en lo sexual mantenían una especie de romance. El muchacho se mostraba tierno y cariñoso. Había llevado su equipaje al apartamento y le pedía consejos sobre cómo manejarse en la ciudad. Hablaba de su madre, viuda de un minero, quien le había entregado sus ahorros para que fuera a

buscarse la vida. Ante la puerta del baño, el Amante le pidió a la Amiga que con su cuerpo completase el elemento que les faltaba. La Amiga, que encontró divertida la historia, creyó que se trataba de alguna broma a las que eran tan aficionados los miembros del grupo de escritores. Queriendo saber hasta dónde serían capaces de llegar, la Amiga siguió al Amante al interior del baño. Cuando estuvieron ante la última puerta de los reservados, el Amante la abrió y señaló al muchacho. Se trataba de un adolescente, rudo y grande. El Amante se acercó al oído de la Amiga para decirle que no se preocupase, pues le había pagado al encargado para que no dejara pasar a nadie. En ese instante, el muchacho la tomó con fuerza de la cintura y la metió al reservado. La mujer quiso zafarse. Se calmó cuando volvió a pensar que se trataba de una broma. Con mucho cuidado los dos hombres comenzaron a besarla. La atención de la Amiga, sin embargo, estuvo puesta sólo en los besos leves del Amante. A partir de un momento que no podría precisar, dejó de importarle saber si la situación se trataba de una broma o no. Se dejó llevar. De pronto, el muchacho levantó los brazos y descargó un golpe en el rostro del Amante, quien al sentir el puño se cogió la boca y retrocedió unos pasos. Después de secar las mejillas de la Amiga, húmedas con la saliva del otro, el muchacho comenzó a insultar al Amante ordenándole, además, que se fuera. Mezclando varios idiomas, dijo que le repelía su presencia. Pero el Amante no siguió retrocediendo. Se quedó mirando cómo la Amiga comenzaba a ser poseída. Luego el muchacho dejó a la Amiga con la misma brusquedad con que la había tomado. Salió con prisa, acomodándose como fuera los pantalones. Parecía tener miedo, estar arrepentido por lo que había hecho. Antes de irse, señaló las gotas de sangre en el piso y pidió que no avisaran a la policía. En los días siguientes no se atrevió a pasar por el apartamento para recoger las maletas que había llevado. Dentro, el Amante encontró algunas fotos que mostraban aspectos de la vida en una comunidad minera. Se entretuvo todo un día mirando a las personas que habían posado, buscando encontrar parecidos con el muchacho que había conocido delante del frutero que vendía naranjas.

15

Cierta tarde de otoño, el Amante pasó por la pieza de la Amiga para invitarla a un concierto de piano. Después del incidente en el baño, la Amiga y el Amante habían seguido viéndose en forma regular. De vez en cuando se reían del muchacho de las naranjas, al que nadie había vuelto a ver. En aquel tiempo uno de los intereses intelectuales del Amante, aparte de hacer las críticas al grupo de escritores al que pertenecía, era el análisis del aporte de los inmigrantes tanto a la literatura como a las demás artes. Por eso su entusiasmo hacia el recital de piano que iba a ofrecerse esa noche. Cuando llegaron a la audición, los demás invitados ya habían ocupado sus asientos. Luego de tocar las más representativas piezas compuestas por autores de su país, la Pianista que ejecutaba el recital se paró, agradeció los aplausos y salió con dirección al tocador. Mientras caminaba, el Amante la abordó y le propuso conversar en otro lugar. La Pianista vaciló, se miró las manos y al ver unas marcas más claras en sus dedos pensó en los anillos que se había quitado antes del concierto. De alguna manera había estado esperando una proposición semejante. Desde su reciente llegada, su estancia se había limitado a visitar distintas casas de gentes conocidas. Deseaba establecer contacto con otras personas, como el muchacho vestido de negro que se le había acercado y que hablaba correctamente el castellano. Sus padres la habían encomendado a unos amigos muy estrictos los que, controlando sus salidas, evitaban cualquier peligro. Sin embargo, la Pianista quería hacer uso de su libertad y precisamente se había puesto de acuerdo con un primo suyo para que esa noche pasara a buscarla después del concierto. Aquel primo había viajado con la intención de matricularse en una escuela de ballet y había ofrecido llevarla a una fiesta que se iba a realizar en el hotel donde vivía. La Pianista levantó la cabeza y vio que el Amante seguía mirándola. Contestó que debían esperar al primo, a quien cuando llegó presentó como Antonio. Dijo también que había sido expulsado de la escuela

de ballet cuando en un ataque de celos agredió con ambos brazos al primer bailarín. El Amante quedó tan impresionado con aquella presentación que abandonó rápidamente el inicial interés que había tenido en la Pianista. Casi sin quererlo, la Amiga asumió la responsabilidad de esa mujer. Había algo en ella que estuvo atrayéndola desde que la vio sentándose frente al piano. Pero al mismo tiempo se trataba de algo que le daba miedo, quizá producido por saber que esa mujer provenía de zonas remotas. Tuvo la impresión de poder descubrir en ella ciertas verdades que buscaba desde niña. Días después, la Amiga supo que el extraño modo de comportamiento de la Pianista era sólo el resultado de la lucha mental que sostenía esa mujer con el fin de mantener el equilibrio.

16

Antonio aseguraba que la Pianista carecía de talento. Afirmaba que las horas dedicadas a la música eran más producto de su desesperación que de su genio. Luego de haber pasado juntas dos semanas, la Amiga descubrió que si esa mujer hubiera nacido sana jamás hubiera tocado ningún instrumento. La noche del concierto, la Amiga habló con la Pianista poniendo énfasis en sus palabras. De ese modo le hizo saber lo interesante que le parecía su continente y que uno de sus deseos era visitarlo algún día. La Pianista sonreía en forma serena y contestaba por intermedio del Amante. Decía que era cierto que su país era exótico y que tendría mucho gusto en recibirla cuando viajara. Viendo un comportamiento sumamente recatado, la Amiga se preguntó dónde podría estar la atracción que esa mujer ejercía sobre ella. La crisis se desencadenaría después de unos días. Antonio, la Amiga, el Amante y la Pianista pasaron varias noches intensas. Compartieron el alcohol y el opio. Antonio sacaba las bolitas de opio y las ponía en la punta de una pipa de madera. Antes de que la pipa pasara de boca en boca, hacía que todos se acostaran en alguna de las dos camas del apartamento del Amante. Generalmente, la Amiga y la Pianista eran echadas

en la cama colocada en el pasillo de entrada. Con los cuerpos unidos, abandonaban en forma rápida los umbrales de la realidad para entrar en las formas que siempre se presentaban sobre un fondo azul. El efecto duraba varias horas y la Amiga aseguraba que los colores eran más brillantes cuando fumaba el opio al lado de la Pianista. Tenía su propia teoría: afirmaba que esa mujer estaba cargada con la energía propia de la zona donde había nacido. Al despertar, los cuatro sentían los cuerpos limpios. Antonio y el Amante, después de dejar correr el agua de la ducha por sus cabezas y sus cuellos, entraban en la cocina para preparar platos que sazonaban con exageración. Luego se iban al hotel que Antonio compartía con una compañía de bailarines clásicos.

17

La Amiga y la Pianista también salían del apartamento. Al hacerlo les sorprendía lo apagado de los colores cotidianos. En esos momentos les gustaba visitar los parques y los cementerios, así como sentarse en los cafés. Hablando en un idioma que habían adecuado para entenderse, la Pianista se refería a unas esculturas que en su país se levantaban en la zona llamada la Bajada. Describía sobre todo las formas de esas mujeres hechas con una piedra oscura. También hablaba del mar que se extendía debajo de ellas. Después las dos iban a la pieza de la Amiga. Se trataba de una habitación estrecha, de dimensiones menores al cuarto que años después alquilaría con su marido antes de quedar embarazada. Con el dinero que ganaba entonces hubiera podido arrendar algo mejor. Pero prefería esa pieza porque estaba cerca al apartamento del Amante y porque en los locales públicos de esa calle se reunían sus amigos los poetas jóvenes. También porque era la parte de la ciudad donde quedaba la mayoría de los talleres de los pintores a quienes comercializaba sus obras. En aquella pieza las dos mujeres bebían hasta caer exhaustas. Hasta que llegó un momento en que la mente de la Pianista emprendió un ascenso

sin límites. La mujer entró en un estado maníaco que llegó a su extremo cuando creyó ser capaz de saltar por la ventana sin sufrir el menor rasguño. Las tinieblas, unos paisajes poblados de árboles calcinados, se convirtieron en las visiones que la acompañaron durante sus pocos momentos de tranquilidad. Nadie hubiera podido imaginar que se trataba de la misma mujer que había ofrecido un delicado recital. La misma que se ruborizó cuando la aplaudieron y que dudó en salir a la calle con la pareja de extraños que se le acercó. Durante las crisis se convertía en una persona que no soportaba la presencia de nadie cerca de ella. Los ataques se dirigían principalmente a la libertad de la Amiga. No quería separarse de su lado. La seguía cuando visitaba a los compradores de cuadros, quienes se incomodaban con esa extranjera que todo el tiempo interrumpía los tratos con acotaciones ajenas al contexto. También la acompañaba a los talleres de los pintores, donde en forma invariable pretendía seducir a los artistas para terminar huyendo ante el menor avance. Criticaba mucho a la Amiga, sus negocios, su capacidad de apreciación pictórica y hasta su forma de vestir. Cuando la Amiga se defendía, la Pianista dejaba la pieza y se iba a instalar delante de un piano amarillo que había en el hotel de Antonio. Si Antonio había salido, la Pianista hablaba con la dueña para que la dejara tocar. Se quedaba sentada durante varias horas seguidas y luego salía apurada para buscar nuevamente la compañía de la Amiga. Subía a toda prisa los seis pisos y llamaba a la puerta en forma desesperada. Luego de unos días desconcertantes, la Amiga tomó la decisión de no seguir tolerando la locura de la mujer. Se creía una persona práctica y negada a soportar cargas afectivas de cualquier tipo. Pidió la ayuda de Antonio y del Amante, aunque ellos ya estaban al tanto del comportamiento de la prima. Antonio sabía de crisis anteriores y además la dueña del hotel se había quejado del maltrato que su piano estaba sufriendo. Se hicieron entonces las gestiones para que la internasen. El sanatorio se consiguió gracias a algunos trámites del Amante. Al verse obligada a permanecer en un cuarto donde había más de dos docenas de camas iguales, la Pianista comenzó a pedir con fuertes gritos la compañía de la Amiga.

Tuvieron que inmovilizarla atándole los brazos y las piernas. Extrañamente, en los días siguientes la sola mención de la Amiga le generaba una fuerte ira. Los médicos recomendaron que no apareciera por el sanatorio la mujer que tanto obsesionaba a la paciente. Aunque la Amiga tampoco tenía la intención de visitarlo. Desde las vidrieras de una tienda de comestibles situada frente al hotel de Antonio, había visto como unos enfermeros sacaban a la mujer del edificio. Las manos de la mujer trataron de aferrarse a las paredes. Desde los pisos altos, los bailarines que habitaban en el hotel se asomaron unos momentos. Después de ver partir la ambulancia, la Amiga se propuso olvidar de modo absoluto.

18

Durante el invierno final, Antonio fue leyendo en voz alta lo que había escrito desde el regreso definitivo. Viendo los poemas se preguntaba por qué no había encontrado sosiego en la casa de la Bajada. Quiso ser un corriente profesor de gramática, trabajo que encontró pocas semanas después de volver definitivamente. Además buscó, gracias al orden y la limpieza, que su casa no se diferenciara demasiado de las vecinas. También intentó mantener una línea intelectual escribiendo ensayos que algunas veces fueron publicados en los diarios. El nivel cívico lo mantuvo mandando cartas de protesta al zoológico y a la municipalidad. Antonio buscó formas que le permitieran ocultarse del escándalo. Pero bastaba que alguna situación interesante se creara en un baño público o en alguna habitación anónima para que apareciera sin control la fuerza que con su modo de vida trataba de esconder. En ese invierno le hubiera gustado comprobar qué tipo de interés tuvo por Royal Splendor. Por aquel joven que desapareció al tercer día de conocerlo en un bar del centro de la ciudad. Para Antonio se trató de un encuentro importante que de haber ocurrido veinte años antes, lo habría llevado a hacer cosas para las que ya no le quedaban energías. Cuando Antonio y el Amante encontraron a

Royal Splendor, se puso en práctica la actitud de dos hombres que buscaban fines más complicados que los mostrados en forma abierta. Aquellas señales que aparecieron tres tardes seguidas, hicieron que el joven desapareciera rápidamente. La huida lo convirtió en el inspirador de uno de los últimos poemas. También para provocar en el Amante una sonora carcajada. Mientras que para el Amante no fue más que un vértice para uno de esos triángulos sexuales sin trascendencia que acostumbraban formar, para Antonio la presencia de Royal Splendor significó algo más profundo. La redacción del poema hizo que nuevamente volviera la normalidad. Aquel fue el mismo mecanismo que Antonio utilizó ante su fracaso con el oficial del ejército que conoció en el Día de Muertos. En aquella oportunidad escribió decenas de poemas. Sin embargo, esa vez no pudo librarse de pasar por un extenso periodo depresivo. Cuando el oficial le prohibió que siguiera visitándolo en la guarnición militar donde estaba destacado, Antonio perdió temporalmente la conciencia. Pasó varios días en un estado más cercano a la muerte que a la vida. Su recuperación fue lenta. Tuvieron que pasar muchos meses antes de que volviera la normalidad. Fueron sus amigos de ese entonces quienes velaron por su restablecimiento. Se habían dado cuenta de su estado una semana después de iniciado el ataque. No habían extrañado su presencia porque pensaron que había hecho uno de sus habituales viajes a las zonas militares. Lo descubrieron gracias a una vecina, quien hizo abrir la puerta después de escuchar unos débiles gemidos saliendo del interior. Antonio estaba acostado boca arriba y alrededor de los ojos se le habían formado unas concavidades oscuras. Tenía los brazos extendidos en cruz. Las paredes del cuarto estaban escritas. Con letras grandes se leía que el país crecía alrededor de César. Ya con sus amigos cuidándolo, Antonio solamente se dedicó a leer lo que había escrito en la pared. Cuando después de dos meses comenzó a hablar, dijo que después de las golpizas que recibía regularmente quedaba aún más enamorado. También señaló que la última vez que el oficial lo visitó fue para amenazarlo. Apareció con la noticia de que iba a casarse y que era capaz de dispararle un tiro si se cruzaba nuevamente en su vida.

Alentado por los amigos, Antonio para olvidar comenzó a ir a unos bailes que se organizaban en una casa situada en las afueras de la ciudad. Asistía a pesar de estar convencido de lo inútil que era bailar en el salón donde había un piano cubierto con un mantón de Manila, y hasta donde llegaban los olores de una cocina que se mantenía funcionando toda la noche. A las tres de la mañana, las parejas tenían que apartarse para dar paso a un show ofrecido por dos hombres vestidos como María Félix y Dolores del Río. La desesperación por su fracaso amoroso, lo llevaba a terminar embriagándose en esa casa donde era conducido por sus amigos una vez terminado su trabajo como vendedor en una librería.

19

En aquel último invierno, Antonio se refirió mucho al deterioro estético que iba sufriendo. Por eso su primer acto en las mañanas era mirarse desnudo. Tenía un espejo giratorio de cuerpo entero, sobre cuya luna se hallaba un poema. Estuvo allí desde antes de la llegada del Amante a la ciudad. Antonio nunca reveló quién lo había escrito. Lo mantuvo como aparecido de la nada. El poema se refería a lo inciertos que son los reflejos tanto en los espejos como en el tiempo; a lo peligroso que se vuelve perseguir sus iluminaciones, quedando los hombres obligados a aceptar la convergencia de las imágenes en un solo punto posible: la muerte. Antonio convirtió en sagrados aquellos trazos. Muchas veces el Amante quiso borrarlos, pero el respeto que Antonio logró imponerles hizo imposible cualquier profanación. Al levantarse en las mañanas, Antonio se quedaba una hora o más delante de su propia figura. Con paciencia iba examinando el aumento de turbidez en los ojos, así como la flacidez en el cuello y en los músculos de las piernas. Durante ese invierno, Antonio y la Amiga más de una vez se encontraron hablando de las relaciones entre la belleza y la muerte. En un principio, la Amiga aseguraba que la muerte destruía en forma total

cualquier belleza. Al oírla, Antonio acariciaba sus propios brazos. A pesar del frío que subía acompañando la niebla, Antonio usó camisas de manga corta. Sus brazos, que se movían ágilmente mientras hablaba, no mostraban músculos ni firmeza. Viendo a través de la ventana del baño, que curiosamente era el lugar de la casa donde se reunían a conversar, Antonio una vez dijo que la belleza y la muerte guardaban la misma relación que el agua y los espejos. La Amiga no entendió las palabras, tampoco la sonrisa que las acompañó. Antonio continuó riendo mientras hablaba de las abluciones que realizaba cada mañana, del agua bajando por el pecho y la espalda desnudos. Se refirió al espejo, que chirriaba con cada movimiento, y a las letras rojas del poema. Volteó y le preguntó a la Amiga si no podía ser la belleza la que corrompiera a la muerte. Recién entonces la Amiga sonrió y miró por la ventana el baño. Un poco más abajo estaban las esculturas, ocultas parcialmente por la bruma. Una de ellas, la que durante la muerte de Antonio la Amiga sintió necesidad de tocar, sólo mostraba los brazos y las piernas. Otra enseñaba una cabeza cuya frente lucía una venda delineada por la niebla de la mañana.

20

Sentado delante de la ventana, Antonio escribió en un papel las indicaciones sobre lo que deseaba hicieran con su cuerpo después de la agonía. Cuando terminó de anotarlas guardó la hoja en un sobre y se la entregó a la Amiga, afirmando que esas instrucciones nunca iban a ser puestas en práctica. Sabía que cuando su cuerpo estuviera muerto iba a pertenecerle enteramente a la Madre. Estaba seguro de que la Madre lo iba a entregar a la nada para que se iniciara la corrupción dentro de un cajón cerrado. La Madre se convertiría en la única persona con derecho a decidir la forma de desecharlo. Antonio hubiera querido que su materia fuera desvaneciéndose hasta formar parte de alguno de los cuatro elementos. Su mayor ambición era

confundirse con las aguas. Con una amplia sonrisa iba imaginando el funeral con flores arrojadas al costado de su cuerpo. Se denominaba a sí mismo como la Ofelia Moderna. Cada vez que lo decía se frotaba con mayor fuerza los brazos desnudos. Se reía mucho pensando en lo complicado que sería embarcar el cadáver para llevarlo mar adentro. Veía a los amigos haciendo tratos con los pescadores para llenar sus barcas con flores y con un muerto reciente. Los ojos le brillaron cuando dijo que no, que el mar no era el lugar adecuado. Prefería desvanecerse en las aguas de las lagunas que aparecían al sur en medio de los desiertos. Afirmaba que las lagunas no tenían la fama de devolver los cuerpos a las orillas. La segunda prioridad era el aire o el fuego, ser despedazado por las aves o ser convertido en ceniza. Pero desaparecer por medio de las aves significaba un tiempo largo de exposición en un campo alejado, para evitar que los demás sintieran el olor de la carne descomponiéndose. Le parecía un abuso de confianza se hicieran cargo de esa forma de desaparición. Con respecto a ser incinerado sabía que muchos huesos, principalmente los del cráneo, quedaban carbonizados pero no convertidos en ceniza. La sola idea de pasar por la acción de un molinillo lo aterrorizaba. Finalmente aceptaba ser enterrado pero sin la mediación de un ataúd. Los cajones cerrados le parecían una aberración de la cultura. Quizá porque estaba seguro de no poder evitar ser introducido en un ataúd, guardaba con tanto esmero las figuras de azúcar que consideraba se burlaban de la muerte y sus rituales.

21

El cadáver de Antonio fue trasladado en una camioneta gris. Lo llevaron al velatorio de un hospital cercano, donde estuvo exhibido por más de veinte horas. Sujetando un balde en la mano, la Protegida se admiró de la práctica mostrada por los empleados de la funeraria. Entre dos sostuvieron una sábana por sus extremos y con un movimiento brusco consiguieron hacer

un bulto con el cuerpo. Desde que vio a los empleados, la Protegida volvió a sentir la opresión en el pecho. Por eso dejó el balde en el suelo y salió a recoger el vaso de agua con sal que había dejado en la entrada de la casa. Se lo tomó de un solo trago. Después fue a la cocina a hervir más agua. Llenó una pequeña olla de metal, que encontró limpia en medio del desarreglo y la suciedad que habían causado la Amiga y el Amante por acompañar a Antonio en su agonía. Cuando el agua hirvió, llenó el vaso y le echó un puñado de sal. Bebió a sorbos lentos, sintiendo el calor y la sal astringiéndole la boca. Sabía que para obtener un alivio mayor era importante no perder la calma. Pasaron unos minutos. Mientras experimentaba una levísima mejoría, escuchó que en el dormitorio principal la Madre cambiaba opiniones con los parientes que había congregado en la casa. Se deliberaba sobre el lugar apropiado para el velatorio. Los parientes insistían en que lo adecuado era la casa donde vivían la Madre y la Protegida. En forma disimulada la Madre daba excusas para evitar que le echaran encima la responsabilidad del cadáver de su hijo.

22

Los ruidos de objetos rompiéndose, muebles arrastrados y conversaciones fragmentadas fueron sentidos por el Amante, quien se mantuvo en todo momento en el taller de pintura. A través de la puerta entreabierta observó la llegada de los parientes que la Madre había ordenado llamar. Los parientes se quedaron cerca de una hora y cuando los empleados de la funeraria cargaron el cuerpo salieron dejando a la Madre y a la Protegida solas en la casa. Antes de la llegada de los parientes, la Madre tuvo la fuerza suficiente para desgarrar los restos de paño negro que aún colgaban de las ventanas. Sólo entonces el sol entró sin ningún impedimento. Con la misma fuerza destruyó las imágenes de San Jerónimo, las que según ella habían sido utilizadas en ritos profanos. Sobre el piso de madera quedaron retazos de tela y fragmentos de cerámica, que

fueron pisados por la Protegida mientras cumplía las órdenes que la Madre iba dictando. Sin mirar hacia la playa la Protegida levantó los muebles de bambú que habían decorado la entrada. Al hacerlo se acordó de sus visitas nocturnas a la casa de la Bajada. Después de gritar el nombre de Antonio, la Protegida entraba y hablaba principalmente del ánimo de la Madre que había dejado durmiendo en su cama. También contaba detalles de los incidentes domésticos y de los ritos místicos que en esa casa se cumplían puntualmente. Hablaba, además, de los recursos usados por la Madre para mantener al hijo alejado del mal. Por medio de rezos pedía que fuera vencido el Amante y derrotados los extraños seres que visitaban la casa a la cual tenía prohibido acercarse. Antonio le ocultó a la Madre la existencia de la enfermedad final. De ese modo pretendió negarle la posibilidad de convertirse en una Madre Doliente ante el cuerpo moribundo de su hijo.

23

Al ver que la Protegida terminaba de acomodar los muebles apilándolos a un lado de la entrada, la Madre le ordenó que descolgara también los cuadros. A la Madre le causaban repulsión los tonos de rojo usados en los óleos y las atrevidas mezclas cromáticas que ignoraba eran obra de Antonio. No podía permitir que los parientes, quienes no tardarían en aparecer, encontraran las paredes con semejantes pinturas. Sin embargo, ver el descolgamiento de los cuadros disminuyó la fuerza física y moral que la había invadido al entrar en la casa. Le pareció que algo se mutilaba, pero no tenía idea de qué. Para evitar que la Protegida la viera en aquel estado de debilidad, se encerró en el baño. Encontró el piso cubierto con restos de tela y de cerámica. Se tropezó levemente con el sillón de Antonio, que aún no había ordenado poner en el montón de muebles que la Protegida había levantado en la entrada. Delante de la ventana del baño, la Madre comenzó a mirar el mar con la distorsión que producen las lágrimas. Poco a poco logró

calmarse y recuperar algo de su energía. La consolaron las olas que vio moviéndose sin sentido. Comprendió que se estaban cumpliendo preceptos divinos. En una vida posterior, Antonio iba a ser liberado del mal que lo había acompañado desde que fuera concebido. Mirando hacia el mar, adquirieron su verdadera dimensión los sucesos que se habían desencadenado después de que recibió la llamada de la Amiga anunciándole la muerte del hijo. Cuando la Madre y la Protegida entraron en la casa, esperaron encontrarse con el cadáver sobre la cama. Pero lo vieron en el suelo y abrazado por el Amante. Pese a su edad, la Madre se acercó donde el Amante y después de escupirlo lo obligó a pararse y retroceder hasta lograr que se ovillara en un rincón de la entrada de la casa. A la Protegida le asusté pensar hasta qué punto podía llegar la Madre con su furia. Cuando pusieron el cuerpo en la cama notaron que la sábana lucía una silueta más oscura, ocasionada quizá por los cuatro días que Antonio había pasado tendido. Durante las cuatro jornadas que duró la agonía, los objetos de cuarto no sufrieron grandes cambios. Se mantuvieron intocados el traje doblado encima de la silla de Viena y la palangana de fierro enlozado que el Amante llenaba con agua luego de hacer el amor. Continuaron en un anaquel de madera las figuras que representaban calaveras, ataúdes y escenas de autopsias ejecutadas por médicos de mandiles manchados. Sólo varió el contenido de los frascos de medicina que estaban sobre la mesa de noche. La luz en ese cuarto fue igualmente monótona, pues el Amante cumplió de manera casi devota con la promesa de colgar paños negros de las ventanas. Solamente cuando era noche declarada, permitía que se encendiera la lámpara de luz tenue que la Protegida usaba para iluminar las imágenes de San Jerónimo. Mientras tanto, afuera se iba acumulando el polvo encima de los muebles de bambú puestos en la entrada que dominaba el mar en toda su extensión.

24

A lo largo de la vida de Antonio, nada de lo que pudieron contarle a la Madre acerca del hijo significó una sorpresa mayor. Había leído, con espanto al comienzo, los primeros poemas y las primeras cartas de amor. La noche de la concepción, cuando salió al balcón para quemar sus paños menstruales, el cielo se encontraba sin estrellas y había una luna pesada y amarilla. Imaginó entonces las escenas más escandalosas y los actos peores protagonizados todos por el hijo que tuvo la certeza sería varón. Después de unos años, el padre comenzó a llevar al niño a la pieza de la querida. A pesar de ser un secreto, la Madre sospechaba de las visitas. Sin embargo esperó unos meses para actuar. Por distintos detalles, tales como la alegría con la que Antonio regresaba o por las manchas de chocolate en su rostro, la Madre concluyó que a esa mujer le agradaban los niños. Un día en que Antonio volvió más excitado que nunca, la Madre, que lo estaba esperando en la puerta, sin mediar explicación alguna lo condujo al lavadero del patio. Mientras lo inducía a vomitar, le fue diciendo que esa mujer había tratado de envenenarlo. Aterrado ante lo que podría sucederle, Antonio confesó que la mujer le había dado un trozo de pastel. Luego se echó a llorar abiertamente. Rodeando con sus brazos el cuello de la Madre, dijo que no quería morir. La Madre se zafó con brusquedad y sosteniendo al niño en el aire continuó haciéndolo arrojar. Un mes antes de la muerte, Antonio habló en el hospital con la Amiga acerca de la alteración que sufrió la Madre cuando descubrió que visitaba a la querida del padre. Antonio siempre creyó en la honestidad de la Madre, por eso la disculpaba afirmando que había estado confundida en la forma de sobrellevar la existencia del hijo. Antonio habló de la desesperación del vómito, porque durante algún tiempo le introdujeron sondas para alimentarlo. Le dijo a la Amiga que las dos sensaciones eran similares. Aunque también dijo que prefería el horror del niño al del hombre acabado y sumido en la incertidumbre mientras era tratado en el hospital.

25

Con el paso de los años, la Madre fue constatando cada vez más su certeza sobre la naturaleza del hijo. Lo verificó con las desordenadas informaciones que le llegaban de Antonio en el exilio. Algunos viajeros le contaban del tipo de vida al que se había entregado como bailarín de ballet. La Madre misma pudo comprobar el estado casi demencial con el que regresó la sobrina que viajó a continuar sus estudios de piano. Las cartas que mandó durante los viajes solían ser devueltas por no ubicarse el destinatario. La Madre las conservaba guardadas junto al cuaderno de escuela que usó Antonio en su infancia. Días después del entierro del hijo, la Madre citó a la Amiga en su casa. En el corto tiempo que medió entre la muerte y la cita, la Madre había envejecido notablemente. Casi no podía caminar, pero así y todo rechazó la ayuda de la Protegida y se encerró a solas con la Amiga en el gabinete de trabajo. Una vez allí sacó del escritorio el cuaderno que por más de cuarenta años había mantenido guardado. Era un cuaderno forrado con un papel a cuadros. En el centro lucía una etiqueta pegada con fuerza. La Madre explicó que se trataba del cuaderno de ejercicios escolares de Antonio, que un profesor le había entregado desconcertado por los apuntes descubiertos. Le pidió a la Amiga lo conservara, pero antes la obligó a leer en voz alta cierta página. La Amiga vio que las letras estaban hechas con lápiz y trazadas con rasgos infantiles. Luego de leer, la Amiga lo cerró y se quedó mirando a la Madre, quien había conservado la cabeza baja. Durante toda la lectura sostuvo la misma posición. Aquel fue el modo como volvió a escuchar las maneras adecuadas de enterrar a un niño. En ese momento, mirando a una anciana que estaba preparándose a morir pues seguramente consideraba antinatural estar viva después de la muerte del hijo, la Amiga recién se dio cuenta de que cuando el médico le anunció que había quedado estéril hubo facciones de gozo en el rostro de Antonio.

Antonio es Dios

Antonio es Dios
Antonio es el Sol
Antonio puede destruir el mundo en un instante
Antonio hace caer la lluvia
Antonio puede hacer oscuro el día o luminosa la noche
Antonio es el origen de la Vía Láctea
Antonio tiene pies de constelaciones
Antonio tiene aliento de estrella fugaz y de noche oscura
Antonio es el nombre genérico de los cuerpos celestes
Antonio es una planta carnívora con ojos de diamante
Antonio puede crear continentes si escupe sobre el mar
Antonio hace dormir al mundo cuando cierra los ojos
Antonio es una montaña transparente
Antonio es la caída de las hojas y el nacimiento del día
Antonio es el nombre escrito con letras de fuego sobre todos los planetas
Antonio es el diluvio
Antonio es la época megalítica del mundo
Antonio es el fuego interno de la tierra
Antonio es el corazón del mineral desconocido
Antonio fecunda las estrellas
Antonio es el Faraón el Emperador el Inca
Antonio nace de la noche
Antonio es venerado por los astros
Antonio es más bello que el coloso de Memnón de Tebas
Antonio es siete veces más grande que el coloso de Rodas
Antonio ocupa toda la historia del mundo
Antonio sobrepasa en majestad el espectáculo grandioso del mar
enfurecido
Antonio es toda la dinastía de los Ptolomeos

México crece alrededor de Antonio

César Moro

Canon perpetuo

Este libro está dedicado
a la fotógrafa Alicia Benavides

Nuestra mujer vivía en una zona donde la corrosión producida por la sal marina era muy fuerte. El efecto aparecía en los aparatos eléctricos, en las sillas de verano puestas en los balcones y en la estructura general del edificio. La escalera de emergencia se había convertido en un montón de hierros retorcidos que los inquilinos decidieron poner frente al mar a manera de una gran escultura.

1

Dos meses atrás, Nuestra Mujer fue comisionada para hacerle un reportaje en su hotel a la esposa de cierto líder extranjero que visitaba el país. En una pausa de la entrevista, la esposa del líder salió por unos instantes de la suite donde el reportaje se estaba llevando a cabo. Nuestra Mujer no pudo reprimir entonces la tentación de guardar en su bolso un par de aretes que había sobre la mesa principal. A pesar de que los agentes de seguridad del país extranjero notaron el hurto, Nuestra Mujer no fue molestada de inmediato. La esposa del líder volvió a la suite y la entrevista continuó con aparente normalidad. Pero las preguntas fueron disminuyendo en interés pues Nuestra Mujer se distrajo eligiendo a la persona adecuada para regalarle los aretes. El bolso sólo le fue arrebatado cuando regresó a la Agencia de Noticias donde trabajaba. Intentó ofrecer una explicación. Nadie quiso escucharla. Únicamente el jefe inmediato ordenó que esperara en su domicilio la pena correspondiente. Nuestra Mujer aguardó dos días y no recibió ninguna comunicación. Al tercero intentó entrar en la Agencia de Noticias y el portero se lo impidió. Decidió llamar por teléfono y una secretaria le informó que en el banco podría cobrar a fin de mes parte del sueldo. Tales hechos la obligaron a

permanecer muchas horas acostada en la cama. Trató de salir lo menos posible y cada vez que iba por los víveres que repartían quincenalmente, pensaba que no tenía derecho a la cuota que le correspondía. Una mañana el teléfono sonó en forma repentina. A Nuestra Mujer le pareció estar oyendo un sonido inverosímil. Contestó y una voz desconocida comenzó a hablarle. Le informó que se trataba de una representante de la Casa a la que había solicitado oír la voz de su infancia. El pedido de Nuestra Mujer había sido aceptado. La voz dijo que esa noche podía pasar para oírse a sí misma. Frente al teléfono había un espejo de cuerpo entero. A Nuestra Mujer le llamó la atención el reflejo y empezó a observar su propia imagen. Estaba vestida con una bata de material sintético que ocultaba un cuerpo que comenzaba a declinar. Pensó que no debía alarmarse con la imagen reflejada. Ya era tiempo de acostumbrarse a convivir con un físico en continuo deterioro. Delante del espejo, Nuestra Mujer recordó que no había tomado un baño en las últimas semanas. Una leve comezón tomó buena parte de su piel. Mientras tanto, la extraña voz hacía un recuento de los servicios que ofrecía la Casa. Informaba que tenían a disposición de los clientes muchas clases de voces. Las había de personajes históricos y de seres anónimos. También de santos y de asesinos. Nuestra Mujer tuvo la seguridad de que nunca había solicitado esos servicios. Pero ante la insistencia de la voz, terminó creyendo en la veracidad del pedido. Apuntó en un papel la dirección y aseguró que en la noche acudiría sin falta. Decirlo le produjo un intenso calor, que curiosamente en los días anteriores no había notado. Reparó en lo fuerte del verano. Salió del apartamento y bajó los seis pisos que la separaban del sótano. Caminó sobre los charcos de agua que se empozaban en el suelo y tocó la puerta de la presidenta para pedirle que pusiera en funcionamiento el motor de la cisterna.

Al escuchar a Nuestra Mujer, la presidenta comenzó a reír en forma desagradable. Balanceando en forma curiosa el cuerpo exigió una razón valedera para prender el motor. En cuarenta años jamás había variado el horario establecido. Ante los ruegos de Nuestra Mujer, la presidenta pareció apiadarse y entró en la portería. Al rato salió cargando un balde lleno. Se lo prestaba,

aunque debía devolverlo con igual cantidad de agua. Si llegaba antes el albañil con el que se había casado, tendría que entregarlo al instante. Nuestra Mujer volvió al apartamento y le bastó el contenido de medio balde para bañarse en forma minuciosa. Con el cabello aún húmedo salió al balcón para contemplar el mar. Miró las olas que se formaban a lo lejos, el malecón y la estación de ferrocarril situada a pocas cuadras. Al mediodía sintió hambre y se acordó de que le había tocado una lata de comida en la repartición quincenal. La conserva, que contenía cien gramos de carne de vaca, tenía como nombre Desayuno para Turistas. Tornó un puñado de galletas y comenzó a preparar cuatro pequeños emparedados. Salió al balcón a comerlos. El calor no parecía afectarla. Extendió su cuerpo al sol y se desanudó la bata. Vio una piel demasiado blanca para su gusto, con leves tonos azules que la empalidecían aún más. Recordó épocas anteriores, cuando esa piel solía mantenerse bronceada. Le molestó la exagerada blancura. Se levantó con fastidio y fue a la cocina por los restos de la lata. Ya no quedaba carne, sólo el líquido donde había estado sumergida. Quizá fue la unión del sol con la blancura de la piel lo que la llevó a pensar en que aquel jugo podría servir para tostar su cuerpo. Creía saber de bronceadores, durante su infancia estuvo ligada a una marca en particular.

Cuando Nuestra Mujer era niña se organizó en la ciudad un concurso para escoger a la modelo de los anuncios de ese bronceador. Se empezó a buscar a una niña parecida a la modelo original, a quien en la playa un pequeño perro bajaba su traje de baño. La abuela la inscribió en el concurso. Nuestra Mujer fue enviada a una dirección donde cincuenta y ocho aspirantes formaban una fila. A los veinte minutos de espera salieron unos empleados llevando una lista con quince nombres. Gracias a la mediación de la abuela, quien hizo algunas gestiones con personas relacionadas a la empresa, Nuestra Mujer fue una de las llamadas. Antes de que entrase, le quitaron los espejuelos que su miopía la obligaba a usar. Una vez adentro se le ordenó esperar en un corredor. De la sala de enfrente una voz iba llamando a las niñas. La concursante nombrada cruzaba la puerta y no se le volvía a ver más. Cuando

Nuestra Mujer pasó, advirtió que detrás estaba sólo el publicista. La escena se le hacía borrosa, únicamente distinguió que el publicista llevaba unos espejuelos puestos. Estaba parado al lado de un diván. Ante una seña que le hizo, Nuestra Mujer avanzó unos pasos para ser apresada del brazo. Notó que los cristales de los espejuelos eran verdes. Sin perder un segundo, el publicista comenzó su trabajo. Metió la mano dentro del vestido y con un movimiento seguro bajó el calzoncito de seda que llevaba puesto Nuestra Mujer. El publicista se quedó contemplando un rato largo el trasero desnudo. Lo acomodó en distintas posiciones para de pronto volver a subir el calzoncito, alisar el vestido infantil y decirle a la niña que saliera señalando una puerta diferente a la utilizada para entrar. Antes de que se fuera le pidió el número que llevaba colgado de la muñeca. Nuestra Mujer nunca fue elegida. No obstante la abuela la convenció de lo contrario. En aquella época la acostumbraron a usar sólo esos bronceadores y muchas veces el entusiasmo por ir a la playa era únicamente un pretexto para admirarse en los carteles publicitarios que comenzaron a aparecer en el malecón.

2

El edificio donde vivía Nuestra Mujer había sido construido cerca del océano. Temiendo la llegada de los huracanes de agosto estaba levantado en forma oblicua al mar. Por ese motivo desde el balcón del apartamento podía verse sólo parcialmente la llegada de las olas. Sin causa aparente en una ocasión cayó la mampostería del techo del comedor y produjo un gran estrépito. Las sillas que Nuestra Mujer había heredado de la abuela quedaron inutilizadas. En el cielo raso sobresalían, entre el cemento desgarrado, algunos hierros amenazantes. Salvo excepciones, el apartamento había sido llenado con muebles que recordaban la época pasada. En una mesita estaba colocado el libro *Los amores difíciles* que le había prestado el esposo de una amiga del trabajo. En un rincón de la sala, Nuestra Mujer había instalado un altar como homenaje a los

seres y a las situaciones que de algún modo habían influido en su vida. Contra la pared estaban pegadas una foto de Marilyn Monroe y varias imágenes de los Beatles en sus distintas épocas. Más abajo se hallaba el retrato del padre junto a la abuela. De la madre había recortado una noticia del diario donde se resaltaba la acción heroica en la que perdió la vida. También había una foto de Thomas Mann y otra de José Lezama Lima revisando un libro. Durante algún tiempo estuvo pegada la foto de su pequeño hijo. La había colocado entre la de Marilyn Monroe y la de Thomas Mann. Pero cierta mañana decidió despegarla y poner en su lugar sobre una mesa una minúscula locomotora de cristal y el gorro que perdió su pequeño hijo antes de partir. Al costado estaba la urna con las cenizas de la abuela y los diferentes pares de espejuelos que Nuestra Mujer fue usando mientras su miopía avanzaba. Había clavado un hilo de pesca delante de las fotos y encima tenía colgados los espejuelos que utilizó en las distintas épocas. De izquierda a derecha las monturas iban aumentando de tamaño y cambiando de modelo. Desde las rosadas y terminadas en puntas achinadas que usó de niña, hasta las cuadradas que llevó antes de someterse a la operación donde su miopía quedó curada. En el altar había un compartimiento especial donde colocaba temporalmente los objetos que hurtaba para después obsequiar.

La sala del apartamento contaba con un par de puertas que daban al balcón, donde Nuestra Mujer acostumbraba tomar largas siestas o simplemente sentarse a contemplar la línea del horizonte. En ese momento Nuestra Mujer recibía el sol luego de haber embadurnado su cuerpo con el jugo del Desayuno para Turistas. Estaba tendida en el suelo, sobre una toalla que había extendido con cuidado sobre las losetas recalentadas. Antes de untarse con el líquido había tomado en cuenta que aún le quedaba medio balde de agua. Tenía para un segundo baño. Con el paso de los años había adquirido práctica en los baños con balde. Desde el principio trató de encontrarles el gusto y siempre que se bañaba se remontaba a las escenas del Lejano Oeste que había visto en el cine. Hacía veinte años que las duchas habían sido clausuradas. Si bien es cierto que el motor

de la cisterna tenía un horario puntual, el agua no llegaba sino a modo de un pequeño chorro que salía sólo por la pila de la cocina. Ni siquiera los servicios higiénicos funcionaban con tan débil presión. Nuestra Mujer había prometido devolver el balde esa misma noche. Le iba a ser imposible hacerlo: debía salir más temprano del edificio. La visita a la Casa para escuchar la voz de su infancia así lo exigía. Debía urdir un plan para huir sin ser vista. Tendría que estar atenta a los movimientos en el sótano. Estaba a su favor que la rutina de la presidenta variaba muy poco.

Sin moverse de la portería, la presidenta era capaz de llevar ella sola el control de todos los inquilinos. Contaba con dos grandes cuadernos, en los que anotaba las visitas sospechosas y cualquier acto anormal que detectara. Se esforzaba en escribir, agudizando una vista cada vez más debilitada. Apretaba con fuerza el lápiz que semanalmente recibía junto con los cuadernos. Aparte tenía la obligación de llevar los huevos a los inquilinos que por razones de trabajo o de enfermedad no podían estar presentes a la hora de la repartición oficial. También debía lavar las ropas de las familias de extranjeros, quienes en retribución le hacían compras en las tiendas especiales. Sólo cuando aparecía el albañil la conducta de la presidenta variaba totalmente. El albañil llegaba al edificio rara vez y cuando lo hacía obligaba a la presidenta a encerrarse juntos varios días. La presidenta únicamente dejaba su encierro cuando ponía en funcionamiento el motor de la cisterna. Se habían casado para acogerse a los beneficios ofrecidos a quienes contraían matrimonio. Cuando fueron al Palacio de los Novios recibieron unos vales para comprar el ajuar. Ambos tenían derecho a una muda completa y la novia a una toca adornada con flores de raso que después debía devolver. Además les dieron la oportunidad de ocupar por dos noches un hotel incluyendo el uso de la cafetería y del restaurante. La idea del matrimonio surgió del albañil, quien una mañana apareció en el edificio preguntando por la presidenta. Había viajado desde el interior con el encargo de buscarla apenas llegara a la ciudad. Después de hablar con aquel desconocido, la presidenta lo acomodó por mientras en el refugio antiaéreo que había

detrás del sótano. El albañil era hijo de una prima hermana. Durmió varias semanas en el refugio y cuando surgió la idea del matrimonio comenzaron a sostener una vida marital. Aunque en un principio les preocupaba la marcada diferencia de edad, no pudieron hallar un solo impedimento real que les prohibiera casarse. Es más, enviaron una carta de consulta a la prima hermana y recibieron la bendición a vuelta de correo. Al poco tiempo el albañil construyó un carromato con ruedas de metal para que la presidenta pudiera ir a buscar con mayor facilidad los huevos de los inquilinos en los puestos de repartición.

3

A las cuatro de la tarde alguien tocó con fuerza la puerta del apartamento. Nuestra Mujer continuaba tendida en el balcón. Estaba con los ojos cerrados, dejando que el sol fuera quemando en forma imperceptible su piel. Cuando escuchó los toquidos se replegó sobre sí misma. El calor seguía siendo intenso, a pesar de la leve brisa que circulaba a través de los marcos sin vidrio de las ventanas. A lo largo de cuarenta años los vidrios habían ido poco a poco desapareciendo. La única vez que la rotura había sido ocasionada por una situación violenta fue cuando al edificio lo embistió un huracán de agosto. Aquella vez se rompieron los vidrios que daban al balcón. Al segundo toque de puerta, Nuestra Mujer se puso de pie. Comenzó a atarse la bata mientras se acercaba para mirar por el ojo mágico. Era el albañil.

Cada vez que llegaba al sótano, el albañil se apropiaba de los ocho baldes que había en la portería. Además guardaba el íntegro de los comestibles que le correspondían a la presidenta, para encerrarse los dos por tiempo indefinido. Durante esos días los vecinos tenían problemas con la obtención de los huevos y las familias de extranjeros debían buscar nuevos medios para tener limpias sus ropas. En compensación podían recibir visitas libremente e incluso algunos se atrevían a celebrar pequeñas fiestas. Nuestra Mujer supuso que el albañil había advertido la

ausencia del balde. Por eso no abrió la puerta. Desde donde se encontraba se hacía bastante visible la rasgadura del cielo raso. Unos rayos de luz traspasaban el techo y caían directamente sobre el piso de parquet. En épocas de lluvia había que extender sobre el suelo un plástico transparente que Nuestra Mujer consiguió en el depósito de la Agencia de Noticias.

Ante un nuevo toque de puerta, Nuestra Mujer no tuvo más remedio que ir de puntillas hasta el balcón. Recogió el balde, la toalla y se metió dentro del dormitorio. La piel del cuerpo le molestaba. El líquido de la lata se había resecado. Formaba una fina película de la cual quería librarse. La puerta siguió sonando, cada vez con mayor intensidad. Nuestra Mujer se desató la bata y comenzó a bañarse rápidamente. No le importó salpicar la cama ni la mesa de noche con el agua que fue sacando con las dos manos. Debía apurarse, la presidenta tenía una llave del apartamento que terminaría entregándole al albañil para atenuar su creciente alteración. Cuando el baño estuvo por acabar, los toques de puerta fueron reemplazados por violentas patadas. Era imposible que los vecinos no advirtieran el escándalo. Pero en apariencia lo ignoraban. Es cierto que a esa hora la mayor parte aún no había vuelto del trabajo. Sólo se encontraban los jubilados, los niños, los enfermos y quienes laboraban en horarios nocturnos.

Después del baño, Nuestra Mujer se asomó desnuda por la ventana. Vio el frágil cuerpo de la presidenta que aguardaba debajo. La presidenta no estaba fijándose en la ventana por la que miraba Nuestra Mujer, sino en la que correspondía al pasadizo donde se encontraba el albañil. Nuestra Mujer se pasó la mano sobre la piel y notó que el líquido de la lata había desaparecido. El balde se mantenía vacío al lado de la cama. Era un balde naranja, hecho para contener cuatro litros de agua. Lo levantó y al hacerlo se dio cuenta de que no debía devolverlo. Estaba vacío. Sin embargo podía serle sumamente útil a la amiga del trabajo. Decidió regalárselo. Aprovecharía la visita para entregar también el libro *Los amores difíciles* que le había prestado su esposo, el poeta foráneo. Salió nuevamente a la ventana. Con el cuerpo ya limpio no tenía por qué hacer caso a los golpes del albañil. Miró hacia afuera. No encontró la

forma de sacar el balde. Había pensado arrojarlo a algún balcón inferior, pero la presidenta continuaba frente al edificio. Con los brazos cruzados estaba atenta a la conducta del albañil.

De pronto, Nuestra Mujer vio que doblaban la esquina dos hombres que caminaban muy juntos. Ambos lucían un sobretodo azul, tenían la misma estatura y llevaban los dos un periódico bajo el brazo. Se percató cómo al mirarlos la presidenta entraba despavorida al edificio. Después de unos momentos, cuando los hombres ya estaban frente a las gradas externas, Nuestra Mujer escuchó que la presidenta le ordenaba al albañil que no hiciera ruido. Oyó que daba la orden de manera enérgica. Luego el silencio fue absoluto. Tanto que se pudieron oír sin dificultad los pasos de los hombres subiendo por las escaleras. Nuestra Mujer los sintió llegar hasta el tercer piso. Allí había dos viviendas: una vacía y declarada inhabitable y la otra ocupada por la pareja de ancianos que alguna vez fue dueña de todo el edificio. Los hombres se detuvieron frente a la vivienda de los ancianos. Antes de entrar pegaron un sello rojo de papel que indicaba la visita. El silencio nuevamente fue total. Nuestra Mujer supuso que ni la presidenta ni el albañil se habían atrevido a mantenerse al descubierto. Estaba segura de que estarían encerrados en el cuarto de las escobas situado al fondo del pasillo. Sabía que no iban a salir pronto de allí. Eran capaces de esperar una hora o más, incluso toda la noche. Sólo abandonarían el escondite cuando nuevamente escucharan abrirse la puerta del tercer piso y los pasos de los hombres bajando por las gradas. Nuestra Mujer se sobrepuso al miedo que debía haber sentido y comenzó a vestirse con tranquilidad. Se pintó los ojos con un lápiz oscuro. Abrió el baúl donde guardaba los regalos que le había hecho la segunda esposa del padre, la que años después de la huida general regresó temporalmente al país llevándole algunas prendas de vestir y la urna con las cenizas de la abuela. La segunda esposa viajó también con el encargo de comprarle un televisor y una videocasetera en las tiendas especiales. Rebuscó y puso sobre la cama una falda que le llegaba a las rodillas y una blusa de seda negra. Escogió los zapatos de tacón más alto y con ambas manos estiró unas medias de nailon para comprobar que no

tuvieran ningún agujero. Estaba contenta con su vestuario. Sólo le hacía falta un bolso. No tenía en dónde llevar el libro *Los amores difíciles*, el papel con la dirección de la Casa y el carné de identidad que cualquier policía en la calle le podía exigir. El último bolso le había sido arrebatado en la Agencia de Noticias dos meses atrás. El jefe inmediato le dijo que iba a quedar como prueba del delito. No le quedó otra alternativa que meter los objetos dentro del balde. Luego de vestirse y dar una mirada al espacio vacío que había entre la foto de Marilyn Monroe y la de Thomas Mann, Nuestra Mujer cruzó la puerta del apartamento.

4

La pared externa del apartamento lucía una placa donde se recordaba que allí había vivido una heroína nacional. La placa había sido puesta quince años antes. Cuando la colocaron hubo una pequeña ceremonia frente al edificio. En aquel acto se habló mucho de la madre de Nuestra Mujer, quien había muerto por inyectarse unas bacterias mientras investigaba la creación de una nueva vacuna. Nuestra Mujer pasó delante de la placa y, respondiendo a un impulso, puso los dedos encima de la superficie de metal. Sintió que la placa la protegía. Estaba segura de que los hombres del sobretodo azul no se atreverían a cruzar su puerta. Dándole valor ese pensamiento fue al fondo del pasillo y abrió el cuarto de las escobas. Tal como lo había supuesto encontró dentro al albañil y a la presidenta. Sin darles tiempo a reaccionar, Nuestra Mujer les enseñó el balde y cerró de nuevo. Cuando estaba dirigiéndose a las escaleras escuchó que la puerta era abierta con sigilo. Volteó y vio que el albañil salía del cuarto. Nuestra Mujer trató de apurarse en bajar, pero el albañil la alcanzó. Forcejearon en silencio. Inmediatamente después salió la presidenta, quien sin hacer ruido efectuó extrañas muecas con la boca. Lo único que se oía era el chirrido que producían los tacones de Nuestra Mujer al raspar el piso. En cierto momento la fuerza del albañil hizo que Nuestra Mujer resbalara al suelo. Cayó suavemente. Para el albañil fue fácil

entonces quitarle el balde. Nuestra Mujer trató de detener al albañil por las piernas. Fue repelida con brusquedad. El albañil bajó las escaleras tratando de que sus pasos fueran lo más leves posible. Antes de descender arrojó el libro *Los amores difíciles*, el papel con la dirección de la Casa y el carné de identidad que Nuestra Mujer había guardado dentro del balde. Mientras tanto la presidenta observaba nerviosa las acciones violentas. En ningún momento dejó de hacer los gestos con la boca. Estaba parada entre el cuerpo caído y el cuarto de las escobas. Cuando el albañil bajó la presidenta quiso seguirlo. Nuestra Mujer se lo impidió. Se puso de pie con rapidez y la tomó de los brazos. Quiso encerrarla nuevamente en el cuarto de las escobas. La presidenta se resistió aferrándose a la placa recordatoria. Nuestra Mujer la empujó y la presidenta le saltó al cuello. No podía ni dejarla en el pasadizo ni meterla en el cuarto. Cuando pensó que el albañil estaba a punto de entrar con el balde en la portería, Nuestra Mujer decidió tomar una actitud más radical. Tomó a la presidenta por los hombros y comenzó a sacudirla dejando que la cabeza chocara libremente contra la placa recordatoria. Unos momentos después Nuestra Mujer sintió que el cuerpo de la presidenta dejaba de hacer presión.

La presidenta había tenido un cuerpo bastante ligero. No debía haber excedido los cuarenta y cinco kilos de peso. Cuando Nuestra Mujer intentó soltarla notó que parte del cuello estaba mojado. Al sentir el líquido temió que el albañil la echara de menos y subiera a buscarla. Se le ocurrió que si dejaba el cuerpo delante de la vivienda del tercer piso, por más que el albañil lo descubriera no iba a atreverse a tomar ninguna decisión. Evitando mancharse puso los brazos inertes sobre su espalda y comenzó a bajar las escaleras. Los pies de la presidenta arrastraban por las gradas. Uno de sus zapatos, que seguramente había llevado mal amarrado, quedó abandonado en el descansillo. Nuestra Mujer no se encontró con nadie. Al llegar al tercer piso notó que aún seguía cerrada la puerta que lucía el sello rojo. Puso a la presidenta en el suelo y acomodó su cabeza en la parte baja de esa puerta. La colocó de tal modo que apenas abrieran la cabeza caería sobre el felpudo. Nuestra Mujer lamentó no disponer ya de una sola gota de agua. Le

hubiera gustado lavarse las manos y enjuagar unas pequeñas manchas que afeaban su blusa. Buscar agua en esos momentos hubiera complicado aún más la salida. Subió al quinto piso para recoger los objetos que el albañil había sacado con violencia del balde. Sólo levantó el libro y el papel con la dirección de la Casa. Bajó nuevamente y en lugar de salir por la puerta principal fue hasta el sótano. Como lo imaginó, el albañil estaba encerrado en la portería. De adentro salía un ruido particular. Parecía como si el albañil estuviera llenando el balde vacío utilizando un poco del contenido de cada uno de los otros baldes. Nuestra Mujer lo dejó continuar con la labor. De nada iba a servir tocar para luchar por el balde que tenía pensado obsequiar. Se hacía tarde. Nuestra Mujer debía dirigirse donde la amiga del trabajo y después a la cita para escuchar la supuesta voz de su infancia. Subió hasta el primer piso y salió. Cuando estuvo a veinte metros del edificio comenzó a hacer sonar los tacones de sus zapatos. Lo hizo en forma desvergonzada. Como quiso ir por el malecón, tuvo que pasar frente a la escalera de emergencia que los inquilinos habían plantado delante del mar.

5

A pocos metros del malecón había una estación de ferrocarril donde muy rara vez se detenía el tren que hacía el recorrido paralelo a la costa. Era una de las estaciones proscritas, por las cuales los vagones debían pasar con sus puertas fuertemente aseguradas. El tren circulaba dos veces al día. En las mañanas se dirigía hacia el norte y en las noches hacia el sur. El tren podía circular un año entero teniendo a la estación ignorada. Aunque había ocasiones en que el convoy daba un largo pitazo previo y se detenía por breves momentos. Era la oportunidad que aguardaban algunos ciudadanos que escondidos en una hondonada de cemento habían esperado por tiempo indefinido, para subir al tren en forma clandestina. Algunos rompían los cristales con los puños, otros violaban las puertas armados de

barrotes. La hondonada de cemento, conocida como la Hondonada de las Salidas Rápidas, era una plataforma con varios túneles subterráneos. Nadie sabía con qué fin fue construida. Muchas veces estaba inundaba por el agua proveniente de las filtraciones de la ciudad. Eso no amedrentaba a los ciudadanos empeñados en subir a los vagones. Extrañamente sus entradas no habían sido clausuradas por las autoridades. Aunque siempre la zona era controlada por cuerpos de patrullaje. A través de las ventanas sin vidrio del apartamento de Nuestra Mujer con cierta frecuencia se introducían algunos ruidos no habituales. Nuestra Mujer se despertaba sobresaltada cada vez que aparecía el sonido del pitazo que anunciaba una parada imprevista. Se ponía de pie en forma cautelosa, luego de buscar por acto reflejo unos espejuelos que ya no requería. Iba hasta el balcón aun sabiendo que su acto era inútil. Antes de que pudiera ver nada, el tren se había puesto en marcha nuevamente. Por lo general los viajeros vestían de negro y además embadurnaban sus cuerpos con ese mismo color. Debajo de las escalinatas, al amparo de la oscuridad, durante un tiempo indefinido habían vivido en silencio esperando el momento oportuno. Si el abordaje ocurría de noche, después de trepar debían aguardar hasta el amanecer para sentirse fuera de peligro. Durante el día era necesario esperar hasta que oscureciera. Se decía que las primeras siete horas eran las más riesgosas. El tren podía ser atacado en las quince estaciones siguientes.

Unos metros antes de la Hondonada de las Salidas Rápidas, Nuestra Mujer abandonó el malecón para adentrarse en la ciudad. Seguía haciendo resonar los tacones de sus zapatos. Los hizo sonar delante de los policías con los que se cruzó y frente a las presidentas de otros edificios. Tal como lo había planeado, caminaba rumbo al hogar de la amiga del trabajo. En la mano llevaba el libro y sujeto al elástico de la falda el papel con la dirección de la Casa. Al pasar por un parque vio a más de veinte ancianos haciendo ejercicio. Se movían bajo las órdenes de un instructor. Levantaban y bajaban los brazos, abrían y cerraban las piernas. Se les veía con los rasgos endurecidos por el esfuerzo. Estaban alineados en impecables columnas. Formaban

un grupo compacto y anónimo. Un ruido conocido atrajo de pronto la atención de Nuestra Mujer. Oyó ruedas de metal sobre el pavimento. Por un extremo del parque, la presidenta se alejaba empujando el carromato de los huevos. Nuestra Mujer no pudo creer en la visión. Apuró el paso y sólo cuando alcanzó a la presidenta se dio cuenta de que se trataba de otra persona.

Llegó al hogar de la amiga del trabajo precisamente cuando el poeta foráneo llevaba a cabo una de sus habituales tertulias, a las que había bautizado con el nombre de *Paideia*. El hogar era amplio y todos los miembros de la familia de la amiga del trabajo tenían el mismo derecho a ocuparlo. Para evitar problemas lo habían dividido en partes estrictamente definidas. A la amiga del trabajo le había tocado el vestíbulo con el cuarto de los paraguas, más el salón principal y parte de la cocina. Los padres contaban con los dormitorios, el pasillo de distribución y la otra mitad de la cocina. Las hermanas gemelas eran dueñas del comedor, la despensa y las terrazas. Los maridos de las hermanas, quienes se habían divorciado de ellas hacía algún tiempo, vivían con sus nuevas esposas en el jardín y en la antigua área de la servidumbre. Si bien lograron una relativa armonía en la división de los espacios, no habían llegado a un acuerdo con respecto a los sonidos. Los televisores puestos a volumen alto solían invadir con su mezcla de ruidos las *Paideias* que organizaba el poeta foráneo.

6

Apenas entró al hogar, Nuestra Mujer fue conducida hasta una esquina del salón. Luego de poner el libro encima de un escritorio tomó asiento al costado de unos poetas del norte de la ciudad. Cada semana se reunían allí una serie de poetas jóvenes, quienes mostraban y discutían el trabajo que estaban desarrollando. Como contrapartida, el poeta foráneo introducía sus propias teorías literarias. Desde su sitio, Nuestra Mujer podía ver con facilidad el vestíbulo y el cuarto de los paraguas. En la mesa de centro había una sopera de porcelana

conteniendo té frío. En determinado momento, el discurso del poeta foráneo fue interrumpido por un timbrazo en la puerta. Se paró a abrir. Se trataba de unos hombres que le hablaron brevemente. Reingresó al salón y pidió permiso para salir a la calle. Antes de irse aseguró que no tardaría mucho tiempo. No volvió sino media hora después. Abrió la puerta con sigilo y entró de tal modo que no pudieron verlo los jóvenes que estaban sentados en el salón. Cargaba varias bolsas con pantalones, los que acomodó con rapidez en el cuarto de los paraguas. Luego entró al salón e inició una polémica sobre la posibilidad de crearle reglas gramaticales a un nuevo lenguaje que pensaba inventar. Nuevamente un timbrazo los interrumpió. El poeta foráneo se paró, abrió la puerta y Nuestra Mujer vio que una muchacha le entregaba una suma de dinero. No había cerrado aún cuando los mismos hombres que habían tocado el timbre la primera vez volvieron a aparecer. El poeta foráneo entró al salón y otra vez pidió disculpas para salir a la calle. Con su ausencia, los ánimos en la *Paideia* disminuían hasta producir el silencio total. Los poetas se dedicaban a mirarse unos a otros con disimulo. Sin la protección del extranjero seguramente temían la aparición de algún peligro. La amiga del trabajo había conocido al poeta foráneo cuando la Agencia de Noticias la comisionó para que viajara a cubrir un congreso de escritores. Iniciaron una relación que tuvieron que interrumpir cuando la amiga del trabajo volvió al país. Ambos prometieron encontrarse meses después. Nuestra Mujer acompañó a la amiga del trabajo al aeropuerto cuando el poeta foráneo anunció su llegada. La amiga del trabajo quería estar acompañada en esos momentos, pues temía haber olvidado el aspecto del poeta foráneo y no reconocerlo cuando bajara del avión.

En el salón principal del hogar, el tiempo pasaba sin ningún cambio. Nuestra Mujer decidió entonces abandonar la silla donde la habían sentado. En cada una de las mesitas estaba puesto un ventilador que pese al calor no habían encendido. En la parte baja del librero había una pila de discos. Nuestra Mujer se agachó para revisarlos y descubrió un álbum de los Beatles. Los discos estaban al alcance de su mano, pero en ese tiempo ya nadie les hacía caso. Recordaba cuando junto a su novio

pasaban muchas noches despiertos tratando de sintonizar a escondidas las frecuencias de onda corta. Había un programa especial de la BBC, cuya señal muchas veces se perdía en los primeros minutos. Nuestra Mujer y el novio tenían que recorrer el apartamento con la radio cargada tratando de encontrar el punto exacto donde la señal pudiese ser recuperada. Aquella operación debían hacerla a espaldas de la madre, quien jamás hubiera aceptado las audiciones no permitidas.

Por más que Nuestra Mujer intentó iniciar una conversación con la amiga del trabajo, la contraposición entre el ruido de los televisores que llegaba del fondo del hogar y el silencio total de la *Paideia* se lo impidió. Prefirió retirarse. Le hizo una seña a la amiga del trabajo. Le indicó que se iba y que no se molestase en acompañarla al vestíbulo. Salió del salón y al pasar frente al cuarto de los paraguas no pudo dejar de abrirlo. En medio de una difusa claridad, entrevió una bolsa transparente con decenas de espejuelos para sol. También vio varias grabadoras acomodadas en el suelo. En la parte alta de las repisas había cajas con latas de Coca Cola y decenas de ganchitos con flores artificiales para el pelo. Nuestra Mujer tomó un puñado de ganchitos. Los apretó en su mano y volvió a dejarlos tal como los había encontrado. Giró para comprobar que nadie la había visto y cerró la puerta.

Ya en la calle se dio cuenta de que había comenzado a oscurecer. Sacó el papel con la dirección de la Casa. Quiso cerciorarse de la avenida y del número exactos. Supo entonces que debía regresar sobre sus pasos. La Casa donde oiría la voz de su infancia quedaba al otro extremo del malecón. Tendría que volver a pasar necesariamente por el edificio donde estaba el apartamento frente al cual los inquilinos habían plantado la escalera de emergencia. No tenía ganas de regresar tan rápido a ese lugar, sin embargo no le quedaba otra alternativa. Antes de cruzar el parque donde los ancianos acostumbraban realizar sus ejercicios físicos, Nuestra Mujer vio a lo lejos que el poeta foráneo salía apurado de una de las tiendas especiales.

7

Los ancianos que Nuestra Mujer había visto al venir ya no estaban en el parque. En su lugar se estaba formando otro grupo alrededor del mismo instructor. Nuestra Mujer continuó caminando sin que le merecieran ningún comentario los nuevos ancianos. Cuando llegó al malecón sintió ganas de recorrerlo íntegramente. Después de un trecho largo se detuvo frente a la Hondonada de las Salidas Rápidas. Algunos testigos le habían dicho que a su pequeño hijo lo hicieron partir desde ese punto. Incluso le dieron el gorro de lana que se le cayó al niño en medio de la confusión de la huida. El tren no siempre se detenía de manera improvisada. Había paradas establecidas de antemano con contactos que vendían a precio alto su información. El marido de Nuestra Mujer la había pagado con el dinero que obtuvo al vender en forma ilícita un lote de vacunas de su madre. Le habían contado también que su pequeño hijo se hizo algunas heridas al momento del abordaje. Nuestra Mujer recuerda claramente la tarde cuando después de salir de la Agencia de Noticias fue a recoger al pequeño hijo a la Guardería Infantil. Allí le informaron que esa mañana su marido no había llevado al niño. Nuestra Mujer se dirigió desconcertada al apartamento. Ya de noche los miembros de una institución desconocida tocaron la puerta. Traían una orden de allanamiento, que no cumplirían por respeto a la placa recordatoria que había en la pared. Nuestra Mujer de inmediato comprendió la situación. Tal como estaba vestida bajó los cinco pisos que la separaban de la calle y corrió hacia el malecón. Llegó a las escalinatas de la Hondonada de las Salidas Rápidas. Bajó las gradas hasta llegar a una bóveda inundada. Los zapatos se le mojaron. No halló el menor rastro del pequeño hijo. Únicamente encontró los desperdicios de quienes acababan de abandonar la hondonada. A la mañana siguiente, cuando la amiga del trabajo abrió la puerta de su hogar encontró a Nuestra Mujer dormida en la entrada. Tenía las ropas húmedas y a pesar

de estar dormida en el suelo hablaba sin parar. Dado su estado físico y mental tuvieron que trasladarla a un sanatorio donde permaneció recluida por más de seis meses.

De aquel tiempo, Nuestra Mujer sólo recuerda las voces que a toda hora la perseguían. Tuvo a su alrededor decenas de voces constantes. Las había graves y agudas, de tonos altos y bajos. Algunas eran conocidas, otras totalmente anónimas. A medida que avanzó su estadía en el sanatorio, las voces fueron poco a poco disminuyendo hasta cesar definitivamente. Cuando le dieron de alta, los médicos aseguraron que no iba a tener problemas en seguir manteniendo el puesto que había ocupado antes de la crisis. En efecto, no tuvo mayor dificultad para readaptarse a la rutina laboral. En cambio se le hizo complicado enfrentarse nuevamente al apartamento. La amiga del trabajo la albergó en su hogar una temporada. Durmió en la cocina. La amiga del trabajo y el poeta foráneo dormían a su vez en un gran sofá puesto en el salón principal, el mismo donde acostumbraban sentarse los asistentes a las *Paideias*. Cuando dejó el hogar de la amiga del trabajo se llevó consigo un libro con fotos de Virginia Woolf. Lo tomó del librero del poeta foráneo porque en el sanatorio la había atendido una doctora que estaba interesada en el ensayo *La habitación propia*, Quería regalárselo para que la quisiera más.

Lo primero que hizo al regresar al apartamento fue desembarazarse de los objetos que pudieran traerle recuerdos intensos. La presidenta tuvo que estar presente en aquel acto. Debía levantar una constancia de los elementos desechados para ubicarlos posteriormente en otros sectores de la población. Nuestra Mujer fue después a una tienda, donde robó una pequeña locomotora de cristal con el humo de la chimenea congelado en pequeños arabescos. Había ido a la tienda para adquirir unos discos que la ayudaran la crearle otro espíritu al apartamento. De improviso se cruzó con las pequeñas locomotoras, que estaban en oferta. Los discos quedaron olvidados.

8

Con la mirada fija en la Hondonada de las Salidas Rápidas, Nuestra Mujer no reparó en la lenta aparición de sus estrellas favoritas. En el cielo del malecón empezaron a verse Epsilón, Antares y las Tres Marías. A raíz de las investigaciones médicas de la madre, Nuestra Mujer se había desplazado muchas veces a zonas remotas del país. Mientras la madre visitaba aldeas en busca de enfermos perfectos que le permitieran poner a prueba sus vacunas, Nuestra Mujer descubría una naturaleza que le era negada por vivir en la ciudad. En ocasiones los poblados eran tan pobres que no les podían brindar hospedaje. No les quedaba más remedio que acampar en las afueras. Acostada en las montañas dentro de una bolsa de dormir, Nuestra Mujer se entretenía identificando las estrellas. Sólo podía dormirse en paz cuando descubría en un mismo cielo a Epsilón, a Antares y a las Tres Marías. Las consideraba señal de suerte cuando estaban juntas. Lo más probable era que al día siguiente aparecieran los enfermos que con tanto afán buscaba la madre.

Levantó los ojos de la hondonada y siguió caminando bajo una luz cada vez más azul. A su costado, los autos iban y venían rápidamente. Se introducían en un túnel construido debajo del mar. Los faros de los autos aparecían después al otro lado de la bahía. Se perfiló contra el horizonte la escalera de emergencia que los inquilinos habían plantado frente al edificio que habitaba Nuestra Mujer. Los alrededores estaban desiertos. A esa hora los inquilinos ya habrían regresado de sus centros de trabajo, pero no habían encendido las luces eléctricas. Las únicas ventanas que estaban iluminadas eran las del tercer piso. Nuestra Mujer supo entonces que los hombres del sobretodo azul aún no se habían marchado. La presidenta seguramente continuaba recostada contra la puerta tal como la había dejado. Los inquilinos del piso superior debían de haberla visto al

volver del trabajo, pero antes de reaccionar habrían notado el sello rojo pegado en la parte externa del apartamento.

Nuestra Mujer cruzó hacia el edificio disminuyendo el sonido que hacía con sus zapatos. Fue directamente al sótano. Tuvo dificultad al bajar. Todo estaba oscuro. Únicamente salía un hilo de luz por debajo de la portería. Nuestra Mujer se acercó y apoyó el oído. No escuchó nada. Era probable que el albañil se hubiese dormido. Al cabo de, unos minutos oyó que algo se movía. Luego sintió un chapoteo, el sonido de unas gárgaras y finalmente silencio. El piso del sótano seguía humedecido. Siempre se formaban charcos alrededor de la cisterna, que por lo hermético del lugar nunca lograban evaporarse. El suelo original había sido carcomido por el estancamiento de estas aguas. Estaba horadado al punto que podían verse los cimientos. Era la razón por la que había pronunciados desniveles y estuvieran al descubierto las tuberías del desagüe. Nuestra Mujer no supo qué hacer delante de esa puerta. Sabía que si tocaba, el albañil jamás iba a abrirle. Por otro lado esperar que saliera por propia iniciativa era una empresa que podía requerir muchos días. Subió a la planta baja.

La noche había caído totalmente. Pensó que por primera vez en decenas de años no iba a funcionar el motor de la cisterna. Tuvo ganas de dirigirse a la vivienda del tercer piso para denunciarlo a gritos. La oscuridad reinante en las escaleras hizo que se arrepintiera. El silencio era casi absoluto. Notó que los vecinos trataban de producir el menor ruido posible. Escuchó un portazo. Creyó que lo habían causado los hombres del sobretodo azul. Tuvo un primer impulso de ponerse de pie e irse a esconder al refugio antiaéreo. Se contuvo y esperó sentada en las gradas externas del edificio. Oyó pasos que bajaban las escaleras. Eran pasos despreocupados y ligeros. Parecían los de alguien que conocía bien cada uno de los escalones o los de una persona lo bastante audaz como para dejar al azar la posibilidad de un accidente. Sólo volteó cuando sintió los pasos detrás. Se trataba de la niña que vivía en el cuarto piso. Llevaba en la mano una jarra vacía. Tal vez su familia la había mandado a buscar agua. Habrían pensado que gracias a su corta edad nada malo podría sucederle. Nuestra Mujer vio que luego de poner la

jarra en el suelo, con un par de gestos le indicó que la presidenta estaba muerta. Nuestra Mujer se levantó, tomó con una mano la jarra y con la otra el brazo de la niña. Salieron juntas del edificio. La niña se dejaba conducir en forma confiada. Entregaba el brazo diminuto en un abandono total. Sus siluetas fueron iluminadas sólo por los faroles del alumbrado público. En medio de la calle caía la luz proveniente de la vivienda del tercer piso. Nuestra Mujer llevó a la niña hasta la escalera de emergencia. Dejó la jarra encima de un hierro oxidado y luego ambas se apoyaron contra uno de los pilares. Nuestra Mujer se entretuvo repasando los dedos sobre el delicado cuello de la niña. Después se paró y se alejó lentamente con dirección al edificio. Bajó al sótano y del costado de la cisterna tomó la galonera de petróleo usado para prender el motor, el que después de alimentar puso en funcionamiento. El ruido se extendió por todo el sótano. Antes de salir, Nuestra Mujer fue hasta el refugio antiaéreo y se llevó consigo la caja de fósforos que en forma obligatoria se debía mantener junto a un lamparín de campaña. Abandonó el edificio y caminó hacia la escalera plantada frente al mar. La falda le ondeaba levemente. En una mano llevaba la galonera y en la otra la caja de fósforos. Cuando llegó vio que la niña había desaparecido. Sólo la jarra continuaba encima del hierro oxidado. Roció con el petróleo los pilares de la escalera y prendió un pequeño fuego que al evaporarse el combustible se apagó. Escogió para irse el borde del malecón. Recorrió un trecho regular y al llegar a un árbol coposo se apartó para introducirse en la ciudad. Sacó el papel con la dirección de la Casa para cotejar la avenida y el número. Una cuadra después apareció de improviso la Casa donde posiblemente escucharía la voz de su infancia.

9

Nuestra Mujer estuvo parada en la puerta de la Casa antes de la hora fijada para la cita. Sólo lo supo cuando miró el reloj que

había en la parte superior de la fachada. La Casa ocupaba la mitad de toda una manzana y llamaba la atención lo cuidado que estaba el gran jardín que la rodeaba. Nuestra Mujer reconoció la arquitectura como de estilo Tudor y le sorprendió que aparte del timbre y de unos aldabones de bronce tuviera un intercomunicador con una cámara de video. Aunque se notaba que las construcciones vecinas habían tenido un pasado esplendor, la Casa sobresalía del resto porque sus paredes no estaban descoloridas ni sus ambientes habían sido parcelados. Contaba además con un sistema de reflectores con una potencia muy superior al alumbrado habitual. En la otra cuadra había un local público. Nuestra Mujer caminó queriendo saber de qué local se trataba. Cuando estuvo cerca pudo leer el cartel de la entrada. Decía la palabra pizería. Le molestó que hubiese un local semejante. Había decidido esperar dentro la hora señalada para su cita. Pero sabía que en un establecimiento de esa naturaleza no podría aguardar el tiempo que quisiera. Debía ceñirse al horario oficial de las pizerías. Se acercó aún más y debajo de la palabra pizería pudo leer Vita nuova.

Se imaginó el local por dentro. El techo del que colgaría un pesado ventilador y el suelo manchado con los pequeños charquitos de grasa producidos por las pizas exprimidas por los usuarios antes de comerlas. También imaginó el ruido de los cubiertos cortando hasta su mínima expresión los platos designados como espaguetis. Sospechó que se trataba del único local abierto en las cercanías. Entró y se puso detrás de un hombre calvo que en la barra comía con rapidez. El local estaba totalmente lleno. Escogió a ese hombre, aunque de antemano sabía que de nada iba a servirle la velocidad con la que el individuo comía. El proceso entre un comensal que entraba y otro que se iba estaba absolutamente calculado. Nuestra Mujer recordaba haber leído en el diario que un comensal promedio necesitaba como mínimo tres minutos y como máximo seis para consumir un pedido. Los cálculos habían sido comprobados varias veces y en la temporada de verano las aproximaciones variaban en medio minuto. Nuestra Mujer tuvo que esperar cerca de tres minutos para que el hombre calvo acabara de comer. Después se paró frente a los restos del plato, que no eran

más que una mancha sonrosada. Miró hacia ambos lados de la barra para comprobar cuántos usuarios faltaban por terminar. Mientras tanto, el hombre calvo salía del local y entregaba su tenedor sucio a la mujer que en la puerta controlaba que nadie se llevara los cubiertos. Una vez que se puso de pie el último usuario, el dependiente comenzó a recoger todos los platos. Luego se dio la orden a los del siguiente turno para que tomaran asiento. Nuestra Mujer no obedeció y caminó hacia el fondo del local. Fue hasta donde se encontraba el dependiente acomodando los platos sucios. Mirándolo a los ojos le pidió información sobre la Casa. En un principio el dependiente pareció no oírla y empezó a sumergir los platos en un gran lavadero lleno de agua turbia. Nuestra Mujer insistió y el dependiente decidió contestarle. Sin abandonar su labor le dijo que alguna gente entraba y salía de la Casa pero sólo a partir de las ocho de la noche. Muchas veces esas personas iban después a comer algo a la pizería. A pesar de vérseles por lo general algo nerviosos, hacían la misma cola que los demás. Generalmente hacían los pedidos en distintas lenguas o en variados giros idiomáticos. El dependiente añadió que aquello no significaba ningún problema, ya que en la carta no se contaba con muchos platos para escoger y la mayor parte de las veces los dependientes se limitaban a informar que no había comida hasta nuevo aviso. El hecho de que se hicieran los pedidos en varios idiomas hizo que Nuestra Mujer de inmediato se acordara del poeta foráneo. Su drama más grande, lo confesó cierta tarde en una de las *Paideias*, era no poseer una lengua materna. Desde que nació, por razones geográficas y de emigración, había tenido a su alcance distintos idiomas de los que podía escoger las palabras o los modos que más le sirvieran para determinada necesidad. Aquello era una tragedia al momento de querer hacer poesía. Tal vez por eso estaba tan interesado en crear un nuevo lenguaje exclusivo para lo literario. Nuestra Mujer pensó también en la aseveración de cierto poeta que conoció durante su juventud. Aquel sujeto afirmaba que la mejor solución para un mal poema era traducirlo al portugués.

Nuestra Mujer salió del local. Antes tuvo que convencer a la mujer que controlaba los cubiertos en la puerta. Le explicó que por falta de tiempo y de dinero no había hecho ningún pedido. La dejaron salir luego de someterla a una revisión. Mientras volvía notó que la Casa tenía encendidas todas las luces, lo que aumentaba aún más la claridad que había apreciado momentos antes. De las ventanas y balcones salía un resplandor muy blanco y en los árboles habían instalado unos fluorescentes de colores. También vio que se había formado una fila de hombres y mujeres frente a la puerta. Miró en forma disimulada los rostros. No pudo hallar el rasgo en común que suele hermanar a quienes comparten una misma fila. La ausencia de esta igualdad, Nuestra Mujer la había percibido sólo en el grupo de vecinos que una vez al mes se reunía en la parte trasera del supermercado para aguardar la llegada de la carne para perros. Se le hacía curioso, pero llegó a la banal conclusión de que cualquiera podía ser dueño de un perro. No ocurría lo mismo sin embargo con los que necesitaban un litro de leche, tomar determinado autobús o sacar el documento que los eximiese del servicio militar. Miró los rostros. No se atrevió a hacer preguntas. Se limitó a ponerse en el último lugar. Cuando después de cinco minutos abrieron las puertas se sumaron a la fila dos hombres más. Ambos vestían igual. Llevaban un sobretodo azul y leían el mismo diario de la mañana. Nuestra Mujer titubeó, quiso salirse de su sitio. Los hombres estaban parados detrás de ella. Salvo Nuestra Mujer nadie más pareció sorprenderse con su presencia. La tranquilidad de los demás le dio fuerza a Nuestra Mujer para voltear y mirarlos abiertamente. Los dos con la misma estatura, sobre todos iguales y el mismo diario. Quiso seguir estableciendo similitudes pero la fila comenzó a moverse.

Todos entraron a un gran recibo donde fueron acogidos por dos muchachas vestidas de enfermeras. Una de ellas agrupó a las mujeres y la otra a los hombres. Las dos, delgadas y con un mechón rojizo sobresaliendo de sus cabelleras, llevaban en la mano unos papeles sujetos a una tablita. Mientras examinaban a los clientes, con un lapicero negro anotaban sin cesar en los papeles que tenían consigo. Todo parecía ir en forma correcta.

Un potente aire acondicionado enfriaba el recibo. Nuestra Mujer observaba con atención el trabajo de las muchachas vestidas de ese modo particular. La tarea pareció desenvolverse con normalidad, hasta cuando se llegó a examinar a los hombres similares. Al toparse con ellos, las muchachas se alejaron y una llamó por un teléfono blanco que había en la pared. Nuestra Mujer no pudo oír la conversación. A los pocos minutos entraron al recibo dos mujeres altas, muy parecidas entre sí y vestidas con trajes de noche. Sin mirar a nadie más, las mujeres altas tomaron a los hombres similares de la mano y los sacaron por la puerta de entrada. Una vez que desaparecieron, las muchachas vestidas de enfermeras continuaron su labor. El grupo de mujeres fue conducido hasta una sala que daba a un jardín sembrado con césped. Nuestra Mujer intentó entonces preguntar adónde se habían llevado a los hombres similares. La rigidez que notó en los movimientos de las muchachas se lo impidió. Le molestó esta autocensura. Quiso defender su derecho de hablar lo que quisiera en el momento que deseara. Se calmó cuando pensó que el motivo de la visita podía peligrar si preguntaba algo.

10

Nuestra Mujer decidió esperar en silencio hasta que advirtió que los pedidos tenían que hacerse en voz alta. Lo supo cuando la primera clienta pidió la voz de San Jerónimo cuando hablaba con su perro y su león. Otra más solicitó escuchar a sus amigas cuando ella no estaba presente. Nuestra Mujer tembló cuando solicitó la voz de su infancia. Para su asombro nadie pareció sorprenderse. Había temido al menos una sonrisa. Un gesto de burla. Sin embargo su pedido no pareció desentonar con el normal desenvolvimiento de la Casa. Lo único que se dijo, a manera de murmullo, fue que se trataba de una petición simple. Quizá por eso fue la primera en pasar al jardín, y la primera invitada a entrar en la caseta de madera que se había levantado en medio. Una vez que estuvo adentro, Nuestra Mujer no vio ni

escuchó absolutamente nada. Después de unos minutos de silencio y oscuridad, Nuestra Mujer fue sacada en forma áspera por un muchacho vestido de enfermero que entró y la tomó del hombro. Fue llevada al interior de la Casa.

Nuestra Mujer debió subir por una escalera de mármol. En la pared estaban pegados los retratos de varios personajes históricos. Le dio lástima que no estuviera Marilyn Monroe, a quien siempre había tratado de imitarle la voz. En cambio sí estaba la figura de Thomas Mann. Conocía bien su rostro porque en el sanatorio donde estuvo recluida la doctora que la atendió le dio a leer *La montaña mágica* a manera de terapia. Nuestra Mujer finalmente fue depositada en una oficina que habían instalado en un extremo del balcón principal. Nuestra Mujer fue sentada en una silla al aire libre. Levantó la cabeza y vio que el cielo estaba cubierto de estrellas. Reconoció a Epsilón, a Antares y a las Tres Marías. El cielo estaba limpio, como el que notaba en las playas las noches de verano o cuando se acostaba en las montañas dentro de su bolsa de dormir. Pese a todo, la presencia de las tres estrellas en un mismo cielo esta vez no la tranquilizó. Cruzó la pierna y sin darse cuenta pasó la mano sobre la media de nailon. Quiso ser atendida rápido, seguramente no tardarían en aparecer las mujeres que se habían quedado en la primera planta. En ese momento salieron al balcón dos hombres vestidos de obreros. Cargaban la rejilla de un confesionario, que colocaron encima de una mesa, tapando así parte de la visión de Nuestra Mujer. Aquella grosera irrupción estuvo a punto de echar por tierra la credibilidad que Nuestra Mujer tenía en la decencia de ese lugar. Pensó que era un descuido no haber tenido la rejilla preparada a tiempo. Dudó de la Casa. En ese momento miró hacia arriba y descubrió la presencia de una estrella fugaz. Pidió como deseo que le devolvieran la confianza. La estrella la distrajo de la irrupción de los hombres vestidos de obreros. Al cabo de dos minutos una voz metálica surgió a través de los agujeros de la rejilla que acababan de instalar. La voz dijo que en la caseta no había podido escuchar la voz de su infancia debido a las irregularidades encontradas en la solicitud presentada. Según los documentos la solicitante se había acogido a la modalidad

del trueque y la Casa se había dado cuenta muy tarde que lo ofrecido a cambio era muy pobre. Nuestra Mujer se había comprometido a entregar las voces de unos campesinos mongoles durante la cosecha de arroz del año de 1896 y la de unos niños centroamericanos en un partido de béisbol jugado en una fecha y un campo indeterminados. Al escuchar la voz metálica reclamándole, Nuestra Mujer se sintió avergonzada. En su defensa dijo que nada sabía de esos tratos y que sencillamente esa mañana había recibido una llamada misteriosa donde le anunciaban la aceptación de una supuesta solicitud que no recordaba haber hecho.

La voz que salía por la rejilla afirmó que todo había sido una equivocación. Le informó que en la modalidad del trueque el cliente siempre llevaba las de perder. A lo máximo que hubiera podido aspirar era no a escuchar la voz de su infancia sino quizá la de su niñera. También hubiera podido acceder a la infinidad de voces que se anunciaban en la parte inferior del catálogo. Voces regionales, plagadas de modismos, giros idiomáticos o muletillas. También la de los loros que en cautiverio hablan sólo por desesperación. Pero nunca las que estaban más arriba de las voces de los tartamudos célebres. Jamás sus propias primeras palabras que, según la Casa tenía entendido, se trataba de balbuceos y de agúes con carácter. Cadenciosos y llenos de atmósfera. Nuestra Mujer agachó la cabeza y se puso a llorar. La voz metálica siguió hablando. Aceptó que la equivocación había sido de la Casa. Como un favor especial le propuso un cambio entre su voz adulta y la de su infancia. Si lo deseaba, Nuestra Mujer podía dejarle a la Casa la que poseía actualmente y llevarse su voz de niña. A partir de ese momento tendría que conservar en su vida cotidiana la cadencia de sus primeros balbuceos. Debía dar la sensación de estar como sorprendida cada vez que pronunciaba las palabras. La voz adulta que Nuestra Mujer entregaría la clasificarían en la sección casos especiales. Aquel cambio sería beneficioso para la Casa pues para ellos era más importante una voz patológica que una voz infantil.

Sin darle tiempo a contestar, Nuestra Mujer fue levantada de la silla por el muchacho vestido de enfermero que la había

sacado de la caseta del jardín. La llevó adentro. Mientras descendían las escaleras de mármol, Nuestra Mujer descubrió que la voz metálica le recordaba al publicista de los bronceadores. Tal vez la persona oculta tras la reja era el hombre de los espejuelos de cristales verdes. Seguramente había sido él quien había entregado a la Casa la voz de su infancia. Al llegar al recibo, Nuestra Mujer vio que estaba totalmente vacío. Habían desaparecido las filas que hasta hacía unos momentos se alineaban con dirección a la caseta puesta en el jardín. Sintió miedo pues no estaba segura de haber elegido frente a la voz metálica. Temía que la Casa hubiera tomado por ella la decisión. No quiso hablar en voz alta para comprobarlo. En ese momento se le ocurrió que aquel era el castigo por haber robado los aretes de la esposa del mandatario extranjero. O quizá era la condena por no haber impedido la partida de su pequeño hijo herido en la Hondonada de las Salidas Rápidas. Al cruzar el vestíbulo, el muchacho vestido de enfermero se le acercó al oído para decirle que en las próximas semanas la Casa incluiría en su catálogo la voz de la presidenta. Si no tenía tiempo para visitar nuevamente la Casa, podían enviarle una cinta grabada donde oiría a la presidenta ofreciendo los huevos a los vecinos o prohibiendo las reuniones sociales en el edificio. Claro que también era posible obtener las conversaciones íntimas que sostuvo con el cuaderno que debía entregar todas las semanas. Luego el muchacho la abandonó. Los nervios de Nuestra Mujer se pusieron tensos al sentir de pronto los ruidos de la calle. Se trataba de unos sonidos que no había sentido antes de entrar. Empezó a caminar despacio y sin rumbo. Fueron quedando atrás la Casa y la pizería en cuyo cartel se leía Vita nuova.

Damas chinas

1

Cada vez que entro al consultorio me hago la misma pregunta. Mirar la mesa de metal, con las cintas de cuero colgando de sus costados, hace que me cuestione si estoy realmente interesado en recibir a la docena de pacientes que diariamente llena mi consulta. El constante trato con mujeres parece haber modificado mi carácter. Siento que tocar sus cuerpos sólo con fines médicos deforma de algún modo mis deseos. De otra forma no entiendo por qué a mi edad necesito tanto acudir a los salones de masajes. Tampoco por qué detengo el auto cada vez que veo a una muchacha caminando por alguna zona oscura. Rara vez me hacen caso, aunque hay ocasiones en que aceptan dar una vuelta por la ciudad. Unas veces vamos a tomar una copa en un lugar discreto, otras estaciono el auto frente a la orilla del mar. Esos encuentros suelen terminar en uno de los tantos moteles que alquilan por horas sus habitaciones. Nunca llevé a ninguna al consultorio: el olor clínico y el recuerdo de las escenas médicas anulan desde el principio cualquier entusiasmo. Por eso he rechazado a las pacientes que me han hecho insinuaciones y también a una enfermera que me habló de cosas impropias pocos días después de haberla contratado. La despedí antes de que cumpliera su primera semana de trabajo. Todas no son más que aventuras que tienen un muy corto tiempo de duración. Casi siempre ocurren al salir del consultorio. Otras tienen lugar en las primeras horas de la tarde. No me puedo exceder y olvidar el reloj. A pesar de que mi esposa no está pendiente de mis horarios, no quiero que tenga ninguna sospecha sobre mi comportamiento.

Hace ya mucho tiempo he dejado de preguntarme qué siento realmente por mi esposa. Sólo sé que estoy acostumbrado a ella. Me parece que al momento de casarnos no calculé como es

debido el asunto de las edades. Mi esposa tiene dos años más que yo, hecho que no tiene importancia cuando uno es joven. Sólo cuando comenzó la maternidad y la crianza de los hijos se hicieron visibles los años que nos separaban. En algunas reuniones les cuento a otros hombres mis aventuras en la calle. Al principio me hacían caso, algunos incluso me preguntaban por los detalles. Sin embargo, de un tiempo a esta parte noto que evitan el tema. De muchos conozco una que otra vieja experiencia, aunque ahora parecen preferir la tranquilidad del hogar. Durante los inviernos organizan almuerzos a los que invitan a sus hijos y a sus nietos. En el verano pasan los fines de semana en sus casas de playa sin preocuparles mayormente lo que ocurre en el exterior. Con mi esposa hacemos una vida similar, pese a que en los primeros años de matrimonio intentamos establecer una rutina donde no cabían demasiado las costumbres domésticas. La primera casa, por ejemplo, la compramos porque la zona social era atractiva. Tenía dos salas espaciosas y una terraza con vista a un cuidado jardín. Que los dormitorios fueran un tanto incómodos o que no tuviéramos privacidad cuando nacieran los hijos no nos importó demasiado. En esos años dedicábamos buena parte de nuestro tiempo a planificar comidas, cocteles y fiestas. Cuando mi esposa salió embarazada decayó nuestro ritmo, pero inmediatamente después de dar a luz se hizo cargo de nuestra hija una niñera calificada.

He tenido dos hijos, uno de los cuales murió. La mayor se casó con un fabricante que parece estar satisfecho con ella. Tienen a su vez dos hijos, que me han convertido en abuelo. A pesar de las apariencias siento que mi hija no está contenta con su matrimonio. La noto nerviosa buena parte del tiempo. No creo que nadie advierta realmente esa actitud. Tal vez yo sea el único. Quizá deba esa percepción a los años que llevo como profesional. Al hecho de haber visto las reacciones de las mujeres ante distintas circunstancias. Cuando diagnostico que la protuberancia que notan en el pecho puede ser maligna, cuando propongo una operación o cuando les digo que la criatura que esperan quizá tenga problemas al momento del parto veo en las mujeres respuestas que a muchos dejarían con la boca abierta.

No creo que mi hija pueda hacer mucho para remediar su situación. Tal vez le sirva de ayuda dedicarse a la crianza de sus hijos. Sé que se toma un tiempo para seguir un curso de fotografía. Incluso me ha tomado algunas fotos. En una de ellas llevo el mandil blanco que uso cuando atiendo en la consulta. De quien prefiero no hablar es de mi hijo menor. Tal vez no hice caso a los síntomas que comenzaron a aparecer cuando aún era adolescente. Recuerdo que se presentaba en la casa con magulladuras en el cuerpo. A veces con la frente abierta, con algún rasguño en el rostro o con una cojera pronunciada.

La seguridad económica la conseguí pronto. Aparte del consultorio que tenía me asocié con otros médicos y juntos fundamos una clínica. Cuando esto pasó nos mudamos de casa. Nos convenía un barrio más apartado y de mayor clase. Mi esposa fue quien se encargó de los detalles. La nueva casa era tan grande como para que cada miembro de la familia contara con sus propios ambientes. Mi esposa decoró una sala para que mis hijos recibieran a sus amigos. En esa época estaban entrando en la adolescencia y creo que los hechos que definieron sus caracteres ocurrieron entre esas paredes. Todo parecía marchar bien, aunque yo había comenzado desde hacía un tiempo a sentir una especie de crisis con respecto a mi carrera. Cuando era estudiante, la medicina absorbía todo mi tiempo y mi mayor deseo era ejercer sin preocupaciones mi profesión. Me parece importante aclarar que soy hijo natural. Mi madre tenía un carácter severo y mi padre, un médico famoso, estaba casado con una mujer con la que tenía tres hijos. Tal vez para demostrar que ni ella ni yo éramos menos que nadie, mi madre dedicó toda su energía en prever mi futuro. Me matriculó en colegios de prestigio y se preocupó por mis estudios universitarios. Fue ella quien me instaló el primer consultorio. Luego comenzó al ascenso. Se inició con el matrimonio ventajoso que contraje y siguió con el cambio de consultorio a otro en una zona de más categoría. Después vino la compra de la primera casa y cosas de ese estilo. Pero hasta ese momento mi vocación de médico era lo más importante. Ni mi boda ni el nacimiento de mi hija podían competir con la satisfacción de atender un parto o de intervenir quirúrgicamente

a una paciente. Sin embargo algo cambió. En determinado momento no quise seguir progresando. Eso ocurrió cuando mis colegas me propusieron fundar la clínica. Por alguna razón desconocida pensaba que seguir avanzando ponía en peligro mi vocación. En esa época hice con mi esposa un viaje de vacaciones. Recorrimos el Caribe y creo que ver cómo disfrutaba con ese crucero me llevó a olvidar mi deseo de quedarme donde estaba. A nuestro regreso firmé el trato con los demás médicos.

Inicié de ese modo otra etapa en mi carrera. Es cierto que disminuyó mi vocación inicial, pero a pesar de todo seguí asumiendo mi trabajo como un reto constante. Durante ese periodo nació mi hijo, participé en varios congresos en el extranjero y con toda la familia hicimos más de un viaje de placer. Ese sistema continuó hasta cuando mis hijos crecieron y dejó de interesarme también el reto que me había impuesto. Advertí entonces que podía seguir con mi profesión de un modo mecánico. Lo único que me comenzó realmente a importar fue estar envejeciendo. El paso de los años lo notaba no sólo viéndome a mí mismo. Allí estaba la constante presencia de mi esposa para recordármelo. Empecé a poner más cuidado en mi forma de vestir. En esos años la moda había pasado por cambios importantes. Me tentó seguirla, pero mi modo de vida me impedía alejarme demasiado de una imagen clásica. Aparte de dejarme crecer unos centímetros las patillas, con relación a la ropa hice tímidas innovaciones. Adopté el uso de blancos y colores pastel. Con respecto a ese cambio me viene a la cabeza un hecho desagradable que me sucedió durante un almuerzo al que habíamos sido invitados mi esposa y yo. Era sábado. Aquellos días iba a la clínica en las mañanas para dar una revisión de rutina a las pacientes internadas. Esa vez tuve que hacerle una pequeña intervención a una parturienta. Como se trataba de un caso simple, no me cambié de ropa para atenderla. Cuando llegamos al almuerzo, una amiga de mi esposa hizo notar que una pequeña mancha de sangre aparecía en el pantalón blanco que me había puesto en esa ocasión. Traté de no darle importancia al asunto, pero la amiga insistía en preocuparse por la supuesta herida que me había hecho en la

pierna. Era incapaz de hacer la relación entre mi profesión y la mancha. Muchos de los invitados miraron con detenimiento y estoy seguro de que la mayoría intuyó al instante la verdad.

En ese entonces, mi vida se reducía al simple hecho de ir y volver de mi casa a la clínica o al consultorio. Por ese tiempo tuve mi primera aventura. Sucedió con una mujer que encontré delante de la cochera del edificio donde trabajo. Mi consultorio queda en un moderno edificio, donde atienden los médicos más prestigiosos de la ciudad. Cuenta con grandes ventanas de vidrios polarizados, lo que me permite ver desde mi escritorio el sol poniéndose en el horizonte. Consta de varios ambientes. Dispongo por eso de una pequeña sala donde realizo intervenciones menores. El equipo de aire acondicionado es mi última compra. Como era habitual, aquel día me quedé en el consultorio hasta las ocho de la noche. No había tenido que tratar ningún caso extraordinario. Ese día no se distinguía de las cientos de tardes en las que veía una paciente tras otra. Recuerdo haber atendido a dos mujeres embarazadas, a una que necesitaba el cambio de la T de Cobre y a tres que fueron para un examen general. Estaba entrando a recoger mi auto cuando vi a la mujer, de pie al lado del poste de alumbrado público. No pensé en nada cuando me acerqué. La saludé con miedo. Me dijo para subir al auto. Quise aceptar al instante pero no podía permitir que nos viera el encargado de la cochera. Le contesté que me esperara en la esquina siguiente. Mientras prendía el auto dudé sobre lo que debía hacer a continuación. Sin ninguna razón evidente de pronto recordé a un niño de pocos años. Había visto a ese niño la semana anterior, cuando acudió al consultorio acompañando a su madre. Era absurdo recordarlo en ese momento. La madre debía visitarme en forma periódica y siempre lo hacía con su hijo. El tratamiento que debía seguir esa paciente era efectuado por la enfermera. Yo debía estar atento por si se presentaba alguna complicación. Como de costumbre, el niño estaba sentado en el sofá de cuero negro que está colocado entre la sala de espera y el consultorio. Mientras la enfermera preparaba adentro a la madre, me senté al lado del niño. El tratamiento debía durar por lo menos una hora. El niño

lo sabía. Creo que por eso me contó una larga y complicada historia de la cual al principio no entendí mucho.

Escuché el relato del niño tal vez porque fue la forma más fácil que hallé de llenar aquel espacio muerto que se generó en mi consulta. Lo hice hasta que apareció la enfermera y me informó que la paciente había tolerado bien el tratamiento que acababa de aplicarle. Dejé al niño sentado en el sofá de cuero negro y fui a examinar a la madre. Esa noche, acostado en la cama al lado de mi esposa, volví a pensar en la historia que me habían relatado esa tarde. Sólo entonces reparé en que la cabeza de ese niño no tenía una redondez habitual. Casi al instante me olvidé de todo y me quedé dormido. La imagen del niño y de la historia que me contó volvieron a aparecer cuando estaba dentro de mi auto a punto de encender el motor. Al momento de arrancar tuve la esperanza de que la mujer no se encontrara esperándome en la esquina. Era posible que algún otro automovilista la hubiera recogido antes que yo. Pero allí estaba, con una falda amarilla y una cartera de pedrería colgada del hombro. Todo sucedió en minutos. Detuve el auto, la mujer subió y partimos. Aún recuerdo el golpe seco que hizo la puerta al cerrarse. Cuando aquella noche regresé a la casa, mi propia esposa había preparado la cena. Era tarde. Sin embargo toda la familia estaba esperándome para sentarnos a la mesa. Se me ocurrió que se trataba de un día especial. Por la inquietud que noté en las caras de mi esposa y de mi hija supe que algo ocurría. Mi hijo no debía estar al tanto de la situación, pues comió con su indiferencia habitual. Mi esposa esperó hasta el momento del postre para hablar. Mi hija iba a comprometerse en los próximos días. En la sobremesa me dijeron que los preparativos estaban casi terminados.

Creo que a partir de esa boda, que se llevó a cabo meses después, mi esposa y yo nos dimos cuenta de la magnitud del problema de nuestro hijo. Al quedar solo en la casa, su presencia se hizo más evidente. Con mucha discreción hablé por teléfono del asunto con algunos colegas. Ninguno parecía tener una idea clara de cómo afrontar el problema. Recuerdo que hice las primeras consultas durante la luna de miel de mi hija. Me acuerdo que fue en esa época porque mantenía en el

bolsillo una tarjeta postal que habían enviado los recién casados. Esa tarde tuve mi segundo encuentro fortuito con una mujer. En ese entonces aún no tenía experiencia con lo que sucedía en la calle. Acudí por eso a uno de los tantos salones de masaje que ponen sus anuncios en los diarios. Sabía que aquellos salones eran prostíbulos amañados. Aquella fue la primera vez que lo constaté. Para escogerlo me guié sólo por el nombre. Descarté los que estaban en el centro de la ciudad. Después de haber visitado varios de esos lugares, sé que en aquella ocasión tuve suerte. Era un lugar discreto, limpio, con un personal amable y joven. Hubiera querido convertirme en visitante ocasional. No fue posible porque por miedo a la policía esos lugares cada cierto tiempo son desmantelados. Además me molesta el hecho de frecuentar dos veces a la misma mujer. Por eso ahora combino mis visitas a los salones con los encuentros en la calle. También visito algunas casas de citas. Hasta hoy no he tenido problemas de mayor importancia, salvo la vez en que una mujer averiguó mi teléfono y mi dirección.

Nunca llegué a saber cómo logró conocerlos. Sucedió con alguien que recogí en una calle cualquiera. Tal vez encontró en el auto una de mis tarjetas de visita. Con ella fui a una playa solitaria. No a las que acostumbran frecuentar las parejas. Su compañía me había dado confianza. Nuestra salida no se limitó a lo sexual. También hablamos de algunos temas. Escogí esa playa porque en las otras había tenido molestas experiencias con los mirones que espiaban los autos estacionados. La mujer posiblemente revisó el auto cuando bajé a comprar las latas de cerveza que me pidió o tal vez la tarjeta se me deslizó del bolsillo. Llamó al consultorio para amenazarme con hablarle a mi esposa si no le daba una importante cantidad de dinero. La dejé hablar sin responderle. Luego colgué y di la orden a la enfermera de que no me pasase ninguna llamada. No volví a saber de su existencia. Desconozco si alguna vez cumplió con su amenaza. Mi esposa al menos nunca me lo ha hecho saber. Quedé nervioso, aunque no tanto por el chantaje en sí. Lo que me preocupaba era no saber hasta qué punto podía manejar las situaciones que mi conducta generaba. En ese momento

recuerdo que pensé nuevamente en la historia que me había narrado el niño en el consultorio. Sólo entonces me di cuenta de lo incoherente que había sido su relato. Era evidente que se trataba de una invención. Más que sorprenderme la actitud del niño, me extrañaba que no hubiera puesto en duda antes la veracidad de lo contado.

El día de la llamada de chantaje regrese a la casa de mal humor. No tenía ganas de ver a nadie. Lo más probable era que mi esposa me recibiera con la mesa puesta. Mi hijo seguramente no se encontraría presente. Había tomado la costumbre de salir antes de que yo llegara. Creo que esa conducta mejoraba las cosas para todos. Esa actitud la asumió después de cierto incidente en el que me vi involucrado. Todo comenzó un amanecer cuando tocaron el timbre de la casa en forma insistente. La noche anterior había regresado temprano del consultorio. Antes de dormir vi el noticiero de la televisión y luego leí un par de capítulos de un libro sobre política mundial que acababa de salir publicado. El sueño me sorprendió con el libro entre las manos. Medio dormido sentí que mi esposa me lo quitaba y luego apagaba la luz. Me despertó el timbre de la puerta. Por el intercomunicador me anunciaron que mi hijo estaba en problemas. Debía ir a la estación de policía donde se encontraba detenido. Yo creía que mi hijo estaba en su habitación. No recordaba haberlo visto llegar la noche anterior. Lo más probable era que lo hubiera hecho después de haberme quedado dormido. Cuando fui a su cuarto encontré la cama tendida. Unos tímidos rayos de sol caían sobre una colcha de rombos. Esa mañana supe que mi hijo había hecho uso indebido de una tarjeta de crédito robada. En los días siguientes tuve que hacer varias gestiones para que lo pusieran en libertad nuevamente. Cuando después de tres días regresó a la casa, noté que comenzó a hacer esfuerzos para que nos cruzáramos lo menos posible.

No quiero llegar a hacer ninguna afirmación al respecto, pero he notado que muchas veces mi estado de ánimo ha influido en mi labor profesional. Recuerdo que cuando comencé a dudar de mi vocación hubo una sucesión de muertes en los casos que tenía a mi cargo. No se trató de una relación directa.

Aunque quizá hubo cierta negligencia de mi parte. Recuerdo que la primera víctima fue una madre que daba a luz. En el momento del parto era difícil saber que había problemas. El niño tampoco se salvó. El otro caso escapaba aún más a mi obligación. Se trató de una crisis respiratoria en un cuadro diagnosticado de asma bronquial. Después se dio la situación de una paciente que se suicidó al enterarse de su esterilidad por unos exámenes que le prescribí. Como puede verse, en todos los casos yo no tenía una responsabilidad mayor. Pero en mi interior sentía cierta culpa. Como si la energía que generaba mi estado de ánimo atrajera el mal hacia las mujeres que frecuentaban la consulta. Me sirve de consuelo pensar que hace un tiempo hubo un caso de cura milagrosa. Ese hecho me sirvió para equilibrar mi tabla de desempeño profesional. Aquella situación la protagonizó la madre del niño que habló conmigo en el consultorio. A esa mujer se le había diagnosticado un cáncer con ramificaciones. De ahí la frecuencia de sus visitas. La había enviado donde unos colegas oncólogos y siempre tenía que volver para someterse a un tratamiento de quimioterapia. También para controlar los efectos que ejercían sobre su cuerpo los rayos de cobalto que le aplicaban mis colegas. Le había enseñado a la enfermera cómo llevar a cabo el tratamiento. Como señalé, en forma invariable la paciente iba con el niño. Parecía como si con el diagnóstico tan sombrío que llevaba encima no quisiera separarse ni un momento de su único hijo. En una de las tantas visitas, no recuerdo exactamente en cuál, el niño estuvo nuevamente sentado a mi lado. En esa ocasión no me dirigió la palabra. Había hablado conmigo solamente una vez. Pero el hecho de estar nuevamente juntos me hizo recordar nuevos detalles del relato que había hecho semanas atrás.

No recuerdo en qué momento la enfermera interrumpió aquella larga historia. Tampoco sé cómo logró contármela completa en un tiempo tan reducido. No creo haberle añadido nada de mi imaginación. Sólo me acuerdo de la figura vestida de blanco de la enfermera que salió a la antesala con los guantes de hule aún puestos. La enfermera y yo abandonamos al niño y cerramos la puerta. Dentro la paciente estaba echada en la mesa de metal. La enfermera la había desvestido y cubierto con una

bata de tela ligera. Noté que había disminuido la abundante cabellera que llevaba hasta pocas semanas atrás. El color de la piel se había aclarado hasta adquirir un tono cenizo. Tenía los ojos cerrados y las cuencas estaban marcadas. En una esquina estaba el armazón de hierro del que colgaba la botella de suero que acababan de aplicarle. Cuando estuve junto a la mesa, la enfermera acercó el carrito con los instrumentos clínicos. Primero comencé a palpar. Al sentir mis manos reconociéndola, la paciente se quejó en un par de oportunidades. En ese entonces el tumor aún tenía un tamaño considerable. Era el primer examen al que se sometía después de su tratamiento con los rayos. A pesar de su estado físico, su energía no parecía decrecer en forma significativa. Siempre se esforzaba por parecer animada. Mientras esperaba su turno acostumbraba contarle cuentos a su hijo o leerle revistas de historietas. Dos meses después el tumor comenzó a disminuir. Luego de unas semanas desapareció por completo. Cuando ya no lo sentí más, ordené nuevos análisis. El resultado fue negativo. Incluso hice una pequeña intervención para cerciorarme. Al poco tiempo la declaré curada y desde entonces viene a hacerse los exámenes sólo en forma esporádica. Como de costumbre el niño siempre la acompaña.

Ése es uno de los casos que considero como de cura milagrosa. Se trata de cuadros clínicos que tienen todos los elementos dispuestos para determinado desenlace. La mayoría de las veces esos finales llevan a la muerte. Pero por razones que creo ninguno de mis colegas ha logrado hasta ahora conocer, en ciertas ocasiones los cuerpos enfermos presentan síntomas de mejoría que son completamente extraños. En el caso de la madre del niño las ramificaciones del tumor habían afectado muchos órganos. Es posible que algunos califiquen las mejoras como normales y consideren que la ineptitud proviene de la ciencia médica. Ciertas personas ven la medicina como una actividad sustentada en la ignorancia. Puedo estar de acuerdo con esas ideas. Confieso que hay cientos de funciones de los cuerpos que son un total misterio para nosotros. Sin embargo en los casos de las curas milagrosas las cosas son diferentes. Llamo así a las mejorías que ocurren cuando después

de años de experiencia con cuadros similares, algunos casos escapan a los cauces normales. Las veces en que una de esas situaciones se me presenta tengo una reacción que no podría describir. Me parece poco apropiada la comparación, pero es similar a la que me produce el encuentro con una mujer de la calle.

Todo comienza con una sensación en la garganta. La boca se me seca al mismo tiempo que las manos comienzan a sudarme de un modo anormal. A veces siento también un ligero calambre en las piernas. En ese momento nada puedo hacer para arrepentirme de las acciones que estoy a punto de realizar. Según la situación detengo el auto. Si me encuentro en un salón ordeno que paren de inmediato el masaje. La primera vez que fui a un prostíbulo propiamente dicho, la sensación me tomó desde el primer instante. Creo que tuvo mucha importancia el olor que flotaba en el ambiente. Desde que entré, mi olfato me indicó que algo iba a pasar. Sentí rígida la garganta y se me secó la boca. Mientras iba subiendo las escaleras que conducían a los cuartos, empezaron a transpirarme las manos. Al ver aquel largo pasillo con las mujeres esperándome delante de sus puertas, tuve que detenerme unos momentos. Sólo después de unos minutos me pude restablecer. Seguí caminando. Entré con la primera mujer que se me ofreció. Volví varias veces al lugar. Lo hice hasta probar a casi todas las mujeres que trabajaban allí. Para visitarlo tuve que inventar en mi casa falsas pacientes y operaciones ficticias que debía atender. A medida que avancé en mi recorrido la sensación en la garganta, en la boca y en las piernas comenzó a disminuir. La última vez fue como entrar en mi propia casa. Por eso busqué otros lugares. Averigüé unas direcciones cercanas al puerto. Las primeras veces fueron perfectas. Se trataba de locales donde la poca luz hacía casi imposible la visión. Todo estaba en penumbras, apenas era posible intuirse los cuerpos que se desplazaban entre los salones y los minúsculos cuartos donde las mujeres recibían. Supe que los clientes eran principalmente marineros rusos y orientales. En ese lugar los olores y los ruidos eran más penetrantes que en los sitios que había visitado hasta entonces. En los cubículos cada una de las mujeres tenía un radio a transistores. Sé que

existen otros prostíbulos aún de menor prestigio. No quisiera caer en la tentación de visitarlos.

Cuando regresaba a mi casa después de una de esas visitas, a veces pensaba en mi hijo. Desde el primer momento traté de mantenerme inflexible con respecto a su conducta. Esa actitud respondía a la forma que tenía yo de entender la vida. En tiempos anteriores me conformaba con frecuentar el mundo que me era conocido. En cambio ahora, en cada una de mis salidas puedo ver cierto tipo de degradación que ignoraba hasta entonces. Conozco de hombres que se hacen golpear por las mujeres, de otros que piden que les orinen en la espalda. Todo esto lo he escuchado a través de los improvisados tabiques de madera que separan los cubículos. Incluso una vez cierta mujer me pidió que le hiciera cosas extrañas con el pie. Recuerdo que en la estación de policía en la que detuvieron a mi hijo, vi en los demás presos características similares a las que he vuelto a encontrar en estas visitas. Aquellos detenidos eran los sujetos de ese lado oscuro, que ni mi hijo ni yo estábamos obligados a frecuentar. Pero, aunque en distintas circunstancias, tanto mi hijo corno yo parecíamos estar destinados a observar muy de cerca una faceta que muy pocos llegan a conocer realmente. Pese a saber todo esto, en nuestro trato cotidiano nunca deje de mostrarme severo. La razón puede ser que mientras estuvo vivo, cada día se convertía en un problema mayor. No solo para él mismo sino sobre todo para los demás. Aunque mi esposa trate de ocultármelo, sé que también ella pasó por situaciones difíciles. Una mañana en que volví repentinamente a la casa por haber olvidado mi maletín de médico, encontré que mi hijo acababa de regresar de una noche en blanco y con amenazas exigía dinero para volver a salir. Hubiera querido no ser testigo de la escena. De inmediato metí la rnano en mi bolsillo y puse algunos billetes en las manos de mi esposa. Luego subí al segundo piso para recoger el maletín olvidado y así no llegar tarde a la clínica.

No entiendo por qué precisamente ahora me acuerdo de un hecho en particular. Cuando estaba por cumplir los cincuenta años comencé a frecuentar un nuevo grupo de amigos. La forma en que se comportaban y tomaban la vida, me hizo pensar en la

posibilidad de asumir conductas ajenas a mi rutina. Algo así como lo que me ocurrió cuando empecé a sentirme viejo y quise cambiar mi vestuario. Recuerdo a un integrante del grupo. Tenía unos diez años menos que yo y era dueño de una fortuna apreciable. Aquel personaje se aficionó desmedidamente a mi familia. Aparte de conversar por teléfono conmigo todos los días, mandaba flores y chocolates a mi esposa y a mi hija. En ese entonces mi hija acababa de terminar la secundaria y estaba dudando sobre qué hacer con su vida. Ese hombre solía invitarnos a las fiestas que organizaba en una casa situada en las afueras de la ciudad. En esas reuniones yo me dejaba ir en un mar de sensaciones. Permitía que la música y la marihuana tomaran mis sentimientos. Con respecto a la marihuana al principio tuve dudas de probarla. Aunque después de un par de fiestas fumé como los demás. Incluso llegué a probar hachís en una pipa hecha en Oriente. Mi esposa se mostraba en esas fiestas bastante desorientada. Hablaba sin medida con el primero que se le cruzase. Siempre he sabido que para cierto tipo de cosas mi esposa tiene una ingenuidad infinita. Una de las fiestas que organizó aquel sujeto, a quien nunca más volví a ver, terminó en una situación extraña. La mayoría de los invitados nos encontrábamos en la sala, cuando de pronto mi hija salió del interior de la casa con la cara llena de lágrimas. Si bien es cierto que yo estaba bajo los efectos de la marihuana y del alcohol, hice esfuerzos por aferrarme a la realidad. Al ver aparecer a mi hija, los demás invitados suspendieron por un instante sus acciones. Aunque bastaron pocos minutos para que recomenzaran a desenvolverse como antes. El único punto discordante era mi hija, quien lloraba consolada por mi esposa. Le ponía encima mi saco, que había dejado en la entrada al momento de llegar. Busqué al anfitrión pero no lo pude hallar. Supe que era hora de retirarse. Me acerqué adonde estaban mi esposa y mi hija. Las rodeé con mis brazos y salimos de la casa sin despedimos de nadie.

Otro recuerdo particular que guardo de mis hijos es de la tarde en que siendo niños los lleve al zoológico. Fui yo solo con los dos. Tenía curiosidad por saber qué podían sentir frente a los animales enjaulados. En la casa no habíamos permitido la

presencia de animales domésticos. Menos mal que nuestros hijos nunca nos los exigieron. Aquella vez en el zoológico quedaron deslumbrados. Lo que tenía planeado como un paseo de una hora se transformó en una visita que se prolongó hasta el momento de cerrar. Ese día constaté por primera vez que mis hijos tenían gustos diferentes. Mientras mi hija se inclinaba por las aves a mi hijo le llamaban la atención los reptiles. Me pude dar cuenta también de que eran valientes. No tenían temor en meter sus pequeñas manos entre los barrotes de las jaulas. Es cierto que se trataba de animales inofensivos, pero ellos no tenían forma de saberlo. Compré varios paquetes de golosinas, que ofrecieron a los elefantes y a los monos. En el camino a casa no dejaron de hablar de lo que habían visto ese día. Cuando llegamos le contaron a mi esposa hasta el menor detalle. Hablaron de las formas de los animales, de los sonidos que emitían. También le hicieron una descripción de cómo estaban distribuidas las jaulas. En los días siguientes continuaron refiriéndose al zoológico con el mismo afán. Por alguna razón estuve atento a esos relatos y pude notar cómo con el correr del tiempo el entusiasmo de mis hijos iba disminuyendo hasta desaparecer por completo. Nunca más volvieron a mencionar el paseo y nunca más tampoco me pidieron que los llevara nuevamente. Llegó a afectarme ese desapego, sin embargo no quise intervenir. No volví a mencionar el asunto. Recuerdo que algunas imágenes de aquel paseo regresaron a mi mente en ciertos puntos del relato que me contó el niño en el consultorio.

Cuando el niño terminó de relatarme su historia, fijé mi vista en el sofá de cuero negro donde se encontraba sentado. El color del cuero había sido escogido por mi esposa, quien cuidó esa compra en todos sus aspectos. Visitamos varias tiendas hasta que hallamos lo que tenía en mente. Mi esposa acostumbra entregarse de ese modo a sus actividades cotidianas. No sé si lo hace con el fin de sentirse a salvo detrás de un rol o si realmente cree que debe llegar en sus empeños hasta el final. Aparte de sus actividades normales, reserva un día a la semana para trabajar como voluntaria en un hospital con el que tengo relación. También se encarga de la celebración

de la fiesta de navidad en la clínica. El año pasado, por ejemplo, tuvo la idea de hacer un nacimiento vivo usando como personajes a los empleados. Sin que nadie lo advirtiera, hizo varias visitas a la clínica para seleccionar secretamente a los integrantes del nacimiento. Llevaba siempre una libreta donde iba anotando los resultados de su búsqueda. A veces, en las noches, la veía revisando sus apuntes y cambiando unos nombres por otros. A finales de septiembre hizo pública su elección. Tuvo que convencer a los que no querían participar y sólo cuando obtuvo la aceptación de todos comenzó con los ensayos. Antes les anunció que se había reservado el papel del Arcángel Gabriel. Incluso tenía su vestuario ya listo. Lo había mandado hacer con su costurera de confianza. Como elemento novedoso, esa costurera le había acondicionado un par de alas que se movían gracias a un mecanismo adosado a su meñique derecho. Desde las ventanas de la clínica podía ver a mi esposa dirigiendo los ensayos en un patio interior. Parecía ser bastante exigente, pues regañaba en forma enérgica a los integrantes que no cumplían adecuadamente con su papel. No fue ella el único miembro de la familia involucrado en el proyecto, sino que aprovechó las clases que estaba siguiendo mi hija para pedirle que hiciera algunas fotos. El trabajo de mi hija no se limitaría a retratar el nacimiento cuando estuviera listo, sino que debía llevar un registro gráfico de todo el proceso. Una vez que la representación terminó, mi esposa guardó las fotos en un álbum y me prometió que al año siguiente no se repetirían algunos pequeños errores que aseguraba se habían cometido.

Esa representación fue una de las cosas agradables que vivimos las últimas navidades. La cena de noche-buena la pasamos solos mi esposa y yo. Mi hija, su marido y mis nietos debían cenar con mis consuegros y mi hijo no se apareció por la casa. De alguna manera su ausencia significó la liberación de un peso. Creo que no hubiera tenido la fuerza necesaria para soportar el intercambio de sentimientos que se propicia en esas fechas. A las doce nos abrazamos. Algunos amigos nos llamaron por teléfono y luego de la cena nos fuimos a la cama. Antes nos entregamos nuestros regalos. Mi esposa me había pedido una joya que separó con anticipación y como de

costumbre recibí las vestimentas de playa que me regalaba todos los años. Esa noche dormí profundamente y, de manera extraña, me levanté casi a media mañana. Desde que era joven no dormía tanto. Mi cuerpo se había acostumbrado al ritmo de estar de pie antes de las siete de la mañana. Me alarmé al ver una luz tan fuerte entrando por la ventana. Cuando constaté el estado de mi cuerpo, me sorprendí por lo bien que me sentía. Mi esposa estaba en la planta baja. Hubiera debido ir a la clínica para revisar a unas pacientes, pero una sensación agradable me hizo quedarme en la casa. Después de una ducha, avisé a la clínica sobre mi ausencia y pedí que me mantuvieran al tanto de cualquier novedad. Vestido solamente con la bata de levantar fui hasta la sala de música. En uno de mis últimos viajes había comprado un disco de mambo. Lo puse y me senté a escuchar aquella música oída en tantas ocasiones. Al momento apareció mi esposa con una bandeja. Estaba de buen humor. Ensayó algunos pasos y me preguntó en tono nostálgico si me acordaba de la época en que ofrecíamos fiestas casi todos los fines de semana. Le dije que sí, aunque en realidad no añoraba ese tipo de vida. Luego de escuchar la música por cerca de una hora, mi esposa interrumpió la sesión diciéndome que debía vestirme porque no tardarían en llegar mi hija y su familia para almorzar todos juntos. Me paré, apagué el equipo y subí al segundo piso. Escogí una camisa sport amarilla con rayas blancas, un pantalón beige y unos zapatos de lona celestes.

Me sorprende que haga una descripción tan minuciosa de mi vestuario. De joven casi no me daba cuenta de lo que llevaba puesto. Era mi madre, quien tenía unos gustos bastante espartanos, la que decidía qué debía llevar encima. Curiosamente, el niño que me contó su historia en el consultorio también llevaba puestos unos zapatos celestes. Había subido las piernas sobre el sofá de cuero negro. Se trataba de zapatos para deporte. Eran de caña alta y había uno que estaba desanudado. No sé qué hubo en el hecho de que el niño hubiese puesto su huella en el sofá, pero decidí deshacerme del mueble una semana después de declarar curada a su madre. Habían transcurrido diez años desde que lo había comprado. Me pareció un periodo más que suficiente para

cualquier objeto que uno adquiriera, siempre y cuando no se tratara de una antigüedad. Le comuniqué la decisión a mi esposa y estuvo de acuerdo. Añadió que se encargaría de que lo fueran a recoger al día siguiente, salvo que quisiera esperar a tener antes el nuevo. Lo más razonable hubiera sido aguardar, pero mi esposa sabe de mi vehemencia y sospechó que si había tomado esa decisión era porque no soportaba el sofá un día más. Cuando le pregunté qué haría con él, me contestó que ya vería. No es que quiera parecer mezquino, pero el cuero todavía estaba en buen estado. Mi esposa lo iba a regalar a la primera persona que estuviera dispuesta a aceptarlo. En ese tiempo yo no había terminado aún de recorrer una casa de citas situada en el desvío de una carretera. La patrona hubiera estado feliz de recibir aquel sofá. Buena falta le hacía. Su mobiliario estaba bastante desvencijado. Aunque tal vez no fuera recomendable aparecer con un regalo de tal magnitud. Quizá a partir de entonces me cobrarían tarifas más altas que las habituales. Lo intuía porque a las mujeres de aquel sitio se les notaba bastante necesitadas de dinero. No sólo cobraban por adelantado, cosa que jamás sucedía en los salones de masajes, sino que algunas veces aprovechaban cualquier descuido para revisar mis bolsillos. Menos mal que antes de hacer uso de uno de esos servicios suelo averiguar con precisión las tarifas. También guardo conmigo una cantidad ínfima de dinero, el cual pueden robarme con libertad. Aparte de la sensación en la garganta y en las piernas, otra cosa que he notado durante mis furtivas visitas a esas casas es mi creciente ansia por fumar. El tabaco nunca ha sido mi vicio. Es más, en una época lo rechacé abiertamente y las contadas ocasiones que fumé marihuana tuve problemas para hacerlo.

Hubiera querido obsequiarle el mueble a cualquiera de las patronas que conocía. Aunque no habría sabido cuál de todas se lo merecía realmente. He dicho que pensé dárselo a la mujer que regentaba el local que entonces frecuentaba. Pero aparte de ser el lugar donde en esa época pasaba unas horas a la semana, no había ninguna otra razón para que aquel y no otro fuera el sitio elegido. En la mayoría de las casas he recibido buen trato. Algunas veces he pasado por situaciones que podría calificar

como bruscas, pero tuve que darme cuenta que esas conductas son más que previsibles en esos ambientes. Tengo cincuenta y ocho años, he perdido algo de pelo, aumentado de peso y visto con discreción. No sé si será mi edad o mi aspecto lo que hace que me respeten las mujeres y los habituales concurrentes a esos lugares. Aunque una tarde, creo que esto sucedió el invierno pasado, estuvo a punto de producirse un altercado de proporciones. Yo había llegado a una casa situada en un barrio cercano a los cementerios antiguos de la ciudad. Como de costumbre contaba con poco tiempo. Antes de ir a esa casa había arreglado con la patrona para que siempre hubiera alguna mujer distinta en el horario de la tarde. Las primeras veces que visitaba cualquiera de esas casas, le aseguraba a la patrona que iría con frecuencia siempre y cuando me reservara un turno en el horario convenido. De esa forma dejaba a mi esposa en la sobremesa y podía llegar a atender mi consulta a las cinco y media. Así contaba con un par de horas en las que mi paradero era un verdadero misterio. La tarde del incidente había llegado a esa casa a las tres. La patrona me recibió y de inmediato me guió hasta un patio donde se habían construido dos cuartos prefabricados. Antes de irse, la patrona me pidió que me relajara. La mujer elegida no tardaría en aparecer. Me senté en la angosta cama y busqué mis cigarrillos. Encima del colchón habían extendido tan sólo una sábana. La olí y comprobé que era una sábana limpia. Cuando miré con atención otros elementos del cuarto, advertí que la patrona se había esmerado para recibirme.

En un rincón del cuarto había una batea llena de agua y al lado un jabón a medio usar. También una toalla pequeña y un rollo de papel higiénico. Me disponía a desnudarme cuando escuché que unas personas que iban acercándose discutían fuertemente. Pude distinguir la voz de un hombre, la de una mujer y también la de la patrona. El hombre lanzaba amenazas, que eran dichas en medio de groserías. Me levanté de la cama rápidamente. Una vez que estuve de pie apagué el cigarrillo, me arreglé la corbata y me puse el saco que en todo momento había tenido en la mano. Tuve miedo. Sentía que aquella era una de esas situaciones que se me hacían imposibles de manejar. Me

quedé parado al lado de la puerta, atento al desarrollo de los sucesos. Los tres discutían en el patio, delante de la puerta de la habitación donde me encontraba. Parecía que aquel hombre era el marido o el conviviente de la mujer y acababa de descubrir el tipo de actividad al que se dedicaba. La estaba amenazando con romperle una botella en la cabeza. La patrona le decía al hombre que no fuera hipócrita, si él mismo la había llevado la primera vez. La mujer lloraba, negaba que fuera una prostituta y le pedía a la patrona que la defendiera. La discusión terminó cuando llegaron tres matones, que parece habían sido llamados por las otras mujeres de la casa al oír la pelea. Escuché entonces una serie aún mayor de groserías. Finalmente el hombre que había comenzado con el lío fue víctima de una buena paliza. La patrona abrió de improviso la puerta del cuarto y pude ver cómo se llevaban al hombre arrastrando. Abrió para decirme que no me preocupara, que se había tratado de un problema sin importancia. Añadió que la mujer no tardaría en venir a hacerme compañía. Mientras hablaba entró al cuarto para comprobar si todo estaba en orden. Revisó la batea, el jabón, la toalla y el papel higiénico. Los cambió de lugar, colocándolos en el mismo orden pero en la otra esquina. Luego me dijo que me sacara el saco y me recostara. Poco después entró la mujer que la patrona me había prometido. A pesar de su turbación hacía esfuerzos por mostrarse contenta. Al empezar a abrirse la blusa, noté que le temblaban los labios y que sus manos se movían en forma nerviosa. Pese a todo luchaba por mantener la sonrisa. No soporté la situación. Me puse el saco y sin ningún remordimiento salí en silencio del cuarto.

Mientras me dirigía al consultorio, a través del parabrisas del auto pude ver cómo la ciudad cambiaba de aspecto a medida que me alejaba de la zona donde estaba ubicada la casa de citas. En menos de una hora había pasado de la placidez que mi esposa se esforzaba en darle al hogar, al espectáculo del que había sido testigo en el pequeño cuarto. Aunque pude darme cuenta de que en ambas situaciones tanto la placidez como lo sórdido se conjugaban. En la mujer de la casa de citas había algo de luminoso en su empeño por ocultar la situación por la que acababa de pasar. En cambio la placidez que buscaba mi

esposa muchas veces era sólo un vano intento. En todo momento se mantenía soterrada una sensación desagradable. Después del incidente en el que tuve que ver a mi hijo exigiéndole dinero comenzó un periodo de relativa calma. Sin embargo en ese tiempo de aparente paz me enteré de algo que mi esposa había callado. Mi hijo había conseguido abrir la caja fuerte donde ella guardaba sus joyas. Mi esposa tiene una especial debilidad por las joyas. No tanto por lucirlas sino por la forma de obtenerlas. Salvo excepciones, busca medios no habituales para conseguirlas. Suele pasar mañanas enteras en los puestos de mercado de los suburbios, buscando entre un sinnúmero de piezas de fantasía alguna piedra preciosa que se hubiese colado sin que nadie lo advirtiera. A lo largo de los años ha aprendido una serie de técnicas para reconocer al instante una pieza auténtica. Tiene incluso un lente de joyero que lleva consigo las veces que hace sus pesquisas. Cuando mi hijo supo abrir la caja fuerte, las joyas allí guardadas fueron disminuyendo en forma gradual. Mi esposa mantuvo silencio durante algún tiempo. Sólo cuando las desapariciones fueron más que notorias se refirió al asunto. Lo hizo durante uno de los desayunos que acostumbramos tomar juntos. Era verano, lo recuerdo porque la mesa estaba puesta en el jardín. En forma sutil me dijo que no se explicaba cómo habían ido desapareciendo algunas piezas. Añadió que guardó silencio porque podía tratarse de un error. Pero en ese momento estaba segura de que no había lugar para una equivocación. No dijo más, tampoco esperó una respuesta. Seguimos tomando el desayuno. Lo hicimos en silencio. Esa mañana, desde la clínica llame a algunos colegas para que me ayudaran. A pesar de haberles consultado antes el caso de mi hijo, pensé que tal vez tendrían ya una respuesta positiva. Como lo temía no me dieron muchas esperanzas. Me dijeron que se habían desarrollado algunos métodos de cura, aunque ninguno era totalmente efectivo. Me los explicaron y no hubo uno que me convenciera en forma total. El internamiento quizá fue el que me pareció más lógico. Me propuse tomarlo en cuenta, aunque al final no hice nada para llevarlo a la práctica. Resolví que más adelante,

cuando la situación se pusiera realmente insoportable, seguiría ese tipo de cura.

Estoy seguro de que mi esposa nunca hizo partícipe a nadie de la tensa situación que se vivía en la casa. No creo que ni siquiera nuestra hija haya sabido toda la verdad. Estoy totalmente de acuerdo con la actitud que tomó. Pienso que nuestra hija tenía suficiente con sus asuntos domésticos como para tener otra preocupación. Aunque tal vez una de las razones por las que mi esposa guardó silencio fue por la reacción que nuestro yerno podría tener. Viendo la forma como se portó nuestro yerno cuando nuestro hijo murió, le doy a mi esposa toda la razón por haber actuado de esa manera. Mi hija se sintió bastante trastornada con esa muerte. Eso me hizo pensar en que mis hijos habían estado más unidos de lo que yo había supuesto. Extrañamente aquel trastorno no apareció en ella sino hasta un mes después del entierro. Fue víctima de una crisis de nervios que hizo que la internaran en una clínica de reposo. Mi yerno me visitó apelando a mi condición de médico y me preguntó si el caso de mi hija no podía guardar similitud con el de su hermano. Parecía asustado. Quizá pensó que perdería a su esposa o que por herencia su familia iba a estar marcada por conductas anormales. No sé qué le habrán contado a mi yerno con relación a la vida y muerte de mi hijo. El caso es que logré calmarlo. En forma oficial el fallecimiento de i hijo fue tipificado como un ataque al no poder soportar sustancias que él mismo se había suministrado. La inteligencia de mi yerno parece estar desarrollada sólo para hacer dinero. Tiene un olfato innato para saber dónde puede hacer inversiones y conseguir importantes ganancias. Me asombra cómo cada año mejora tan aceleradamente su situación económica. Pese a que mi hija parece tenerlo todo, reitero que le noto cierta insatisfacción. Antes he señalado que nadie, salvo yo, parece darse cuenta de aquel estado. Me reafirmo en esa sospecha. No puedo entender la razón por la que rechazó un viaje que su marido le propuso apenas salió de la clínica de reposo. La idea era vivir una segunda luna de miel. Mi hija se negó poniendo como pretexto que había perdido demasiadas horas de su curso de fotografía. Eso no deja de ser cierto, le ha tomado un gran apego a la

cámara de fotos. Pero no me parece un motivo suficiente como para rechazar una proposición de esa naturaleza. Con respecto a su gusto por la fotografía, me ha pedido que le permita tomarme fotos atendiendo un nacimiento. Aún no le contesto, debe ser porque me causa cierto desagrado que esté presente en la sala de partos.

Recuerdo claramente la tarde en que mi hijo murió. Me encontraba en el consultorio atendiendo a una paciente ya mayor. Se trataba de un caso incipiente de candidiasis, para lo cual estaba recetando unos óvulos. Me acuerdo bien de la receta porque recibí la llamada de mi esposa cuando la estaba redactando. Me alarmé porque ella conoce bien mi manía de no ser interrumpido mientras trabajo. La enfermera también lo sabe, pero las llamadas de mi esposa no están sujetas a esa disposición. Cuando contesté, noté angustia en su voz. Me dijo que era una emergencia, que nuestro hijo se había puesto mal y que me necesitaba rápidamente en la casa. Luego de colgar, traté de no mostrar síntomas de preocupación frente a la paciente. Proseguí con la consulta como si nada hubiera sucedido. Terminé la receta y luego expliqué el régimen que se debía seguir. Cuando abandonó el consultorio llamé a la enfermera y le comuniqué que debía dejar por unos momentos la consulta. Le pedí que se lo informara a las pacientes que estaban en la sala de espera. Quien lo creyera conveniente podía hacer una cita para otro día, aunque lo más probable era que no me fuera a demorar. También le pedí que me preparara el maletín de médico. Dejé mi bata en la sala contigua y me puse el saco de color tabaco que había escogido para llevar puesto ese día. Llegué a la casa al cabo de media hora. Estacioné el auto detrás del de mi esposa. En una época a mi hijo también le había comprado un auto, que vendí después del desagradable suceso en la comisaría. Mi esposa parecía haber estado atenta a mi llegada. Apenas sintió el motor salió a la calle. Estaba pálida y sus movimientos mostraban inquietud. Al verla supe que cualquier cosa podía haber sucedido. Rápidamente me contó que nuestro hijo había llegado en un estado calamitoso. Aparte de unas rasgaduras en las ropas, lucía varios hematomas en el rostro. Estaba completamente alterado y no hacía sino pedir

dinero. Mi esposa le había entregado algo, pero nuestro hijo exigía más.

Ante la imposibilidad de mi esposa por satisfacerlo, comenzó a destruir lo que encontraba a su paso. Hizo añicos los adornos de la sala, rompió los ventanales que daban al jardín y de una patada destruyó la pantalla del televisor que se encontraba en la sala que mi esposa había decorado para que nuestros hijos recibieran a sus amigos. Cuando llegué estaba encerrado en su dormitorio, donde había proseguido con la destrucción. Desde hacía un rato se había calmado. Al menos mi esposa no había escuchado ningún ruido nuevo. Pasé el brazo por su cuello y de ese modo entramos a la casa. Vi que efectivamente los destrozos eran importantes. Reconocí en el suelo varios adornos que hasta esa mañana habían estado encima de las mesitas de la sala. Algunos cuadros habían sido sacados de la pared y arrojados al suelo. Seguí solo mi camino hacia el dormitorio. Tuve cuidado de no pisar los restos que se esparcían por el piso. Abrí la puerta del cuarto sin golpear. Salvo la vez que me llamaron de la comisaría nunca había entrado a esa habitación así. En medio del desorden encontré a mi hijo sentado en un rincón. Su aspecto era lamentable. En sus manos aferraba un puñado de billetes. Creo que no me reconoció, de otro modo no me hubiera extendido el dinero y pedido que lo ayudara a salir a la calle. Me acerqué con lentitud. No quería alterarlo. Creo que le dije algunas palabras. Algo así como que no se preocupara, que estaba allí para ayudarlo. Me senté a su lado y no tuvo una reacción perceptible. Pude entonces abrir con facilidad mi maletín de médico y preparar una jeringa con un calmante. Creí conveniente inyectarle una dosis mayor que la habitual. Mientras el líquido iba siendo introducido, la respuesta de mi hijo era opuesta a la esperada. Comenzó a mostrar síntomas de inquietud. Se quiso zafar. Lo sujeté con fuerza y comenzó a convulsionar. Me alejé del cuerpo y vi cómo daba sacudidas y abría la boca en forma desmesurada. Envolví en un papel tanto la jeringa como los frascos vacíos y los guardé en el maletín.

Los funerales fueron discretos. Aparte de mi esposa, nadie pareció demostrar un verdadero dolor. Como se sabe, mi hija

sólo al mes se mostró realmente afectada. El cuerpo permaneció un día en el velatorio de la parroquia de nuestra zona. Una hora después del fallecimiento, mientras me encargaba de coordinar con la agencia funeraria, mi esposa trataba de sobreponerse al llanto. Creo que como una reacción nerviosa recogía con vehemencia los objetos que nuestro hijo había destruido. Parecía tratar de recomponer maniáticamente el orden de la casa. La ayudó nuestra hija, quien llegó después de recibir la llamada que le hice anunciándole la noticia. Quince días después del sepelio, mi esposa tuvo la idea de reemplazar los adornos destrozados. Pasó la mayor parte de ese día en las tiendas. Al mediodía me telefoneó desde donde se encontraba. Yo estaba en la clínica. Después de la muerte de mi hijo había suspendido casi toda mi actividad profesional, aunque veía algunos casos de vez en cuando. Mi esposa llamó desde un establecimiento especializado en la venta de regalos de matrimonio. Tenía no sé qué problema con su tarjeta de crédito. Me hice presente para ver qué sucedía y al ver a mi esposa desde lejos, me detuve un momento a contemplarla. La tienda era amplia y luminosa. Los pisos eran blancos y estaban inmaculados. Mirar a mi esposa a la distancia y verla vestida de luto me causó cierta impresión. Al contrario de lo que yo hubiera podido suponer, se le veía rejuvenecida. Días después del entierro había ido al salón de belleza. Allí le emparejaron el corte de pelo y se lo tiñeron de un rubio opaco. No sé si sospechaba lo que realmente había ocurrido en el dormitorio de nuestro hijo. Cuando salí de ese cuarto, le dije que el cuerpo debilitado no había resistido la dosis de calmante que acababa de aplicarle. Al instante rompió en un llanto que percibí muy amargo.

La consolé hasta que de pronto dejó de llorar, se separó de mi lado y me acusó de ser el único culpable. Me recriminó haber actuado siempre como si fuera un dios. No sé a qué se refirió al decirme aquello. Tal vez sospechaba que yo había matado a nuestro hijo en forma intencional. Una acusación de ese tipo hubiese sido excesiva. Es cierto que hubiera podido reaccionar de otro modo cuando el cuerpo de mi hijo entró en convulsiones. Pero quizá aquel desenlace estaba en la lógica de

los acontecimientos que él mismo había propiciado. No he hablado del asunto con nadie. Al principio algunas ideas no deseadas buscaron perturbarme. Eso ocurrió hasta hace poco. Las atribuí al estado de tensión que tuve que soportar a partir del día de la muerte. Desde que cesaron esos pensamientos, una reconfortante paz interior me acompaña la mayor parte del tiempo. Luego de decirme aquello, mi esposa se dirigió a paso ligero hacia la habitación de nuestro hijo. Yo me quedé en la sala de estar. Desde allí la escuché hablar con nuestro hijo como si aún estuviese vivo. Lo hacía en forma cariñosa, del mismo modo como se dirigía a él cuando era un niño pequeño. Salió después de unos momentos y comenzó a arreglar los destrozos sin poder contener las lágrimas. Apenas me vio en la tienda se me acercó con la tarjeta de crédito en la mano. Luego de algunos trámites quedó resuelto el problema. La acompañé una media hora más y una vez que hubo terminado con sus compras en esa tienda me propuso ir juntos a un restaurante. Rechacé la invitación, aduje que tenía una paciente en una situación delicada. No sé por qué le mentí. En verdad no tenía nada que hacer y no me hubiera disgustado su compañía. Tenía la tarde desocupada. Como señalé, en señal de duelo había suspendido las consultas. En esos días precisamente me había llamado la paciente que fue protagonista de la cura milagrosa. Le tocaba una de sus visitas. Al recibir la llamada me vino la imagen de esa mujer así como la del niño de cabeza un tanto anormal que siempre la acompañaba. Reviví la escena que se desarrolló en mi consultorio cuando estuve junto a ese niño la primera vez que me habló. Lo volví a recordar sentado en el sofá de cuero negro esperando que preparasen a su madre para el tratamiento de rutina. Después de escuchar a la mujer pedirme una cita, decidí derivarla a un colega de mi confianza. Esa tarde no tenía ningún plan, pero quizá para atenuar la mentira que le había dicho a mi esposa terminé dedicando el resto del día a visitar la casa de citas que en esa época acababa de descubrir.

2

En el consultorio, aquella tarde en que su madre era sometida al primer tratamiento de quimioterapia el niño me dijo que días antes había pasado el fin de semana en la casa de un tío. En cierto momento un mensajero tocó la puerta de la calle y dejó un sobre dirigido a su padre. Al niño le sorprendió que hicieran tal envío a una casa ajena, pero igualmente lo recibió. El remitente estaba en la misma ciudad. Junto con el sobre, el mensajero le entregó una nota donde se informaba que se devolvía parte del dinero del envío pues había tardado demasiado tiempo en llegar a su destino. El niño leyó con detenimiento la nota y luego le pidió al mensajero que le explicara algunos puntos. El asunto era que el remitente había usado un moderno sistema de mensajería, que en caso de tardanza en la entrega reembolsaba un porcentaje según la cantidad de días de demora. En el papel estaba consignado el monto del dinero que se encontraba a disposición en la oficina principal. Como se trataba de una suma no desdeñable, el niño de inmediato fue donde su tío para contarle lo sucedido. Tuvo algunas dudas en hacerlo: imaginaba que los mayores no le iban a dejar cobrar el dinero. Ya le había sucedido otras veces. Fueron sus padres quienes cobraron lo que obtuvo al abrir una golosina premiada y la compensación económica que le dieron por encontrar una mosca dentro de una botella de refresco sin destapar. De todos modos acudió donde el tío, quien después de escucharlo revisó el envío y con un bolígrafo de tinta roja comenzó a sacar cuentas encima del sobre. Para hacer más eficaz su trabajo, le pidió al niño que le alcanzara la calculadora que tenía guardada en su escritorio. El tío parecía querer hacer las cuentas a la perfección. Dijo que siempre había trucos en esos pagos. A la suma señalada seguramente se le debían descontar ciertos impuestos de ley. Concluyó que la cantidad que el niño había pensado recibir estaba muy lejos de lo que en realidad le iban a dar.

Mirando fijamente sus manos, el niño me contó que le molestó que el tío marcara el sobre. Le avergonzaba lo que dirían en la agencia de envíos cuando vieran los números escritos en letras rojas. Trató de impedirle que siguiera escribiendo, pero el tío insistió en continuar sacando cuentas.

Llenó el sobre de cifras, algunas de ellas equivocadas y corregidas por encima. Cuando el bolígrafo falló, el tío tuvo que conseguir otro. La tinta del nuevo bolígrafo no era roja sino negra. Antes de devolverle el sobre, el tío volvió a leer la nota adjunta y advirtió un hecho fundamental. Notó que sólo podía cobrarse el dinero el mismo día de recibido el sobre. Ya comenzaba la tarde y era sábado. Tal vez no fuera posible reclamar nada. El niño fue hasta el teléfono y tomó el directorio. Buscó el número de la agencia. Lo encontró. Cuando levantó el auricular alguien estaba hablando por la extensión. Salió al jardín para hacer tiempo. Volvió a descolgar. La conversación proseguía. Empezó a lamentarse en silencio. Recorrió parte de la casa para seguir haciendo tiempo. Subió al techo y recorrió varias veces la azotea completa. Cuando descolgó nuevamente le pareció que ya estaba desocupado, pero después de un breve silencio escuchó una voz de mujer. No supo a quién podía corresponder. Tenía que ser de algún integrante de la familia de su tío. Aunque también podía tratarse de una vecina cuyo teléfono estuviera fuera de servicio. Al niño le pareció que se burlaban de él cuando la voz le ordenó que colgara de inmediato.

Sin apartar la vista de sus manos, el niño afirmó que en la casa de su tío lloró. Lo hizo a escondidas. Salió al jardín y se ocultó en una pequeña ermita donde había una virgen vestida con un hábito celeste. Trató de comunicarse con ella, de pedirle ayuda para conseguir el dinero que le había prometido la agencia de envíos. Luego de media hora volvió a la casa. Al verlo en aquel estado, uno de los miembros de la familia le preguntó qué le sucedía. El niño entonces le habló de su urgencia por usar el teléfono. El miembro de la familia le informó sobre ciertos teléfonos públicos que se estaban instalando en la ciudad. Le advirtió que no funcionaban con monedas sino con unas tarjetas de plástico. Cerca de la casa había una playa que en verano se llenaba de gente a pesar de su mar embravecido. En ese lugar habían instalado algunas de esas cabinas. Las demás playas de la zona eran conocidas por lo calmado de sus aguas. Pero casi nadie las visitaba, porque por una inadecuada planificación los colectores del desagüe central

iban a dar a sus orillas. Los veraneantes por eso preferían la playa en cuyo malecón estaban las nuevas cabinas. El miembro de la familia le sugirió que tomara una de las bicicletas del garaje y se dirigiera a uno de esos teléfonos lo más pronto posible. Además le apuntó en un papel el número de la agencia de envíos. El niño subió a la bicicleta. La casa estaba ubicada en un barrio donde había un gran parque con muchos árboles sembrados en líneas rectas. Cuando el niño salió de la casa la tarde avanzaba. El sol comenzaba a declinar, dándole toques rojizos a la atmósfera.

Señaló que apenas llegó a la playa vio a lo lejos las cabinas telefónicas que le habían recomendado. Se trataba de tres cabinas colocadas a una prudencial distancia una de otra. Estaban pintadas de amarillo claro. Más allá se extendía el malecón, luego venía la playa. El niño vio que el mar estaba embravecido como siempre. Altas olas golpeaban contra la orilla. El cielo se mostraba despejado, por lo que se podía ver el ocaso con facilidad. El niño recorrió un par de veces el malecón. Los cromos de la bicicleta brillaron mientras pedaleaba. Finalmente se decidió a llamar desde la cabina más alejada. Dejó la bicicleta asegurada a un poste de luz. Antes había parado en una tienda para comprar una tarjeta. Presionó los números del teléfono sin dejar de mirar la bicicleta. No tuvo que esperar mucho para que le respondieran. Le contestó una voz masculina. El niño le contó su caso y la voz al otro lado del hilo le dijo que no tenía información sobre aquello. El niño insistió. El hombre le sugirió que se acercara hasta las oficinas para exponer el asunto personalmente, advirtiéndole que tenía tiempo hasta las ocho de la noche. Después de colgar, el niño aseguró la bicicleta al poste y se acercó al malecón. El hombre con quien habló le había dado la dirección de la oficina donde debía dirigirse. Se quedó un momento mirando el mar. Luego avanzó hacia la playa. A esa hora todavía quedaban algunos veraneantes. Por diversos sitios había aún algunas sombrillas. El niño caminó sobre la arena y llegó hasta la orilla. Como estaba con los zapatos puestos no pudo mojarse los pies. Regresó sobre sus pasos y caminó directamente hacia la bicicleta. Destrabó el seguro, subió y se dirigió a la ciudad.

El niño llegó a una de las calles más transitadas del centro. Fue cuidadoso con el tráfico. La oficina principal quedaba en los dos primeros pisos de un edificio. A través de las vidrieras se podía ver a los empleados trabajando vestidos con uniformes azul y rojo. El niño no quiso dejar la bicicleta asegurada a cualquier poste de luz. Desconfiaba de la cantidad de personas que llenaba la calle. Pedaleó con energía hacia la casa de su tío. Había decidido dejar la bicicleta y luego volver caminando. La casa del tío no quedaba lejos. Cuando tocó la puerta nadie le abrió. Estuvo delante de la entrada principal cerca de diez minutos. Tocó varias veces el timbre y no hubo respuesta. Pensó trepar por el muro. Al instante abandonó semejante idea. Al final decidió dejar la bicicleta escondida entre los matorrales que crecían en el jardín exterior de la casa. Tuvo cuidado en que las ramas no arañasen la pintura y también se fijó en que nadie se diera cuenta de dónde la escondía. Después empezó a caminar a paso lento hacia la agencia. Estaba a dos cuadras de distancia cuando un auto paró a su costado. Se trataba de su tío, quien lo invitó a subir. El tío era dueño de un auto deportivo. El niño trepó y le contó el resultado de sus gestiones. El tío lo escuchó en silencio y se alarmó cuando mencionó que había dejado escondida la bicicleta. El auto había puesto rumbo hacia la agencia de envíos y de improviso hizo un giro en la dirección opuesta.

El niño me informó que su tío viró repentinamente el auto y aceleró con dirección a la casa. Los postes de luz pasaron al lado con creciente velocidad. Dos cuadras antes de llegar a su destino estuvieron a punto de tener un accidente. El tío cruzó una avenida principal sin detenerse en la señal de pare. En ese momento circulaba por aquella vía un autobús lleno de pasajeros. Los chirridos de los frenos asustaron al niño, quien se agachó en su asiento con los dedos puestos en los oídos. El tío aceleró para evitar el choque. Una vez que cruzaron siguieron el recorrido sin contratiempos. Ya frente a la casa, lo primero que hizo el tío fue dirigirse a los arbustos. Los removió y encontró la bicicleta. El tío entró a la casa con la bicicleta tomada por el manubrio. El niño se quedó unos momentos solo en la entrada. Entonces pensó que las cosas serían más fáciles

en la agencia de envíos si llevaba consigo el sobre que habían mandado a nombre de su padre. Recién se dio cuenta de que ni siquiera tenía consigo la papeleta donde se informaba del dinero que se iba a devolver. Entró en la casa y a los pocos minutos salió con el sobre y la papeleta en las manos. Caminó después quince cuadras. Cuando llegó, a través de las vidrieras pudo reconocer a los empleados con sus uniformes azul y rojo. Lo primero que hizo fue hablar con el recepcionista. Le explicó su caso y el recepcionista dijo que ignoraba que la agencia ofreciera tal clase de servicio. De todos modos le sugirió informarse con uno de los empleados que atendía en las ventanillas. El niño antes debía colocarse en una fila formada por varias personas. Se puso detrás de una anciana, que lucía un atuendo bastante inusitado. La anciana se había hecho un peinado adornado con una corona de metal. Sobre sus hombros tenía una piel de zorro y llevaba puesto un vestido ceñido que reflejaba unos brillos rojizos. Los zapatos eran de tacón tipo aguja y carecían de talón. Al niño extrañamente se le ocurrió comparar a la anciana con la virgen que había en la casa de su tío. Le pareció que tenía rasgos en común con la imagen a la que le había rezado antes de salir a la calle. Luego de esperar algunos minutos, el niño tocó la espalda de la anciana y le habló de su parecido con la virgen de la ermita. La anciana lo miró un momento antes de contestar. Un tanto alterada señaló que no le gustaba semejante comparación. Añadió que detestaba una religión donde el padre mandaba a su hijo a la tierra para que fuera asesinado por los hombres. Al ver la reacción de la anciana, el niño desvió el tema y le preguntó si conocía los servicios que daba la agencia. La anciana volvió a mostrar un aspecto sereno y le contestó no saber nada de eso. Le recomendó averiguar desde un teléfono público para evitar perder más tiempo haciendo la fila. El niño le dijo que ya lo había hecho. Le dio los detalles de su visita a la playa. La anciana pareció interesarse en la existencia de las cabinas telefónicas y le pidió que precisara el lugar exacto donde se encontraban. Cuando el niño lo hizo, la anciana señaló que algunos años atrás en aquel mismo sitio existían unas terrazas donde acostumbraba veranear.

La anciana aseguró que aquellas terrazas estaban construidas sobre pilotes que se adentraban en el mar. Había una buena cantidad de sombrillas, pintadas de blanco, que los veraneantes alquilaban para disfrutar de la contemplación de la bahía. De acuerdo con lo avanzado de la temporada o según la hora del día las sombrillas eran movidas levemente. En un rincón existía un bar, donde se vendían bebidas alcohólicas y refrescos. Al frente había unas escalerillas por donde se podía bajar para, sujetándose de una soga, intentar nadar en el mar. Las terrazas estaban prohibidas para niños menores de cinco años. Sin embargo, cierta vez una mujer hizo entrar a escondidas a su hija de dos años y medio. La mujer se acomodó bajo una sombrilla, mientras su hija iba a jugar a la zona donde las terrazas formaban unas salientes. Según la mujer la niña era bastante educada y se le podía dejar sin vigilancia por momentos largos. No se sabe bien qué estuvo haciendo durante ese tiempo. El caso es que cayó al mar sin que nadie la viera. La madre se dio cuenta de la desaparición minutos después. Algunos veraneantes se congregaron alrededor de la desesperada madre, quien a la vez que miraba las aguas llamaba a la hija en voz alta. Los administradores de las terrazas contrataron los servicios de unos pescadores que tenían sus botes en una caleta cercana. La madre se quedó toda la noche esperando alguna noticia. Se mantuvo apoyada en el barandal de una de las salientes. El esposo llegó poco después de ser avisado de la tragedia. Apenas a la mañana siguiente fue hallado el cuerpo. El mar lo entregó cuando salían los primeros rayos del sol. A partir de aquel día disminuyeron los visitantes a las terrazas. Pero al año siguiente el suceso pareció haber sido olvidado. Pese a todo, en esa temporada circularon diversos cuentos referidos a la hija muerta. Se aseguraba que se aparecía en las terrazas durante las noches. De la madre se afirmaba que había enloquecido. Se decía que comenzó a quejarse de no tener ya con quien jugar damas chinas en las tardes. Luego de terminar de contar esa historia, la anciana de la corona le hizo la confidencia al niño de que ella nunca había podido engendrar hijos. Por eso no podía imaginar el proceso por el que habría pasado la madre antes de llegar a la locura. Sin abandonar su

lugar en la fila, el niño se imaginó a la anciana dándole el biberón a una criatura de pocos meses de nacida. Apartó esa imagen para fijarse en las ventanillas de la agencia. Los empleados seguían atareados.

Después de decir esas palabras, la anciana no tuvo la suficiente paciencia como para esperar que avanzase la fila que se extendía delante de la ventanilla de atención. Salió de la agencia dejando al niño en el último puesto. Como se lo contaría al niño después, en la puerta la esperaba un chofer apoyado en un auto negro. La anciana se introdujo al auto en cuanto el chofer le abrió la puerta. Partieron al instante. Apenas el vehículo se acercó a la fachada de la casa donde vivía, se levantó la puerta automática del garaje. Dentro aguardaban un par de asistentas. Con delicadeza le sacaron la piel de zorro. AI verla tan cansada le dijeron que había sido una locura que ella sola hubiera intentado hacer los trámites. Eso significaba que había llevado en vano al chofer. La anciana no contestó y salió al jardín interior. Sin cambiarse la ropa pidió que le alcanzaran sus instrumentos de jardinería. Las asistentas aparecieron con un badilejo, unas tijeras, alambres y una gran regadera de latón. La anciana permaneció en el jardín hasta que se hizo de noche. Miró el reloj y vio que eran las ocho. Pensó que en ese momento los negocios estarían en proceso de cerrar sus puertas al público. A esa hora ya se habría definido si el niño que encontró en la agencia de envíos había cumplido o no su cometido. Sin dejar que nada la perturbara continuó con su trabajo de jardinería. Mientras la anciana estaba en su jardín, al niño se le ocurrió pedir hablar con la persona que administraba la agencia de envíos. Como aquella agencia era la oficina principal, en el segundo piso trabajaba la mayor parte de los directivos. El primer problema que se le presentó fue la forma de subir, puesto que el ingreso a los altos estaba controlado. Cualquiera hubiera pensado que era una oficina dedicada a asuntos confidenciales. El niño comprendió que era imposible regresar donde el recepcionista: ese hombre ya sabía que trataba de obtener un beneficio de la empresa. Examinó la escena y se dio cuenta de que la ubicación del recepcionista había sido pensada para que pudiera controlar todo sin necesidad de

pararse de su silla. Si la anciana no se hubiese marchado momentos antes, el niño tal vez le hubiera pedido que lo ayudara. Quizá entonces la anciana se acercaría donde aquel hombre para pedirle que llamaran al chofer que la esperaba en la puerta porque tenía un malestar. El recepcionista la hubiera sentado en su silla y en forma responsable habría caminado hasta donde se encontraba el auto negro. Al niño le hubiera bastado ese instante para escabullirse. A pesar de que las cosas no sucedieron de ese modo, el niño pudo burlar la vigilancia. La evadió gracias a que el cliente que estaba al principio de la fila comenzó a reclamar en voz alta. Las tarifas postales habían subido el día anterior y aquel sujeto llevaba sólo el dinero exacto para mandar su envío. Reclamaba que no le hubieran advertido antes, pues en la fila había perdido absurdamente su tiempo. Los empleados trataban de calmarlo, pero aquel tipo gritaba sin escucharlos. Finalmente tuvo que intervenir el recepcionista. Aquella fue la ocasión que aprovechó el niño para usar las escaleras.

El niño me confesó que subió pensando lo que significaría para los padres la pérdida de un hijo. Desde que era un bebé, su padre lo había llevado varias veces a la playa. En muchos de esos paseos había estado presente también el tío, el mismo en cuya casa se encontraba cuando recibió el sobre. En una ocasión, el padre y el tío aprovecharon el paseo para pescar desde una roca. El niño debía esperarlos sentado en la arena. La roca que habían elegido para pescar se levantaba completamente redonda y tenía una blancura que contrastaba con el verde del mar. La playa donde iba a aguardar el niño era pequeña. En realidad se trataba sólo de un recodo situado entre dos farallones. El padre y el tío se alejaron con los aparejos de pesca y treparon en la roca. El niño había llevado un cernidor de plástico verde y con él se entretuvo en la parte seca de la arena, tal como se lo recomendó su padre. No se acercó a la orilla. Pero parece que ni el padre ni el tío previeron el cambio de mareas. Dos horas después el agua llegó hasta la base del farallón. El niño se mojó. Quedó aturdido. Estaba recuperándose cuando una ola quiso arrastrarlo. El niño corrió alejándose del mar. Las olas se sucedieron una tras otra.

Entretanto, el padre y el tío se daban por vencidos pues no habían logrado pescar nada. Se estaban preparando para regresar. El padre miró hacia el mar mientras enrollaba el cordel. Entonces vio el cernidor de plástico flotando movido por la corriente. De inmediato arrojó los aparejos de pesca y echó a correr hacia la playa. Llegó en el instante en que el niño comenzaba a ser arrebatado de unas rocas a las que había logrado aferrarse. Con el agua a la mitad de las piernas, el padre lo levantó con los dos brazos. Sólo entonces el niño se puso a llorar.

Según el relato del niño, en el momento en que la anciana de la corona miró el reloj ya estaba cansada de los trabajos de jardinería que se había obligado a realizar. Así se lo dijo después. Un cuarto de hora más tarde dejó en total desorden los utensilios y pidió a las asistentas que los recogieran. Entró en la casa y llamó por teléfono a la agencia de envíos. Le contestaron después de una serie de timbrazos. Lo primero que le dijeron fue que acababan de cerrar, aunque todavía podían atender alguna consulta. La anciana preguntó entonces si la agencia ofrecía el servicio de devolución de dinero en caso de atraso en la entrega de un envío. Los de la agencia enmudecieron y sólo después de unos segundos le indicaron que una duda de esa naturaleza sólo podía ser respondida de manera personal. La invitaron para que fuera el lunes a hacer la averiguación. Después le colgaron. La anciana fue hacia el garaje de la casa para buscar al chofer. Le ordenó que la llevara nuevamente a la agencia de envíos. Mientras iba hacia el auto, el chofer le dijo que la agencia tal vez estaría cerrada. La anciana no le contestó y llamó a gritos a las asistentas para que le alcanzaran la piel de zorro que había usado durante la tarde. Cuando las asistentas aparecieron, dedicaron unos minutos a limpiar el vestido de la anciana. Con el trabajo en el jardín, la anciana se había ensuciado en forma considerable. Esto había ocurrido también con sus manos, pero hizo caso omiso a las recomendaciones para que se las lavara. Parecía ansiosa por subir al auto que el chofer estaba sacando en reversa. El auto abandonó la casa en pocos minutos. El chofer escogió las calles de menor tránsito. En la agencia de envíos las luces ya estaban apagadas. La

anciana bajó apenas el auto se detuvo. Se acercó a las vidrieras. Pegó la cara y atisbó hacia el interior. De pronto una mano la tocó en el hombro. La anciana volteó y se encontró con el niño.

El niño quiso hablar. La anciana le tapó la boca. Se la destapó, le mostró las manos y le contó todo lo que había hecho desde cuando esa tarde abandonó la fila. Luego lo tomó del brazo y lo llevó al auto. El chofer abrió la puerta trasera y el niño subió seguido por la anciana. Una vez sentados la anciana se acomodó la corona y se bajó el borde del vestido, que se le había levantado por encima de las rodillas. Le ordenó al chofer que se fuera a dar un paseo caminando y no regresara en menos de una hora. El niño comenzó a examinar el interior del auto. Los asientos eran mullidos y tanto los controles de las ventanas como los seguros eran automáticos. Cuando el chofer desapareció, la anciana le dijo al niño que nunca más había regresado a las terrazas donde acostumbraba veranear. A lo largo de los años el sol del verano había ido dañando su piel. Comenzó entonces, a interesarse por la jardinería. Se dio cuenta de la belleza que eran capaces de ofrecer las flores bien cuidadas y los jardines diseñados en forma correcta. Resguardada por un sombrero de ala ancha, le costó algún trabajo aprender una serie de secretos de horticultura que después le fueron de mucha utilidad. Tuvo que esperar varias veces los cambios de estación para descubrir las alteraciones que el clima causaba en su jardín. Aquella rutina duró cerca de tres años. Lo sabía porque fueron tres los inviernos que pusieron mustias sus plantas. Ese tiempo se le desdibujaba al recordarlo. No podía hacer una cronología lógica o exacta de los acontecimientos de ese entonces. Entre otras cosas, no sabía en qué etapa de su aprendizaje fue trasladada a un centro de salud mental. En ese nuevo espacio, la mayor parte del tiempo estaba bajo techo y acompañada por otras mujeres. Con ellas sostenía largas conversaciones, luego juntas se sentaban a almorzar en un comedor con varias mesas. Pero no todo era armonía en ese lugar. Había ocasiones en que las internas se peleaban por cualquier tontería. Algunas veces el problema era una golosina hurtada a las compañeras o el negarse a tomar las pastillas del mediodía. Cuando se portaban realmente mal, las

amenazaban con recluirlas en un cuarto que pocos conocían y al que llamaban el Klino. En esa época, la anciana no se preocupó de los jardines que en el sanatorio tenía a su disposición y que de vez en cuando visitaba junto con las otras mujeres. Una de ellas era una virtuosa en las artes. Llevaba siempre consigo una carpeta de hojas blancas y tenía también una caja de madera repleta de crayolas. Pasaba la mayor parte del día dibujando a las demás. Las engañaba diciéndoles que les iba a tomar una foto y en menos de cinco minutos tenía el retrato listo. La mayoría de mujeres colgaba los retratos sobre las cabeceras de sus camas. La virtuosa en las artes también cantaba mientras tocaba la guitarra. A su alrededor se formaba siempre un círculo para oírla. Al principio ninguna conocía las canciones que entonaba. Pero poco a poco todas las fueron aprendiendo. De ese modo, algunas tardes se pasaban con una rapidez asombrosa. A la hora del crepúsculo debían entrar nuevamente para prepararse a dormir.

La anciana de la corona regresó a su casa después de tres meses de estar internada en el sanatorio. En su ausencia el esposo había abandonado el hogar. Además habían sido contratadas las dos asistentas, quienes de inmediato le causaron buena impresión. También estaba el chofer de siempre, que se mantenía fiel a pesar de cualquier circunstancia. El esposo la visitaba de vez en cuando, sobre todo cuando la anciana debía guardar cama a raíz de sus habituales malestares. Aquella rutina duró varios años. Continuó hasta la mañana de verano en que le avisaron que su esposo había muerto a causa de un ataque al corazón. La anciana le explicó al niño que no había sentido tristeza por aquella muerte. Más le había impresionado la niña que se ahogó en el mar. Apenas la anciana llegó a esa parte de su historia, el niño dejó de inspeccionar el interior del auto. Prendió la lucecita del techo y se quedó mirándola fijamente. La corona de la anciana seguía puesta justo en el centro del peinado. En cambio la piel de zorro se había ladeado ligeramente. Sin apartar la vista de la luz, el niño le dijo que no le iban a pagar lo que le correspondía. Había subido hasta las oficinas principales de la agencia. Allí lo atendió un empleado subalterno. El niño le contó su caso. El empleado le explicó que

era cierta aquella promoción, pero que todavía no había empezado a ser puesta en práctica. El motivo era que aún no estaban de acuerdo en si el dinero devuelto se lo debían entregar al remitente o al remitido. La agencia había recibido algunas llamadas telefónicas pidiendo una aclaración. Pese a esos reclamos, el niño fue el primero en atreverse a visitarla personalmente. Eso significaba que la nota que recibió junto al sobre había sido uno de los tantos avisos mandados en forma equivocada. La anciana quiso consolarlo diciéndole que no se preocupara, que todo se resolvería acompañándola a su casa. Allí le iba a enseñar su jardín y luego ella misma le entregaría la suma de dinero que le prometieron. También prepararía algo de cenar y si lo deseaba podía quedarse a pasar la noche. Le explicó que como nunca había tenido hijos, le había dado prioridad al área social de su casa. Contaba con extensas salas y terrazas con vista a un jardín. Por tratarse de una casa antigua, a la cual le habían acondicionado algunos elementos modernos, tanto los baños como la cocina no guardaban relación con el resto. Los baños y la cocina no eran sino pequeños cuartos provistos de ventanas minúsculas.

El niño me contó que le gustó la casa de la anciana de la corona. Recorrió la sala y el comedor antes de pasar al jardín. Lo descubrió precedido por la anciana, quien le habló de cada planta y sobre la forma que tenía de cuidarlas. Permanecieron en el jardín cerca de una hora. Los interrumpió una de las asistentas para anunciarles que la cena estaba servida. Entraron al comedor y allí el niño encontró una larga mesa cubierta con un mantel blanco. Sólo había dos sillas, puestas en los extremos. Las asistentas se colocaron detrás de las sillas. La anciana caminó resueltamente hacia su lugar. La asistenta respectiva la ayudó a sentarse. Por su parte, el niño se dirigió al otro extremo. Se sentó y abrió una servilleta para ponérsela encima de las rodillas. La anciana lo miraba desde su puesto. La corona de metal seguía presidiendo su peinado y la piel de zorro continuaba encima de sus hombros. Las asistentas salieron y a los pocos minutos regresaron llevando pequeñas bandejas de plata que contenían dos aguamaniles. La anciana necesitaba urgentemente lavarse las manos. Sin embargo puso su

aguamanil a un lado y se dedicó a mirar cómo se lavaba el niño. Para asombro de la anciana y de las asistentas, el niño lo hizo en forma correcta. Durante la cena, la anciana le tomó al niño una especie de examen sobre las plantas que había visto momentos antes. Principalmente le preguntó por sus nombres y la forma de cuidarlas. Después de que el niño contestara correctamente, la anciana comenzó a describir otros lugares donde acostumbraba veranear. En una ocasión había viajado con su marido en barco para pasar la temporada veraniega en las playas de otra ciudad. La travesía no fue muy larga. Estuvieron tres días navegando. Se embarcaron en una nave de gran calado que en sus bodegas transportaba ganado vacuno. La segunda mañana a bordo, cuando los pasajeros se encontraban en cubierta disfrutando del sol y de la brisa marina, uno de los marineros gritó a babor que dos vacas habían caído al mar. La mayor parre de los pasajeros se apresuró a asomarse por las barandillas y observar el incidente. Las dos vacas estaban más o menos a diez metros del barco. Nadaban moviendo las patas delanteras rápidamente. Algunos pasajeros propusieron que el barco se detuviera para rescatarlas. Nadie les hizo caso. Aquel espectáculo duró cerca de quince minutos. Pasado ese tiempo las vacas no eran sino dos puntos en la lejanía. A esas alturas nadie se atrevía a hablar. Es más, la mayor parte ya había abandonado su lugar de observación. La anciana de la corona dijo que los últimos en retirarse fueron ella y su esposo.

La anciana esperó que el niño acabara con su postre para decirle que iba a mostrarle sus habitaciones. El niño contestó que aún no había decidido si pasar o no la noche en esa casa. Además tenía que pedir permiso. A esa hora estarían preocupados por su ausencia. Estaba en la obligación de llamar a su tío para informarle dónde se encontraba. La anciana le dijo que de ninguna manera. Añadió que ya estaba decidido que se quedara en la casa. Había dado órdenes tanto a las asistentas como al chofer para que así fuera. El niño se alarmó, se levantó de la mesa y se dirigió hacia la puerta de la calle. Las asistentas lo interceptaron tomándolo fuertemente de los brazos. Lo llevaron en vilo hasta el segundo piso. De nada le valieron los forcejeos y los gritos que lanzó, pues las asistentas eran lo

suficientemente fuertes como para controlarlo sin problemas. Haciendo cada vez más presión sobre el niño, lo introdujeron en una de las habitaciones. Era un cuarto decorado como para una niña pequeña. Había muñecas de distintos tamaños. También una gran cantidad de animales de peluche. En el centro del cuarto se veía una cama de bronce de cuyo techo caían tules de tonos rosados. Las asistentas cerraron la puerta con llave. El niño se quedó unos momentos sin saber qué hacer. Se acercó a la ventana. Quiso abrirla y constató que estaba claveteada.

El niño dio vueltas por el dormitorio mientras en voz alta pedía que lo sacaran de allí. Al cabo de un tiempo la anciana abrió la puerta. Había cambiado su vestuario. La piel que le cubría los hombros ahora era blanca y el vestido que tenía debajo lanzaba brillos azulinos. La corona también era diferente. Ya no se trataba de una corona de metal, sino que parecía hecha de un material sintético. En sus manos llevaba una pequeña fuente con un vaso de leche y galletas de vainilla. El niño no esperó que la anciana diese más de un paso dentro del cuarto. Corrió contra ella arrojándola al suelo. La anciana cayó de espaldas. Quedó inmóvil mientras la leche se escurría entre las maderas del piso y las galletas estaban esparcidas a su alrededor. La corona rodó hasta quedar al lado de una muñeca de tamaño natural. Luego de tumbar a la anciana, el niño corrió hacia la calle. No se topó ni con las asistentas ni con el chofer. La casa estaba sumida en un silencio total. Bajó las escaleras, llegó al vestíbulo y abrió la puerta principal. Para su sorpresa estaba sin llave. Al salir se le ofreció la noche en toda su plenitud. El niño corrió las primeras cuadras, después adoptó un ritmo más calmado. Cuando se encontraba como a cinco cuadras de distancia, sintió que un auto se acercaba a gran velocidad y se detenía con brusquedad muy cerca. Era el auto negro de la anciana. Las puertas se abrieron y de su interior bajaron las asistentas y el chofer. El niño iba a comenzar a correr, pero el chofer le ordenó que se detuviese. El niño me confesó que sintió pavor y obedeció de inmediato. El chofer se le acercó y le entregó el sobre y la papeleta que esa tarde la agencia de envíos había dejado en la casa de su tío. También le

dio cierta cantidad de dinero. La anciana se lo enviaba. Luego, tanto el chofer como las asistentas subieron al auto y partieron.

El niño continuó su camino llevando en la mano el sobre y el dinero que le había entregado el chofer de la anciana. Tuvo que recorrer cerca de treinta cuadras para llegar a su destino. Finalmente vio aparecer la casa del tío. Estaba ya amaneciendo. No supo si tocar la puerta o esperar que fuera de día para hacerlo. Temía que al despertar a los habitantes de la casa se agravara aún más su situación. Decidió sentarse cerca a los arbustos donde horas antes había escondido la bicicleta. Miró el cielo. Las estrellas seguían aclarando la noche. Pensó en su madre, desahuciada por la ciencia médica. Se la imaginó antes de su enfermedad. Contenta y llena de vida. El cambio era notable. Aparte de los cuentos y de las historietas que le leía, ahora no tenía ánimos para ninguna otra actividad. Su físico tampoco era el mismo. Lo más llamativo era la creciente caída del cabello. Era extraño que los fines de semana lo confiara al cuidado del tío, pues los otros días no se apartaba de él ni un minuto. El niño pensaba que tal vez quería consagrar a su padre los últimos fines de semana que le quedaban con vida. Amaneció sin que el niño se diera cuenta del momento exacto en que los objetos se iluminaron. El niño siguió sentado una hora más al lado del sobre garabateado con las cuentas hechas por el tío. La papeleta y el dinero que le mandó la anciana los tenía guardados en el bolsillo. Esperó hasta que el tío abrió la puerta del garaje y salió con la manguera a regar el jardín. Apenas lo vio, el tío mostró una actitud de sorpresa. El niño le dijo que después contestaría a sus preguntas y entró a la casa sin dar explicaciones. El tío quiso seguirlo pero el chorro de agua que empezó a salir de la manguera hizo que se detuviese. Comenzó a regar el jardín como si nada hubiera sucedido. Cuando esa tarde su padre lo fue a recoger, el niño le entregó el sobre garabateado pero no le contó acerca de su visita a la agencia de envíos ni de la existencia de la anciana de la corona. Salieron a la calle en silencio. El tío se asomó por la ventana del segundo piso para despedirlos. Agitó la mano y luego desapareció en el interior de la casa. Después de caminar una cuadra, el niño comenzó a hablar con su padre.

3

Me parece ver al niño caminando al lado del padre. Lo hacen de la misma manera calmada como íbamos al zoológico mis hijos y yo. Quizá el niño en ese momento habló con el padre de cosas sin importancia. Sin embargo, buscaría la ocasión para asegurar que durante el amanecer que pasó en la puerta de la casa del tío tuvo el presentimiento de que su madre no iba a morir. De manera fugaz habría pasado por su mente la mesa de metal del consultorio, el uniforme de la enfermera y el sofá de cuero negro de la antesala. Tal vez también la imagen de la virgen de la ermita y la de la anciana de la corona de metal. Sin decir una palabra, el padre toma al niño de la mano para obligarlo a seguir avanzando. A pesar de encontrarse en una calle concurrida, nadie se fija en aquel padre que camina junto a un niño cuya cabeza tiene dimensiones algo anormales. Estoy seguro de que fue entonces cuando el niño se refirió al milagro: a un milagro que terminaría cobrando una vida por otra.

MARIO BELLATIN (Ciudad de México, 23 de julio de 1960). Escritor mexicano cuya novela *Salón de belleza* figura en el puesto décimo nono de la lista de selección elaborada en 2007 por 81 escritores y críticos latinoamericanos y españoles de los mejores cien libros en lengua castellana de los últimos 25 años.

Hijo de padres peruanos. Nació sin el brazo derecho. A los cuatro años de edad se fue con su familia a Perú, donde estudió Teología durante dos años en el seminario Santo Toribio de Mogrovejo y, después, Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Lima.

Fue allí, en 1986, que publicó su primer libro —*Mujeres de sal*—, pero su primera obra la había escrito a los 10 años y la había inspirado su afición por los perros. Al año siguiente viajó a Cuba con una beca para estudiar guion cinematográfico en la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños y al regresar a Perú, dos años más tarde, continuó publicando hasta 1995, cuando volvió a México.

Es director de la Escuela Dinámica de Escritores en la Ciudad de México, que, creada en 2001 como asociación civil sin fines de lucro, propone un método de preparación literaria alternativo a los espacios académicos y a los talleres tradicionales. En 2009 Bellatin anunció la renovación de la Escuela, con programas televisivos y una editorial a partir de 2010.

Bellatin fue director del Área de Literatura y Humanidades de la Universidad del Claustro de Sor Juana y miembro del Sistema Nacional de Creadores de México de 1999 a 2005.

El 13 diciembre de 2018 fue elegido como director general del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), cargo al que renunció el 12 de marzo de 2019 por motivos de salud. Su salida ocurrió después de una polémica por un foro con creadores al cual no asistió.